



CUADERNO Nº 4

Instituto Histórico
de la Ciudad de Buenos Aires

COGHLAN

Una estación, un barrio



**GOBIERNO
DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES**

Jefe de Gobierno

Dr. Enrique Olivera

Secretaria de Cultura

Lic. Teresa de Anchorena

Subsecretaria de Acción Cultural

Lic. Liliana Barela

Subsecretario de Desarrollo Cultural

Dr. Juan José Pi de la Serra

Directora Instituto Histórico
de la Ciudad de Buenos Aires

Lic. Liliana Barela

Departamento de Investigación

Instituto Histórico
de la Ciudad de Buenos Aires

Prof. Lidia González

Primera edición 2000.

© Instituto Histórico de la Ciudad
de Buenos Aires

Avda. Córdoba 1556 1º
(1055) Buenos Aires - Argentina

Editor Responsable:

Liliana Barela

Lidia González

Coordinación General:

Lidia González

Autores:

Alfredo Noceti

*(Presidente Junta de Estudios
Históricos de Coghlan)*

Emilio Bence

*(Vocal Junta de Estudios
Históricos de Coghlan)*

Supervisión de Edición:

Rosa De Luca

Daniel Paredes

Corrección:

María del Carmen Caeiro

Roberto Araujo

Lucía Dorin

Diseño:

Jorge Mallo

Fabio Ares

CUADERNO Nº 4



Una estación, un barrio

ALFREDO NOCETI

EMILIO BENCE



Instituto Histórico
de la Ciudad de Buenos Aires

Nota preliminar

Con la publicación de *Coghlan, una estación, un barrio*, el Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires da continuidad a uno de sus proyectos primordiales: registrar la historia de los barrios junto con sus historiadores y vecinos.

Introducimos en la historia de los barrios, desde sus singularidades, sus secretos y la vida de su gente nos permite iniciar un recorrido por nuestra historia desde su trama más íntima y reveladora.

Por eso nuestra convocatoria a quienes han estudiado y participado en esa historia, para relatarla. En esta oportunidad, Alfredo Noceti y Emilio Bence, presidente y vocal de la Junta de Estudios Históricos de Coghlan, nos dan la posibilidad de conocer cómo es este barrio “de apellido inglés y alma porteña”.

Un texto que nos cuenta que este barrio, como tantos, estuvo signado por la acción del tren, el tranvía y los rematadores y también, como otros, sus vecinos le dieron un color particular, un sentido propio.

Con la frescura de un relato que rescata los nombres de quienes vivieron en su paisaje y tejieron su historia entre esas calles entrecortadas que sólo se reconocen cuando se pertenece a un lugar, esta historia del barrio de Coghlan nos devuelve sin melancolías, la identidad de lugares y personas, para riqueza de nuestra memoria.

Presentación

La realidad que se había forjado a lo largo de tres siglos mostró un nuevo rostro, a partir de la década de 1880, en cuyo inicio se acordó la federalización de la ciudad; en los años posteriores se incorporaron a Buenos Aires los dos partidos de campaña más próximos: San José de Flores y Belgrano.

Si bien con estos agregados se triplicó la superficie de la Capital Federal, también es cierto que las mencionadas incorporaciones trajeron consigo dentro del perímetro urbano la existencia de inmensos espacios vacíos, los que hasta entonces habían rodeado a los centros poblados de San José de Flores y Belgrano. Esos espacios prontamente comenzaron a cambiar, al formarse en ellos nuevos barrios porteños –Almagro, Villa Urquiza, Floresta, entre otros–, ya sea por beneficiarse el lugar con el paso de los convoyes ferroviarios o de alguna de las primeras líneas tranviarias, por los loteos de antiguas estanzuelas, chacras o por lugares destinados a la extracción de tierra para fabricar ladrillos.

Durante la década del 1890, entre los primeros barrios que comenzaron a serlo se contó Coghlan, formado en torno de una estación ferroviaria inaugurada en 1891. Al mismo tiempo, se formarían otros (muchos inicialmente



*La estación y su puente
vista por Aniko Szabó.
Otoño inglés en Buenos
Aires.*

denominados villas) hasta sumar los actuales cuarenta y siete, según indica la nomenclatura aprobada por la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires entre 1968 y 1998, conjunto en el que no figuran los barrios primigenios por haber caído sus nombres en el olvido.

Coghlan, con cien años cumplidos, tiene historia y merece ser narrada. Es lo que se hace en este libro, precisamente. Sus autores reúnen dos condiciones no frecuentes para casos similares: ser vecinos de este barrio desde hace muchos años y poseer formación docente y metodológica. Tuvieron la suerte de conocer a quienes podían hablar con verdad de los orígenes de Coghlan y perseveraron para reunir, con obstinado rigor, toda la información que contribuyera a hacer del relato un vasto fresco en el cual se van sucediendo las primeras viviendas, los más antiguos comercios, las escuelas precursoras, los centros religiosos iniciales, las entidades sociales y deportivas, las industrias, los medios de transporte, las organizaciones asistenciales y hospitalarias.

Todo está presente en este libro, pero fundamentalmente, están los vecinos con sus familias, cuyas vidas y obras dan sentido y justificación al pequeño cosmos que es el barrio.

Y cabría agregar que varios de ellos contribuyeron con su acción profesional, su labor artística o su actividad deportiva a extender más allá de los límites fijados por la Municipalidad, el nombre de Coghlan, un barrio que forjó su propia historia.

Enrique Mario Mayocho

Presidente de la Junta
de Estudios Históricos de Belgrano

La estación Coghlan en el año 1903. Fotografía tomada desde Roosevelt y las vías, lado este hacia el norte. Nótese el alumbrado a querosén, el doble puente sobre la estación hasta Naón, el hangar para las locomotoras (actual Agrupación Scouts) y detrás, la chimenea de Broussón.



Prólogo

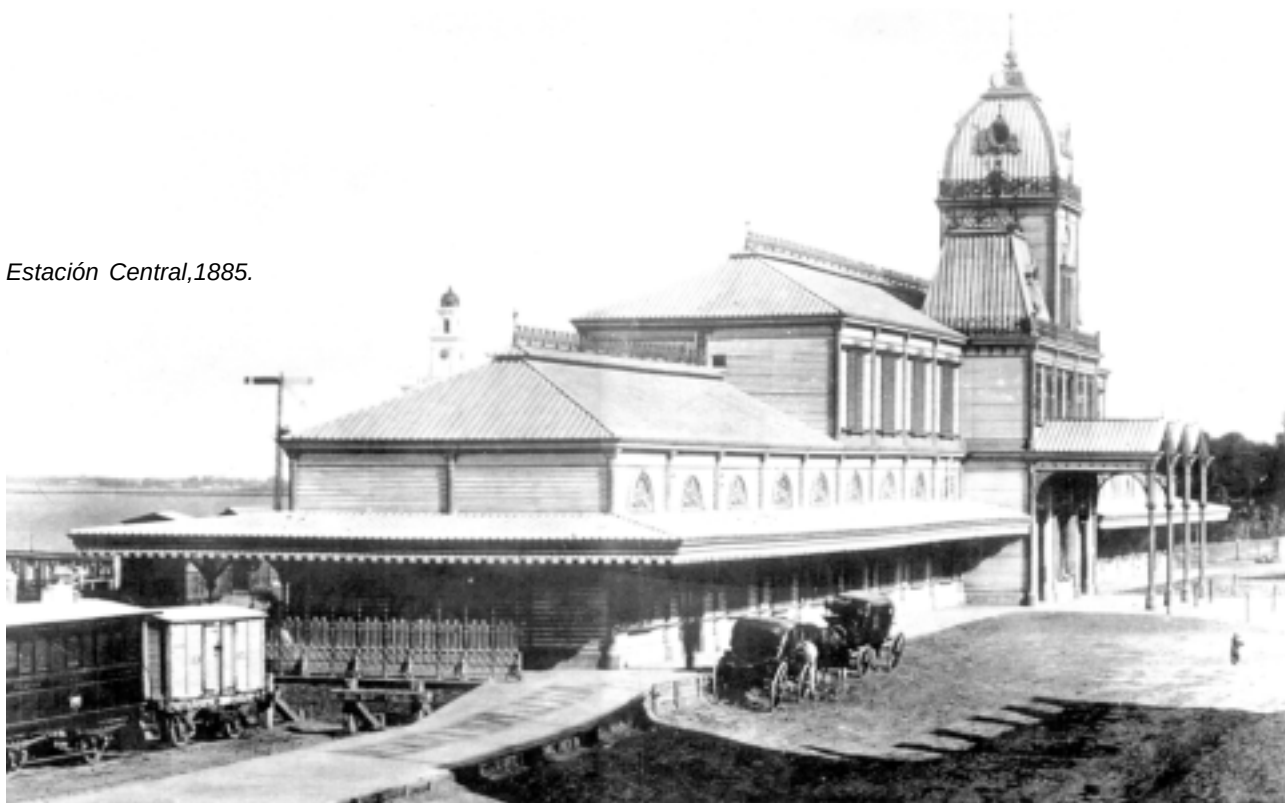
Tres décadas atrás, si a un vecino de Coghlan se le preguntaba dónde moraba, su contestación podría haber sido: en Belgrano, en Saavedra, en Núñez, en Urquiza (los cuatro gigantes que lo encierran). Porque Coghlan no existía como barrio ni como villa y porque, además, los límites de dichos barrios eran tan imprecisos, que nadie sabía, dónde comenzaba uno y terminaba el otro.

La denominación municipal que recurrió al toponímico para designar a un barrio, los encasilló a los efectos de un orden administrativo en compartimentos estancos.

Coghlan, según el criterio urbanístico, es un barrio dormitorio, como muchos en la actualidad, allende y aquende la Avda. General Paz. Mas tal condicionamiento no ha sido óbice para que en él se hayan suscitado y se susciten hechos que sea preciso rescatar y relatar. En especial, para las generaciones más jóvenes, pues saber y conocer sobre el terruño son las razones más contundentes para el arraigo y una vez efectivizado éste, lo demás irá llegando por añadidura.

El barrio de hoy es el pago de ayer, del cual el hombre se aparta para regresar al fin de su jornada.

Estación Central, 1885.



Aquí mismo y hace un siglo

En un principio todo era nada, o casi nada, pues estos parajes sitos al Noroeste de Belgrano y que pertenecían al Cuartel V del homónimo y extinguido Partido Judicial de Campaña, eran solamente un “inmenso piélago verde”. Apenas unos caminos poco transitados interrumpían la monotonía esmeralda de su suelo: la calle Saavedra (Monroe), que vinculaba a Belgrano con Las Catalinas (Villa Urquiza), en cuyas proximidades se hallaba el Cementerio de Belgrano (Plaza Marcos Sastre), inaugurado en 1872. El antiguo camino a San Martín (Avda. Congreso), que arrancaba con el nombre de Gral. Bosch desde las puertas del Hipódromo Nacional y orillando la Chacra de Oliver se perdía rumbo al pueblo de San Martín entre cañadas y bajíos. El camino a las Lomas de San Isidro (Avda. Ricardo Balbín) desandado por las carretas que iban a buscar harina a las tahonas de esa localidad. En su cruce con la calle Saavedra se encontraba una pulpería y cancha de bochas, propiedad del Sr. Lambruschini, donde troperos y boyeros entretenían sus momentos de ocio.

El ángulo sudoeste (Saavedra y Forest) era tangencialmente atravesado por los rieles del ferrocarril de Buenos Aires y Rosario, cuyos convoyes arrastrados por trepidantes locomotoras interrumpían la inmovilidad del paisaje a su paso, desgarrando el silencio con el agudo silbido de la máquina de vapor, que despedía por su chimenea un penacho de humo grisáceo, enturbiando la diafanidad del cielo. Y hacia el norte, fijando de antemano el límite del futuro barrio, se pergeñaba la huella de la calle Núñez que cruzaba íntegramente de este a oeste el antiguo Cuartel V.



La Argentina de 1880

Consolidada la República, y superado el problema de su Capital, los gobiernos que rigieron su destino intentaron ponerla en un plano de igualdad con los países más adelantados de Europa, que eran el espejo y el modelo válido. Eso significaba iniciar un recorrido inédito en su historia. El 12 de octubre, cuando asumió la primera magistratura Julio A. Roca, moría la Patria vieja con resabios coloniales para dar paso a una nueva, inspirada en las ideas de Benjamín-Henri Constant de Rebecque: de corte positivista, con el Progreso y el Orden como divisas. Lógicamente, se comenzó por Buenos Aires, pórtico de esa esperanza que significaba la Argentina “para todos los hombres del mundo que quisieran habitar su suelo”. “El crecimiento del país imponía con premura extender las líneas ferroviarias, construir puertos, diques, caminos, puentes, promover su colonización y crear industrias. Hacían falta capitales y brazos”, comentaba en un artículo Ataúlfo Pérez Aznar. Los primeros se ofrecían en el mercado internacional, los segundos los proveería la inmigración. La proliferación de las obras públicas realizadas merced a empréstitos contratados en el extranjero, el crecimiento de las vías de comunicación y el notable aporte de los inmigrantes hacían progresar al país. Buenos Aires dejaba de ser la Gran Aldea para convertirse en una ciudad cosmopolita.

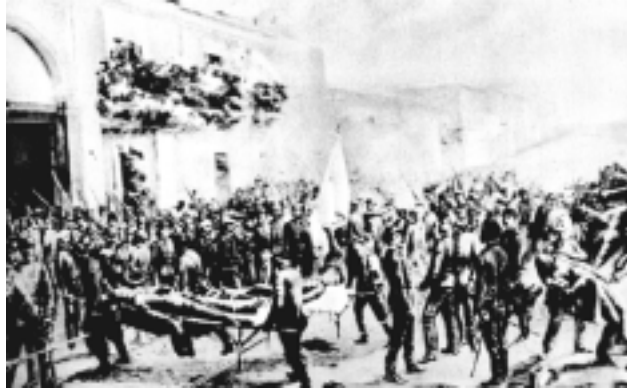
Julio A. Roca.



Si para 1852, la Argentina era un desierto en el que habitaban 800.000 personas. “Un país más poblado por vacas, ovejas y caballos que por hombres.” Tras la batalla de Caseros, abiertas las puertas a la inmigración, el país empieza a poblarse, pero los intereses de los terratenientes y ganaderos la frenaron al acaparar ellos para sí las tierras libres, dificultando su posesión al inmigrante que las laboraría. Hacia 1890 contaba con 3 millones de habitantes; Buenos Aires poseía 500.000, de los cuales 300.000 eran extranjeros, muchos de ellos avecindados en los suburbios. El desarrollo industrial había empezado a manifestarse con la instalación de modestas empresas de transformación de la materia prima criolla.

La valorización de la tierra y la participación en los negocios que el Estado proporcionaba hacían que, en poco tiempo, se logaran fortunas, lo cual alimentó la creencia de que nuestro patrimonio era infinito y el porvenir, un cielo despejado.

Lo que había de imprevisión respecto del futuro y la corrupción que se venía gestando, se disimulaban ante la verdad del progreso material. La ficticia prosperidad sustentada en emisiones y empréstitos continuó hasta 1888, pero ya se avizoraban síntomas preocupantes. El saldo de la balanza comercial resultó desfavorable en 28 millones de



Revolución de 1890.

pesos, acrecentándose a 79 millones en el año siguiente. En junio de 1888 se produjo el primer *crack* en la Bolsa de valores. Fue el anuncio de lo que pasaría.

Verdaderamente, el país era una factoría de las industrias europeas pues constituíamos una colonia económica y financiera del viejo continente y en particular, de Inglaterra. Los capitales ingleses aprovecharon nuestra indefensión acaparando las principales líneas ferroviarias, a las que reorganizaron en un fuerte monopolio.

La República se endeudó aún más y su dependencia de la Bolsa de Londres se tornó apremiante y acentuada. La revolución, que fue generada por tal estado de cosas, estalló en julio de 1890 como una manifestación popular en defensa de los intereses nacionales permanentemente postergados desde el gobierno.

El Poder Ejecutivo, a cuyo frente quedó Carlos Pellegrini, permitió a la oligarquía y al imperialismo superar la crisis económica y financiera a cambio de subordinar los supremos intereses de la Nación. Así, el capital foráneo implantó su hegemonía en el proceso económico argentino.

Enmudecidos pero no derrotados los sentimientos de liberación, la Nación continuó su marcha dentro de los cánones establecidos: ser proveedora de materia prima agrícola-ganadera de buena calidad, para los mercados que la usufructuaban y transformaban allende el océano.

Pero la desesperanza no quebró la tenacidad de quienes buscaban un lugar bajo el sol, ni para aquéllos que veían a la Argentina como una tierra de promisión y de redención. Y pese a todas las dificultades, luchando duramente para que la pobreza no se transformase en miseria, cayéndose y levantándose, el hombre común no se dejó abatir y, trabajosamente, fue forjando su porvenir a partir de las propuestas que los tres cruzados del progreso —el tranvía, el ferrocarril y los rematadores— le ofrecían como primera solución a su problema existencial, hacerse de un pequeño lote en el cual levantar su vivienda.

Carlos Pellegrini.



Sacos de trigo en una estación de ferrocarril.



Esta es la historia simple de la mayoría de las familias que fueron corriéndole los límites a Buenos Aires y cuyos esfuerzos se iban aunando a la ilusión de un mañana sin sobresaltos, que les permitiera hacer de sus vidas algo digno, concretar anhelos y ascender algunos peldaños en la escala social y concluir con el ahogo económico.

La expansión poblacional

A partir de la federalización de la ciudad de Buenos Aires, hacia fines del año 1880, diversos emprendimientos urbanísticos intentaron ubicar a los recién llegados en distintos sectores de la pampa húmeda, un objetivo que sólo se cumplió a medias.

Cabe destacar que tanto unos como otros, es decir, aquellos que prefirieron quedarse en la ciudad como quienes se arraigaron en las zonas rurales, cumplieron cabalmente con su papel. Cada grupo con distintas perspectivas, pero con un ideal común: mejorar su calidad de vida.

Ante tal emergencia, por otra parte irreversible, fue necesaria la desconcentración de las masas humanas que sobrepoblaron a la diminuta Buenos Aires.

La anexión de los Partidos de San José de Flores y Belgrano, dispuesta en 1887 y efectivizada en febrero 1888 para transformarlos en barrios del nuevo Distrito Federal, estableció dos prolongaciones, una en dirección del oeste y otra hacia el norte, entre las cuales quedaba un enorme y desolado bolsón escasamente habitado, a partir de la Avda. Pueyrredón hasta los límites de la nueva traza capitalina, la actual Avda. General Paz.

Ese bolsón comenzaría muy pronto a cambiar su fisonomía por el influjo y el esfuerzo de aquellos tres cruzados (el tranvía, el ferrocarril y el rematador) que plasmarían la magna empresa de arrebatar de la soledad vastas extensiones, recuperando para el hombre lo que era privilegio de la nada. Por la acción conjunta de estos tres arietes del progreso van surgiendo, entre 1886 y 1888, los poblados de Villa Crespo, Villa Las Catalinas y Villa Devoto, a la vez genitores de otros satélites: Chacarita, Villa Malcom, Villa Ortúzar y después, Villa del Parque y Colegiales.

Con el propósito de describir sucintamente el paisaje, nos basta con referir la exposición de algunos vecinos de Belgrano, quienes manifestaban que por aquellos años era posible seguir el recorrido del tren a Campana, desde el cruce con la Avda. Santa Fe hasta la estación Belgrano R sin ningún tipo de impedimento para la visión.



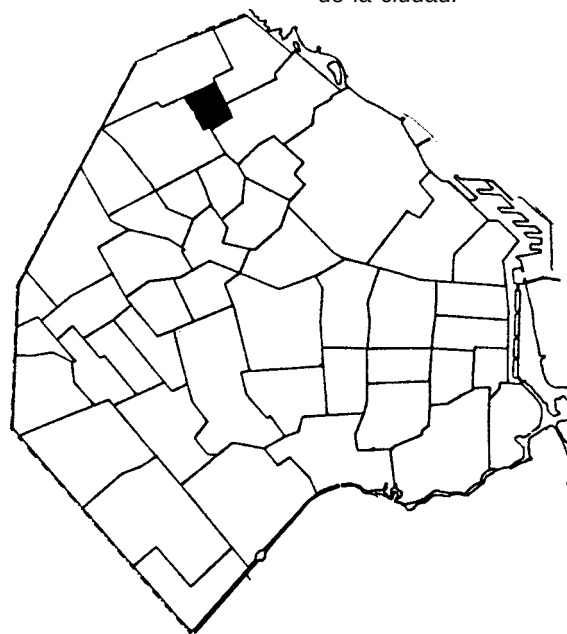
Los orígenes

El crecimiento de la red ferroviaria estimulada por el Gobierno Nacional, a punto tal que entre 1887 y 1889 se otorgaron 67 concesiones para la construcción de otras tantas líneas férreas, posibilitó el surgimiento de varios barrios porteños. Entre ellos Coghlan, que tuvo su origen cuando el ferrocarril denominado Buenos Aires y Rosario habilitó al servicio público un ramal que, partiendo de la estación Belgrano R, alcanzaría el pueblo de Las Conchas (Tigre). La estación cabecera y a la vez de empalme se denominó Coghlan, nombre que perdura en el tiempo e identifica al barrio que comenzó su desarrollo a través del loteo de las tierras aledañas, las que constituyen actualmente su casco.

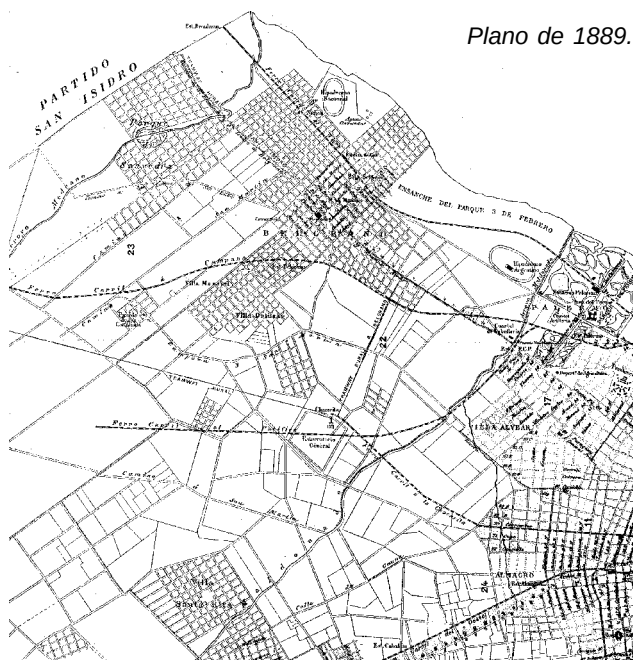
Pero la verdadera historia comienza antes, de cuando Juan de Garay, después de fundar la ciudad de La Trinidad, efectúa el 28 de octubre de 1580 un repartimiento de tierras, hacia el norte y el sur de aquélla, en forma de suertes o chacras con frente al Río de la Plata. En su mayoría, estas suertes tenían una extensión de 350 varas (333,10 m) de frente por una legua de fondo (unos 5.196 m), siendo su límite este, el pie de la barranca y el oeste, lo que hoy es la Avda. de los Constituyentes y sus prolongaciones hasta el Partido de Tigre.

Sobre una de estas chacras, precisamente la n° 25, otorgada a Cristóbal de Altamirano, surgiría 311 años más tarde el barrio de Coghlan.

Ubicación del barrio de Coghlan dentro del plano de la ciudad.



Plano de 1889.



Antes de fallecer, el 24 de diciembre de 1853, el Presbítero Banegas donó dicha porción a sus sobrinos nietos, don Laureano Oliver y su esposa Nicanora Echaburu de Oliver. Laureano Oliver había nacido en 1816 y falleció en 1867. Tenía su residencia en el solar que hoy ocupa la plaza Alberti (Roosevelt, O'Higgins, Arcos y Ugarte), y ocupó por cinco períodos el cargo de Juez de Paz en el floreciente Partido Judicial de Campaña de Belgrano.

Cuando falleció don Laureano Oliver, esta considerable extensión (cien cuerdas cuadradas, denominación de entonces) pasó a poder de su viuda e hijos. Como estaba totalmente cercada, impedía la expansión del pueblo de Belgrano en dirección al norte. Esta situación provocó en el año 1869 un pleito entre la Municipalidad de Belgrano, cuya titularidad estaba a cargo de don Policarpo Mom, y los herederos de Laureano Oliver. Conminados los herederos a dejar expeditos los terrenos para la correspondiente apertura de las calles, decidieron a partir de 1884 subdividir las tierras en dos fracciones, tarea encomendada al ingeniero Félix Amoretti y al agrimensor Angel Silva.

La primera fracción estaba comprendida entre las calles Congreso, Del Libertador, Monroe y Ricardo Balbín y la otra

entre las calles Ricardo Balbín, De los Constituyentes, Congreso y Monroe, dividida en siete chacras. En una de estas chacras surgiría el barrio de Coghlan en 1891.

Con anterioridad al 30 de noviembre de 1884, la sucesión de Oliver decidió rematar las mencionadas chacras, para esto recaba los servicios de la firma José María Castro y Cía. Según la firma rematadora, el loteo fracasó debido a los altos precios solicitados.

En junio de 1885, don Eduardo Oliver, en representación de los herederos, vende ante el escribano Pueyrredón (con oficinas en Belgrano) al Dr. Vicente Chas, quien actúa en representación de la sociedad Francisco Chas e hijos, las siete chacras antedichas ubicadas en el Cuartel V del Partido Judicial de Campaña de Belgrano.

Un año más tarde, el 12 de octubre de 1886, el doctor Miguel Juárez Celman asume la presidencia de la Nación, profundizando una política económica de corte liberal, la cual provocará cuatro años más tarde un colapso financiero y una revolución.

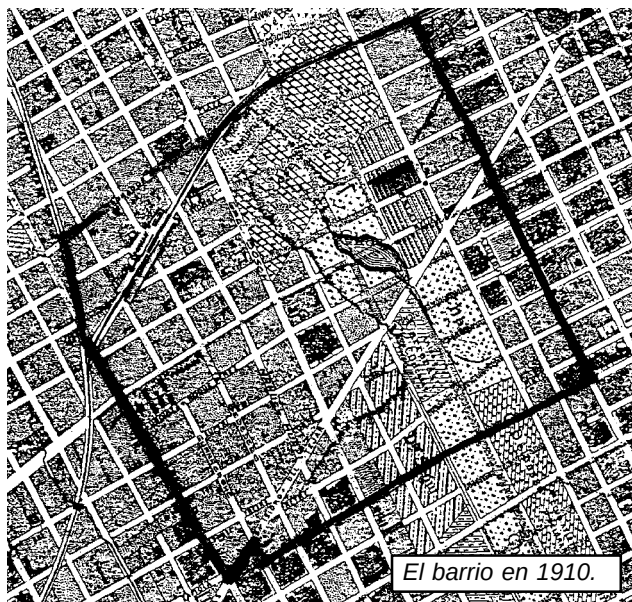
Juárez Celman favorece a sus amigos, acaudalados e influyentes, adjudicándoles pingües negocios. Así, le otorga con fecha 10 de octubre de 1887, por ley 2098, al Sr. Emilio Nougquier, esposo de Pepa Casares Martínez de Hoz, la concesión de un ramal ferroviario que partiendo de la estación Belgrano alcanzará el pueblo de Las Conchas (Tigre). Tal concesión tiene expresas y sugestivas consideraciones, como por ejemplo, debería, previo convenio con el Ferrocarril Buenos Aires y Rosario, empalmar ambas vías en las proximidades de la estación Belgrano R, pudiendo de esta forma arribar a la Estación Central (Paseo de Julio y Piedad), hoy Leandro N. Alem y Bartolomé Mitre. Para cumplir con ese cometido, el Sr. Nougquier conforma una sociedad

integrada por relevantes hombres públicos y de negocios, entre los cuales figuraban Melitón Panelo, Thomas Duggan, Emilio Chayla, Eduardo Casey, Erasto Orey, Santa Coloma y otros. Dicha sociedad toma el nombre de Compañía Nacional de Ferrocarriles Pobladores, con sede en la calle Piedad 650. Inscripta en el Registro General de Comercio en el año 1888, estipulaba entre sus cometidos: "Construir un ferrocarril, comprar y vender terrenos, formar centros de población alrededor de las estaciones a construir". Sus estatutos son aprobados por el gobierno nacional el 31 de octubre de 1888 y la sociedad se constituye con un capital inicial de \$ 5.000.000 moneda nacional, integrado por 50.000 acciones de \$100 cada una. El primer directorio se formó así: presidente, Thomas Duggan; vicepresidente, Emilio Nougquier; tesorero, Melitón Panelo; secretario, Emilio Chayla y tres vocales. La sociedad quedaba facultada para "tomar dinero en préstamo, tanto en el país como en el extranjero; gravar e hipotecar sus bienes; construir, contratar, arrendar o vender la concesión de la línea ferroviaria obtenida", acciones que más tarde ocurrirían.

La Compañía Nacional de Ferrocarriles Pobladores comienza a accionar en 1888, dedicándose a comprar notables extensiones de tierra que lindan con las futuras estaciones del ramal a construir: treinta hectáreas en Coghlan, 300 en Florida y 30 en Bartolomé Mitre. Con respecto a las 30 primeras, el señor Emilio Nougquier, vicepresidente de la compañía, adquiere el 28 de julio de 1888, ante el escribano Artola, al doctor Vicente Chas, quien actúa en representación de la sociedad Francisco Chas e hijos, una fracción ubicada en el entonces barrio de Belgrano, con una extensión de 99.874 m². Se aclara en la escritura que "este terreno es el señalado con la letra B en el plano de los mismos y le corresponde al doctor Vicente Chas, como parte de lo que en mayor extensión compró a los herederos de Laureano Oliver (...) El adquirente, Sr. Nougquier, se compromete por dicha escritura a construir sobre un sector de esas tierras una estación del ferrocarril del cual es concesionario".

Sobre esta fracción indentificada con la letra B comenzaría a partir de 1891 a cobrar vida el futuro barrio de Coghlan.

Un artículo del diario *La Nación*, del 30 de abril de 1889, que a continuación se transcribe, relata: "Ferrocarril Nougquier: ayer inauguráronse los trabajos de la nueva línea férrea Belgrano R-Las Conchas, de la que es concesionaria la compañía Nacional de Ferrocarriles Pobladores. Hallábanse presentes el Directorio, los ingenieros de la línea y vecinos de Belgrano. El presidente de la compañía señor Duggan pronunció algunas palabras, declarando inauguradas las obras y arrojó la primera palada de tierra en el sitio donde se asentarán los rieles, labrándose enseguida el acta siguiente: 'en Belgrano, Capital de la República Argentina a los 29 días del mes de abril de 1889, el señor Thomas Duggan,



El barrio en 1910.

John Coghlan.

presidente de la Compañía Nacional de Ferrocarriles Pobladores, con la compañía del vicepresidente señor Emilio Nouguié, del tesorero señor Melitón Pabelo y del ingeniero y demás señores que firmaron al pie de la presente, se constituyeron sobre el terreno de propiedad de esa Compañía; comprado a los señores Dr. Vicente Chas e hijos, con el objeto de proceder a la inauguración de los trabajos para la apertura de la primera sección de la línea férrea y en presencia de todos los firmantes y de cincuenta trabajadores se declaró solemnemente inaugurados los trabajos sobre la primera sección de la línea a construirse, dándose principio a abrir la tierra y ejecutándose por todos los trabajadores, a la voz del ingeniero, el trabajo uniforme de dicha línea."

Cabe destacar que el predio utilizado para la iniciación de los trabajos sería el mismo donde posteriormente se levantaría el edificio de la estación Coghlan.

Hacia fines de 1889 los trabajos iniciados en abril estaban paralizados. Ya en octubre de ese año, en reunión del Directorio, se establece por un acta que: "la dificultad manifiesta que tiene la Compañía para la obtención de créditos, en razón de lo difícil que se halla el mercado monetario en este momento, lo cual le impide construir la línea férrea adjudicada". De inmediato se decide vender la concesión al ferrocarril Buenos Aires y Rosario. Concretada ésta se comienza, ante el escribano Varangot, a transferir las tierras por donde pasaría el ramal, conservando el sindicato para sí los predios linderos a las estaciones a construirse. Todas estas tierras estaban hipotecadas en cédulas a favor del Banco Hipotecario Nacional.

La concesión del ramal, que se había otorgado sin garantía del Estado, entre los artículos del contrato expresaba: "Art. 50: La línea tendrá la misma trocha que la del Ferrocarril de Buenos Aires y Rosario. Art. 60: Los rieles serán de acero del peso de 32 kg por metro lineal, y en un todo idénticos a la línea del Ferrocarril de Buenos Aires y Rosario".

Por cuanto antecede, resulta fácil entender que la intención de la Compañía Nacional de los Ferrocarriles Pobladores no era la de construir el ramal, sino la de concretar un excelente negocio inmobiliario.

No obstante se debe rescatar que, como derivación de su accionar comercial, surgieron nuevos centros de población, a saber: Coghlan y tangencialmente Saavedra Oeste en la Capital Federal y Florida y Bartolomé Mitre, en el, por entonces, partido de San Isidro.

En diciembre de 1889, el Ferrocarril de Buenos Aires y Rosario se hace cargo de la prosecución de las obras para la construcción del ramal y en un año libera al servicio la primera sección comprendida entre las estaciones Coghlan y Bartolomé Mitre (febrero de 1891).

El ramal alcanzará la extensión proyectada recién en 1896. La línea tenía un recorrido similar a la del Ferrocarril

Central Argentino (ex del Norte), al cual sobrepasaba por un puente, aún existente en Olivos (Borges y Avda. Del Libertador), desde donde descendía por la falda de la barranca para costear el río y llegar a Las Conchas (Tigre). Era el ramal más pintoresco de cuantos circulaban por la periferia de la Capital Federal y en la época estival daba vida a los balnearios ubicados, a partir de la estación Las Barrancas, sobre la costa del Río de la Plata.

El área de la estación Coghlan y sus alrededores está situada en una meseta de veinte metros de altitud sobre el nivel del mar.

Cuando arribó el primer tren por estos lares, sólo se hallaban residiendo dentro de los límites del futuro barrio dos antiguos pioneros que, lejos estaban de suponer, serían los primeros vecinos: don Tomás Lambruschini y don José Sanguinetti poseedores ambos de extensas quintas de verduras ubicadas sobre Congreso, las vías del Ferrocarril, Washington y Tamborini.

La estación y el barrio deben su nombre a la memoria del ingeniero irlandés John Coghlan, nacido en el Condado Kerry, Irlanda del Sur en 1824 y fallecido en Inglaterra en 1890, quien durante treinta años (1857-1887) residió y trabajó en el país en diversos emprendimientos de obras públicas.

En 1859 propuso mejoras para el puerto de Buenos Aires, estudiando las corrientes del río, su capacidad de deposición y estableciendo la formación de los futuros bancos de arena. Con parte de sus ideas se nutrieron los proyectos posteriores sobre el tema. En 1869 realizó trabajos de altimetría en el casco de la ciudad e hizo estudios sobre el desagüe de aguas blancas (pluviales) y negras (cloacales) por separado y en redes subterráneas aprovechando los cursos de los "terceros". Con posterioridad, trabajó en la Comisión para las Aguas Corrientes, dirigiendo las obras para su provisión. El ingeniero Coghlan fue el autor del primer servicio de tecnificación del agua en el país, cuyo proyecto y estudios sirvieron de base para que, a partir de 1870, otro ingeniero, británico, J. B. Bateman, los ampliara y concretara.

Sus últimos trabajos en el país los realizó en la actividad ferroviaria. Siendo presidente del Ferrocarril Sud (Roca) extiende su red desde Azul hasta Bahía Blanca. Pasa luego a ejercer la presidencia del Ferrocarril de Buenos Aires a Campana, ampliando su recorrido hasta Rosario, por lo cual troca su nombre por el de Ferrocarril de Buenos Aires y Rosario, cuyas posteriores autoridades, a un año del fallecimiento del ingeniero John Coghlan le otorgan su nombre a la estación cabecera del ramal.

Tras el arribo del primer tren, las autoridades de la

compañía Nacional de los Ferrocarriles Pobladores comienzan el loteo de las tierras, luego de que el Ing. Carlos María Morales, de la Municipalidad de Buenos Aires, procediera a la apertura de las calles para conformar las manzanas del barrio, que primitivamente serian diecisiete, identificadas en el plano por las letras A...Q y delimitadas por las calles Monroe, Melián, Congreso y Tronador.

El primer remate se realiza el 8 de marzo de 1891, en las oficinas de la Compañía sitas en la calle Piedad 650. Así surgen los primeros compradores, cuyas escrituras les son otorgadas ante el escribano por Ernesto Ruiz, firmando por la Compañía vendedora su tesorero, el señor Melitón Pabelo.

- La primera es extendida a favor de don Simón Casaubón, de origen vasco-francés, quien ya conocía estos parajes por concurrir a presenciar partidos de polo en la cancha del Polo Club Belgrano, situada entre las calles Roque Pérez, Roosevelt, Ugarte y Superí. A la terminación de los encuentros, don Simón recorría las inmediaciones en compañía de algunos empleados de la Casa Barklay's, donde trabajaba. Atrapado por el lugar, decide comprar tres lotes, afincándose definitivamente. Años después, en la esquina de Roque Pérez y Monroe, abre un almacén y despacho de bebidas. El edificio que sirvió a tal fin puede apreciarse aún en ese lugar, figurando en su frente el año de su inauguración: 1907.

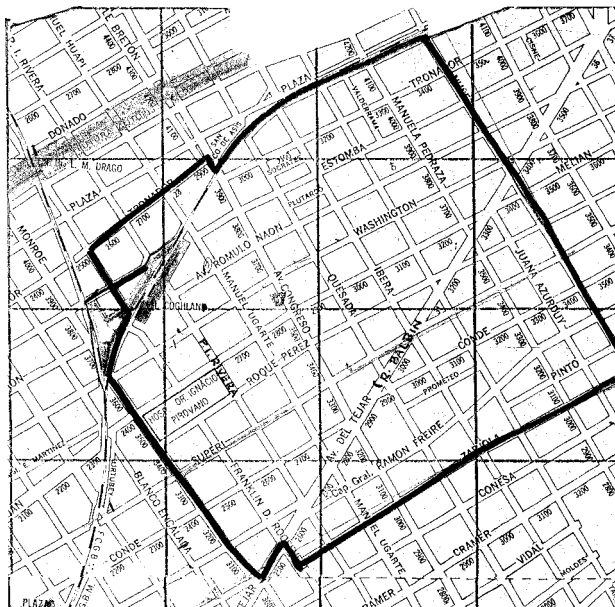
- La segunda escritura corresponde al señor Francisco Vidal.

Otros compradores fueron:

- Don Ramón Antelo, de origen español quien construyó su casa en Naón entre Rivera y Ugarte.
- José Antelo, hermano del anterior, quien levanta su propiedad en un lote lindero
- Don Pablo Broussón, quien instalaría casi de inmediato una fábrica de sombreros.
- Don Esteban Anezín y hermanos quienes compran la manzana comprendida entre las vías del ferrocarril (ramal J. L. Suárez) y las calles Estomba, Roosevelt y Tornador, edificando en ella una hermosa y confortable casa-quinta. Estos señores poseían un importante comercio de joyería y relojería ubicado en Piedras nº 20.

El crecimiento del barrio se vio favorecido por el arribo de importantes contingentes de inmigrantes, algunos de los cuales se radicaron en él, como en otros barrios en formación de la Ciudad de Buenos Aires.

Años más tarde llegarían Suckeley, Karr, Borel, Goin, Poirot, Darrón, Perabón, Mallet., René, Latugaye, Molinari y Roccatagliata, denotando sus apellidos una preeminencia de vascos franceses y no de ingleses como se suele imaginar.



El Censo Nacional efectuado en 1895 revela el incremento en la población del barrio.

Los datos que se transcriben corresponden a las libretas censales conservadas en el Archivo General de la Nación, las que indican que en el distrito nº 3 del Cuartel 2º de Belgrano, manzana 82, vivían 21 familias, 117 personas en total, y ocupaban 17 casas de material, barro, zinc o madera. Revelan también el nombre de sus moradores, edad, nacionalidad y profesión, a saber:

Casaubón, Simón (45 años), almacenero.

Bruhn, Guillermo, argentino, cinco hijos, comerciante.

Bruhn, José, alemán, doce hijos, práctico capitán del
barco alemán Olinda, de la compañía Hamburgo Sud.

Votvain, Luisa, francesa, sombrerera, cinco hijos.

Votvain, Alfonso, francés, de igual profesión, esposo de la anterior.

Posse, Pedro, italiano, seis hijos, guarda de tren.

Ribortoni, Antonio, italiano, foguista de máquina.

Roqueri, Rosa, francesa.

Ceppi, José Juan, italiano, albañil.

Antelo, José, español, tres hijos.

Antelo, Ramón, español, empleado.

Godwer, Thomas, inglés, maquinista, dos hijos.

Kay, Enrique, inglés, gerente de ferrocarril.

Roche, Miguel, español, sombrerero.

Beltrami, Luis, italiano, guarda de tren.

Broussón, Pablo, francés, cuatro hijos, sombrerero.

Nájera, Evaristo, español, mecánico.

Bosse, Adolfo, alemán, ingeniero.

Ponfader, Walter, inglés, maquinista.

Tosseli, Generoso, italiano, sombrerero.

A los que se suman, pero en la manzana nº 84, otras cuarenta y nueve familias, que con un total de 150 integrantes ocupan 33 casas ubicadas entre las calles Congreso, Washington, Tamborini y las vías del ferrocarril.

Sanguinetti, José, italiano, quintero, cinco hijos y Lambruschini, Bautista, italiano, ocho hijos, quintero, figuran entre los habitantes.

De los datos extraídos del Censo se puede inferir que en 1895 vivían en Coghlan, 267 personas en 55 casas levantadas cerca de la Estación.

El hospital Pirovano

Está finalizando 1895. En la esquina NE de Monroe y Washington, recientemente rebautizadas, señorea la residencia del señor Juan Vignate. Es una casa de una sola planta, de estilo italiano, cuyo frontis exhibe a modo de blasón la cifra del año en que se levantó: 1894.

Por Monroe, los *breaks* "El Rápido" van y vuelven entre Belgrano y Las Catalinas, llevando pasajeros y eludiendo los carros que, cargados con materiales de construcción, se acercan a la manzana limitada por Monroe, Roque Pérez y Melián donde avanzan las obras del Hospital de Belgrano, un hito importantísimo para el desarrollo del incipiente poblado y para la salud de los habitantes del sector noroeste de la ciudad, puesto que, desde su fundación (1580) y hasta tres siglos después (1880), Buenos Aires adoleció en el ámbito de la medicina asistencial hospitalaria de estructura y organicidad. Lo que se hizo en esas tres centurias fue fruto de la caridad y de la beneficencia, con muy poca participación de las autoridades estatales.



Medallas
conmemorativas.

Durante doscientos cincuenta años prevaleció el sistema en el cual los servicios estaban a cargo de las órdenes religiosas. Por tal motivo, hospitales y camposantos estaban situados junto a las iglesias.

El primer hospital de la ciudad fue previsto por Juan de Garay y llevaba el nombre de su patrono, San Martín. Debía situarse en la manzana comprendida por las calles 25 de Mayo, Corrientes, Reconquista y Sarmiento y sería administrado por el Cabildo, pero no llegó a funcionar allí.

En 1611 fue ubicado "más cerca del centro" en Chile, Balcarce, México y Defensa, pues la primitiva ubicación, alejada de la zona más transitada, impedía a los enfermos recolectar limosna para su manutención; dádiva que recibían de los transeúntes, a quienes se la solicitaban extendiendo la mano a través de los barrotes de las ventanas del nosocomio. Aunque el motivo principal consistió en situarlo cerca del puerto, ese estado de cosas determinó que en 1635 el hospital pasara a ser regentado por la Comunidad de San Juan de Dios y posteriormente, desde 1726, por los religiosos betlemitas, conocedores del arte de curar. El mantenimiento de este servicio se efectuaba por medio de la limosna y por un impuesto a los vinos provenientes de Cuyo. Hacia 1821 el hospital pasó a manos del Estado; por entonces ocupaba un solar en la "Residencia", hoy San Telmo.

Recién en 1773 Buenos Aires contó con un hospital para mujeres, con la dirección y el cuidado de la Hermandad de la Caridad. Estaba situado en la manzana de la iglesia de San Miguel. Lo dirigía el doctor José González y se sostenía con los recursos que provenían de dos estancias: una cercana a Buenos Aires, "Los Remedios" (Parque Avellaneda), de la familia Olivera y la otra en la Banda Oriental. En 1822, al igual que el "Hospital de Hombres", el de mujeres pasó a depender del gobierno provincial y luego de la Sociedad de Beneficencia, constituyéndose en el embrión del actual Hospital Rivadavia.

Al ser de la ciudad, el "Hospital de Hombres" poseía un anexo "La Convalecencia". Allí, la Municipalidad de Buenos Aires construyó en 1863 el "loquero para hombres" y a continuación de

éste el Hospital de Inválidos, destinado a las víctimas de la guerra con el Paraguay.

La carencia de establecimientos adecuados y lo precario de las prestaciones determinaron que las colectividades de más relevancia, que habitaban en Buenos Aires, proveyesen particularmente a la asistencia de sus miembros mediante la creación de diversos hospitales. Así aparecen el Hospital Británico y el Francés, 1844; el Español en 1852; el Italiano en 1862 y el Alemán en 1867.

Concomitantemente, la falta de aguas corrientes, cloacas y el hacinamiento de la población fueron campo propicio para la aparición de importantes epidemias entre los habitantes de la ciudad: en 1857 y 1867 el cólera asiático, en 1858 y 1871 la fiebre amarilla, en 1881 la fiebre tifoidea, que causaron gran número de muertos.

La revolución industrial y la evolución de la sociedad durante el siglo XIX introdujeron sustanciales cambios, a los cuales la Medicina no podía permanecer ajena. Concluía la época de las pócimas y las tisanas, tinturas y jarabes, ungentos y cataplasmas, ventosas y sangrías, bálsamos y tópicos, láudano y benjuí, sinapismos y lavativas. Comenzaba la era de la anestesia, de los rayos X, de la esterilización, de la radiología y de la especialización.

En 1883, el doctor Ramos Mejía funda la Asistencia Pública durante la Intendencia de don Torcuato de Alvear, con el propósito de encarar y resolver el problema sanitario que aquejaba a la ciudad de Buenos Aires en su conjunto y con vistas al futuro, pues desde 1880 se había convertido en la Capital de la República. Por imperio de su gestión y la de quienes lo siguieron en el desempeño de tan impropia tarea, se fueron sumando a los ya existentes: el San Roque (1849), hoy Ramos Mejía; el Buenos Aires (1874), hoy Clínicas; la Casa de Aislamiento (1882), hoy Muñiz; los hospitales Rawson (1884), Fernández (1888), Pirovano (1896), Álvarez y Argerich (1897), Tornú (1899) y Alvear (1909).

Además de los mencionados, prestaban su servicio el Hospital San Luis Gonzaga (de niños) y la Casa Cuna, ex Casa de Niños Expósitos.



El 6 de noviembre de 1889, la Comisión Municipal dicta la Ordenanza por la que se autoriza la creación de una Casa de Socorro en la Parroquia de Belgrano. Por tal razón, el intendente don Francisco Seeber adquiere en nombre de la Municipalidad de Buenos Aires a Francisco y Tomás Chas la manzana comprendida entre las calles Monroe, Melián, Roosevelt y Roque Pérez. La Ordenanza no acabó de cumplimentarse, a pesar de las reiteradas gestiones de las "Damas de Caridad de Belgrano", que presidía la señora Victoria Casares de Gradín, se llegó hasta 1893 sin concretar la obra. Entonces, el intendente Pinedo y el director de la Asistencia Pública, doctor Señorans, aceptaron el ofrecimiento de \$ 5.000 como fondo social y de cooperación que efectúan las "Damas de Caridad de Belgrano". Ante tal circunstancia, el Intendente dicta el 23 de diciembre de 1893 el decreto de fundación, nombrando una comisión que integran el doctor Agrelo (autor de los planos del Hospital), los doctores Señorans, Billingham, Ramallo y don Joaquín Sánchez, presidente de la Comisión de Higiene.

El 12 de agosto de 1894 se coloca la piedra fundamental y se comienza la edificación. En su primera etapa contemplaba la erección del Pabellón para la administración y de las salas I y II, designadas con los nombres del doctor Martín García y doctor Mauricio González Catán. El hospital iba a denominarse “de Belgrano” pero el director de la Asistencia Pública, doctor Señorans, solicitó el 12 de julio de 1895 que se le diera el nombre de **Ignacio Pirovano**, eminente cirujano argentino fallecido el día anterior.

Finalmente, se inauguró un domingo 12 de julio de 1896. Su primer director fue el doctor Arturo Billingham y médicos de sala y cirujano, respectivamente, los doctores Ramallo y Petit. La capacidad inicial fue de 46 camas, 20 para hombres, 20 para mujeres y 6 para niños. Cinco meses más tarde (enero de 1897) es declarado Hospital Vecinal y ampliada su dotación a 136 camas.

El 13 de octubre de 1899 por Ordenanza Municipal, se crea la Capellanía del hospital.

En 1905, el intendente Roseti y el director sanitario de la Municipalidad de Buenos Aires, doctor Eduardo Peña, ordenan la ampliación del nosocomio y se comienzan a construir las salas III, IV y V, la capilla, la cocina, el anfiteatro y el pabellón para las Hermanas de la Inmaculada Concepción, quienes actuaban en el hospital desde su habilitación y a las cuales se las conocía como “las monjas azules” por el color de su hábito. Estas mejoras se libraron al servicio del público a mediados de 1906. El 2 de diciembre de 1907 se lo dota de una *break* ambulancia y en 1909 es conectado a la red cloacal, recién inaugurada para el barrio de Belgrano.

Su actividad y su crecimiento fueron constantes y el advenimiento de nuevos profesionales en el arte de curar enriquecieron el cuadro primigenio: Fortunato Canevari, Ricardo Cánepa, Marcelo Viñas, Enrique Pardo, Juan Emina, Aquiles Pirovano, Carlos Edo, Arturo Soldini, Fernando Croce, Elías Arauz, Raúl Zubizarreta y Carlos Sumblan. Todos ellos y otros cuyos nombres escapan a esta ceñida síntesis le fueron confiriendo jerarquía e idoneidad en grado sumo.

El doctor Emina montó el departamento de cirugía, en él, Aquiles Pirovano realizó por primera vez en el mundo (1910) un homotransplante de arteria. Entre tanto, Canevari organizó la actividad clínica; Edo, la pediátrica; Pardo, la obstétrica; Viñas, la ginecológica; Arauz, la otorrinolaringológica y Zubizarreta, la oftalmológica.

En 1922 se inaugura un pabellón donado por el Jockey Club, donde se albergan los consultorios externos de cada especialidad, era director del hospital el doctor Urdapilleta.

Hacia 1923-24, se amplía la superficie con la anexión de la manzana contigua a la calle Roosevelt. En ella se edificaron las salas de maternidad, radiología, urología,

laboratorio de análisis, proctología y anatomía patológica, queda así configurado en su totalidad como Centro Asistencial. Asume su dirección el doctor Fortunato Canevari, quien desplegará una actividad incesante en pro de las prestaciones externas e internas y del desarrollo del personal en todos los niveles.

Las donaciones efectuadas por doña Rosa Barilari y por la viuda del doctor Ignacio Pirovano dotaron al Servicio de cirugía de instrumental quirúrgico en calidad y cantidad. La Biblioteca, con los aportes conseguidos, se convirtió en la mejor equipada en el nivel hospitalario, recibiendo publicaciones de los servicios más relevantes del ámbito médico mundial.

En 1929, la Asociación de Practicantes editó la revista *Ciática*, que adquirió notoriedad en el ambiente hospitalario.

El doctor Canevari, de fecunda acción en pro del Hospital Pirovano, fue sucedido en la Dirección, entre otros, por los doctores Massimino, Burlando y Jelich, todos de recordada actuación.

Salvo modificaciones de forma, que hacen a la mejor atención de los pacientes y a su configuración exterior, el edificio del nosocomio ostenta la misma fisonomía que tuvo desde su consolidación. A lo largo de su centenaria vida, su aspecto no ha variado sustancialmente, como tampoco han variado los valores profesionales y humanitarios que hicieron de él la esperanza y el refugio para la comunidad cuando una enfermedad o un accidente golpea a cualquiera de sus miembros.

Hospital Pirovano.



La educación

Villa Chas, nombre por el cual se reconocía al poblado, en razón de haber sido la familia Chás propietaria de las tierras comprendidas entre las avenidas Congreso, del Tejar, Monroe y de los Constituyentes. En 1903 había crecido.

Sus calles, aún no arboladas, fangosas o polvorientas, ostentaban nuevos nombres: Gral. Bosch fue Congreso; Saavedra, Monroe; Newton, Forest y Buenos Aires, Melián. La fábrica de sombreros de fieltro de don Pablo Broussón, levantada en la media manzana comprendida entre las vías del ferrocarril y las calles Ugarte, Estomba y Avda. Congreso, convocaba cada vez más y más personal.

La estación Coghlan, con sus instalaciones accesorias, ocupaba ya un área de 25.000 m², pues además del edificio de la administración, situado sobre los rieles del ramal ascendente (Retiro-Tigre R), existía un apeadero cubierto sobre el descendente (Tigre R-Retiro). Era la nueva terminal del ferrocarril, pues la estación Central (Piedad y Paseo de Julio) se había incendiado en 1897 y quedó fuera de servicio definitivamente. Tenía un galpón de mampostería en el extremo Norte para depósito del material rodante, dos playas, una para carga, la otra para maniobras; esta última con una fosa circular y plataforma giratoria, en la cual se reparaban y lubricaban los coches y las máquinas de vapor; un tanque metálico elevado para el agua que extraía un gran molino y que luego usaban para las locomotoras por medio de dos tomas ubicadas en los extremos de ambos andenes y un doble puente de hierro para el paso peatonal.

Su primera sección intercomunicaba los andenes y la segunda pasaba sobre la playa para maniobras y concluía a nivel sobre la calle Pedro Ignacio Rivera, veinte metros antes de su cruce con Naón.

No sólo la villa crecía, sino también la primera generación de coghlenses, que ya alcanzaban la edad escolar. Por tal motivo y ante la insistencia de sus padres, quienes requerían la apertura de una escuela de “primeras letras” en el ámbito barrial, las autoridades del Consejo Nacional de Educación le solicitaron al pastor William C. Morris la posibilidad de establecer en Coghlan uno de sus institutos.

La petición fue aceptada y complacida. Así, en 1903 se habilitó en P.I. Rivera 4151 la Escuela n° 7, graduada y mixta.



William C. Morris fue un educador y filántropo, nacido en Soham (Cambridge), Inglaterra, el 16 de febrero de 1864 y fallecido el 15 de setiembre de 1932.

Morris fundó y presidió durante más de cuarenta años la Fundación Filantrópica de Escuelas Evangélicas, que llegó a poseer diez institutos de primera enseñanza; cinco ubicados en Palermo y los restantes en Villa Urquiza (n° 6), Coghlan (n° 7), Almagro (n° 8), La Paternal. (n° 9) y Agronomía (n° 10). Además, sostenía el Hogar El Alba, para huérfanos, una escuela de Artes y Oficios y el templo de San Pablo; estos tres últimos situados también en Palermo.

La ciudad lo recordó con un monumento erigido en el Parque Tres de Febrero (Avda. Figueroa Alcorta y A. Méndez) y con una plazoleta triangular que lleva su nombre y ostenta una placa recordatoria, sita entre las calles Guatemala, Uriarte y Darragueira, en el barrio de Palermo.



*Escuela Filantrópica
Argentina nº 7 (mixta).*

La escuela nº 7, como las demás pertenecientes a dicha fundación, daba cabida en sus aulas a todos los niños que necesitaran instrucción, sin distinción de credos. Su lema era "Por mi Dios, mi Patria y mi Deber".

Estos establecimientos educativos funcionaron bajo la responsabilidad y el sostén de la citada fundación hasta 1934, dos años después del fallecimiento de su creador. Por ley nº 11919, del mes de noviembre de 1936, es aceptada la donación que hace la Fundación al Gobierno Nacional, pasando a depender del Consejo Nacional de Educación.

La escuela de Coghlan contó con un anexo para varones exclusivamente, que funcionó en Holmberg 2754. Ahora lleva el nombre del prócer hondureño Francisco Morazán.

Luego de transcurridos ocho años, el 6 de setiembre de 1911, se inauguró la escuela nº 15 "M. A. Acevedo", en Olazábal entre Tronador y Plaza. Su sede fue una casa alquilada a la sucesión Lucchetti. La primera directora fue la señora María Gómez de Villanueva.

Tres años más tarde, el 2 de junio de 1914, con la dirección de la señora Sara Rissoto de Calderón, a quien secundaban las maestras Rosa Gerding de Roca y Lucía F. López, abrió sus puertas en la Villa Vicentina, ex propiedad del doctor Molinari, Núñez 3638, la escuela "Martín del Barco Centenera", reconocida en el barrio como "el colegio Molinari" por el motivo antedicho.

Entre 1916 y 1917, en la esquina sudoeste de Congreso y Washington es habilitada la escuela nº 9, C.E. 15, dirigida por la señora de Obregoso. Era de carácter mixto. Actuaban como maestros las señoritas Caligari, Biscione, Ferlcher y Jovita y el señor Visca. Su portero era el señor Ramón Pendón. Una distinguida vecina del barrio, la señora Antelo de Casaubón se desempeñó como vicedirectora hasta el año 1928. En 1923, entre el alumnado se realizó una colecta en pro de los niños hambrientos de la Unión Soviética, siendo el óbolo de cinco centavos moneda nacional "per cápita". Esta escuela cesó su actividad en 1938.

Por los mismos años, en Monroe 3231, comenzó a funcionar la escuela nº 13 del C.E. 15 que fue fusionada en 1940 con la nº 19 (Pablo Pizurno).

Poco tiempo después, en 1925, comenzaba su actividad la escuela "Félix de Azara" (Tamborini 3948). Como inicialmente tenía su entrada por la calle Estomba,



se la conoció como “la escuela de Estomba”, en la cual tuvo una destacada actuación el maestro y luego director señor Carello. El primer director del establecimiento fue el señor Anselmo Liquitay, actuando como vicedirector el señor Elías Salazar. En 1926, se instituye en la misma el servicio de “la copa de leche” para el alumnado, siendo la primera que lo brindó.

La Asociación de Hermanas Terciarias Capuchinas de Loano (Italia) puso en movimiento el 1 de abril de 1933, en el convento de Santa Clara de Asís, Manuela Pedraza 3850, un taller de costura, un lugar para la atención de enfermos y también brindaban cursos de catequesis, a cargo de las hermanas Tarsicia, Leonor y Celina. Accediendo a la solicitud efectuada por los padres del vecindario, habilitaron en 1938 una escuela primaria, mixta y graduada, la que posteriormente quedó instituida por varios años, sólo para niñas.

Fundado por la religiosa madre María Leonarda Ammirati, abrió sus puertas un Jardín de Infantes, bajo la advocación de Nuestra Señora del Carmen, en Roque Pérez 2760. Su primera directora fue la Hermana Leticia Mancini. Con el apoyo de los vecinos, especialmente de don Tomás Bérgamo y del ingeniero Enrique Arlandini, se convirtió en un instituto integral para la educación primaria a partir de 1941; además desarrollaban actividades conexas y complementarias a las de la educación.

En 1938 se instaló el Colegio Sarmiento, para impartir educación primaria, en la que fuera una de las primeras residencias del barrio, conocida como “la casa del alsaciano” (un señor que tenía la totalidad de su dentadura enchapada en oro) y desde cuyo mirador se dominaba todo el sector circundante, Washington 2842. Sus directores y propietarios fueron los integrantes del matrimonio Mena, quienes lo regentearon hasta su cierre, veinticinco años después.

Ese mismo año, por iniciativa de la señora Lenton, comenzó a funcionar en los niveles preescolar y primario, el “Urquiza Day School”, en Nahuel Huapi 3953. La casa había sido residencia veraniega del doctor Valls, distinguido vecino de Villa Urquiza.

La educación musical era un aditamento casi obligatorio para la formación intelectual de los niños y jóvenes. Desde 1916, Coghlan contó con un conservatorio, el Donizetti, cuyo director propietario fue el profesor Fernando Tuzzio. Al mismo concurren los hijos de las familias coghlenses: Casaubón, Antelo, Meyer, Barbieri, Malloyer, Rodríguez, Schudecoff, Poirot, Fuks, Noceti, etcétera. En el archivo del conservatorio se guardan los programas de las audiciones musicales, en las cuales participaban los alumnos y con las que se celebraba cada año el fin de los cursos de piano, violín y canto. Inicialmente, su sede estaba en Washington 2782, pasando con posterioridad a Ugarte 3673.

Uno de sus brillantes alumnos, Carlos Malloyer, fue durante mucho tiempo el primer pianista del Teatro Colón de Buenos Aires,

Sería injusto cerrar este capítulo sin recordar a las maestras particulares, señoritas Clarita (quien vivía en Washington 3114) y Matilde (quien residía en Ugarte 3551), las que daban clases de apoyo por módicas sumas para aquellos niños con dificultades para el aprendizaje. Este comentario se hace extensivo al señor Carello, director de la escuela Félix de Azara, quien montó una academia con el mismo propósito, luego extendió sus actividades a la enseñanza de otras disciplinas.

También es válido recordar los negocios de librería que surtían de materiales escolares a los educandos coghlenses (cuadernos El Mapa o Lanceros, plumas cucharitas, lápices Faber nº 2, libros de lectura, crayones y pinturitas). La más antigua funcionó en Monroe 3611, luego se instaló otra, por poco tiempo, en Ugarte 3572 y finalmente “La Elena”, en Nuñez y Melián, de don Roberto Pedreira, inaugurada en el mes de mayo de 1941 y que cesó en 1996.

*Entrada de la última escuela
demorada en su viaje desde
Coghlan; Sociedad Rural
Argentina, diciembre de 1913.*



Vida religiosa

Hasta el año 1906, en cuyo transcurso fue inaugurada la Capilla del hospital Pirovano, los vecinos practicantes del culto católico (la gran mayoría) concurrían a las iglesias de la Inmaculada Concepción (la Redonda) de Belgrano o a la de Nuestra Señora del Carmen, en Villa Urquiza, para asistir a los diversos oficios.

Al decir de viejos moradores, eventualmente y a partir de la década de 1920, los padres capuchinos solían decir misa en algunos domicilios particulares, y citaron la casa de la familia Dumit, Estomba 2636, como uno de los lugares donde con más asiduidad efectuaban dicha práctica.

Después, la capilla del Hospital Pirovano, a lo largo de casi un cuarto de siglo fue el centro del culto en Coghlan. Allí no sólo se celebraban misas, sino también casamientos, bautismos, comuniones y funerales. Así fue hasta la habilitación del templo de Santa María de los Ángeles en la esquina NO de Tamborini y Naón. La historia de esta parroquia se inicia el 15 de octubre de 1927, cuando se la creó por mandato del arzobispo de Buenos Aires, Fray José María Bottaro, quien encomendó el establecimiento de una iglesia a la Orden de los Hermanos Franciscanos Capuchinos, que ya actuaban en el barrio para asistir a la colectividad italiana residente en él.



*Santa María
de los Ángeles.*

Esta decisión fue el producto de la reorganización de la Iglesia Arquidiocesana cuya labor estaba interrumpida desde 1922, cuando falleció el Arzobispo de Buenos Aires Monseñor Máximo Antonio Espinosa. Tras su deceso el gobierno Nacional, en ejercicio del por entonces vigente Patronato, le propuso al Papa Pío XI un candidato que no fue aceptado (Monseñor Miguel de Andrea).

Esto determinó que la sede arzobispal quedase vacante durante un lustro. Finalmente, se llegó a un acuerdo en 1927 con el nombramiento del Guardián del Convento de San Francisco, Fray José María Bottaro, quien ya anciano y delicado de salud, fue secundado desde el cargo de obispo auxiliar por Monseñor Santiago Luis Copello, prelado que lo sucedería alcanzando la dignidad cardenalicia.

Ante la escasez de parroquias en el ámbito capitalino y la necesidad de impulsar su desarrollo, el Arzobispo Bottaro decretó el 12 de noviembre de 1927 la creación de diecinueve parroquias, entre las cuales figuraban la de Santa María de los Ángeles en Coghlan y la de San Patricio en Villa Urquiza.

El 16 de julio de 1928, un día crudísimo, durante el cual el termómetro no sobrepasó los 0 °C, el escaso vecindario del lugar observó desempacar algunos utensilios y bajar un humilde mobiliario en una casa alquilada sita en Congreso 3742.

“Al pie del carro, dos frailes con abundante barba, miraban apilar los objetos y oteaban la vecindad, como buscando un imaginario amigo. Velozmente concluyeron su trabajo los peones y entre los bultos que cargaban los propios padres, en pocos minutos desapareció todo vestigio de mudanza.” (Texto del padre Dionisio Moral.)

Las señoritas María y Soledad Moya, les ofrecieron a los recién llegados los primeros alimentos. Los frailes en cuestión eran Joaquín de Monterosso y Félix de Artegna. El día 21 comenzó a funcionar el oratorio y en un pequeño altar coronado por la imagen de Santa María de los Ángeles celebró la misa inicial el futuro arzobispo de Santa Fe, Monseñor Nicolás Fasolino. Estuvieron presentes, el párroco de la Santísima Trinidad, el señor Scarpino (quien contribuyó con su ayuda monetaria desde los primeros momentos), y el señor Miguel Carlés, presidente de la Liga Patriótica Argentina.

El 22 de diciembre de 1928, el arzobispo de Buenos Aires pasó una circular a su arquidiócesis en la cual manifestaba: “Por la presente recomendamos a la generosidad de los fieles de nuestra amada arquidiócesis a los RR.PP. Capuchinos, para que les ayuden con su limosna a levantar la Iglesia de la Estación Coghlan, que será, Dios mediante, una nueva Parroquia, que llenará las exigencias espirituales que reclama ese populoso barrio de esta Capital”.



Capilla del Hospital Pirovano en 1903. Aún hoy se aprecia sin variantes sobre la calle Roque Pérez, Monroe y Rivera.

*Parroquia
Santa María de los Ángeles.*



Para sustituir al Padre Joaquín que debió regresar a Montevideo en calidad de Superior Regular de la Orden para el Uruguay y la Argentina, llegó el padre Filomeno de San Secondo. El 10 de octubre de 1928, la Curia lo nombró capellán y vicario cooperador de la capilla, que comenzó a administrar los sacramentos del Bautismo y del Matrimonio, pues muy pronto se la declararía Parroquia.

El 16 de diciembre de 1928 fue nombrado Superior, el Padre Antonio de Monterosso y el 29 de diciembre del mismo año, la Curia lo designó vicario ecónomo de la Parroquia de Santa María de los Ángeles. El 7 de diciembre de 1929 se trasladó provisoriamente la capilla parroquial a una casa situada en Congreso 3790. Este nuevo local lo ofreció gratuitamente una persona con el propósito de ayudar a la nueva Parroquia. Desde allí pasaron los RR.PP. Franciscanos Capuchinos a otro, ubicado en la intersección de Tamborini y Naón, hecho con lonas y madera.

El 31 de enero de 1930 se dio comienzo a los trabajos para la construcción de la Capilla. Primeramente se levantó una pieza de 4 por 3 metros que ofició de altar mayor, y se colocó una carpa que hacía de nave. Luego se agregó una casa de madera para habitación de los padres y sala de reuniones parroquiales. Estas obras se inauguraron el 6 de abril de 1930 y fueron bendecidas por monseñor Fortunato Devoto, quien puso en posesión de su cargo al primer párroco de Santa María de los Ángeles, padre Antonio de Monterosso, quien hasta la fecha se desempeñaba como vicario ecónomo. Ese día se bendijo también la primera campana, donada por la señorita Irene Mc Carthy. En 1933 se inauguró el primer templo, ejecutado sobre planos del arquitecto Horne, vecino del barrio. Una modesta construcción con ventanas ojivales y sin revoque.

El lunes de Carnaval de 1936, el señor Juan Pozzo se apersonó al padre Filomeno de San Secondo, por entonces párroco, para manifestarle su deseo de

cooperar con las obras de bien emprendidas a favor de los pobres de la Parroquia. Semanas más tarde, decidió donar un nuevo solar para sede de la Iglesia, dando los fondos necesarios para saldar la deuda por el terreno y la construcción del templo. La nochebuena de 1937 se ofició misa por primera vez en el nuevo templo que aun carecía de ventanas. Hacia 1940 las obras principales, excepto el camarín, estaban concluidas, y se habilitó la iglesia. Poco tiempo después, se inició la construcción del convento y las dependencias parroquiales, también sobre planos del arquitecto Horne. Es indudable que la avasallante personalidad del padre Antonio de Monterosso, verdadero factótum en los primeros años de la vida parroquial, dio impulso y continuidad a los esfuerzos y emprendimientos. Propuso para el barrio, que comprendía las 160 manzanas de la parroquia, el nombre de Nuevo Asís, que al igual que el primigenio Villa Chas, no tuvo demasiado eco en el vecindario. Creó el Centro nº 1 de la Acción Católica Argentina, impulsada desde Roma por el Papa Pío XI. Su fecunda labor en la parroquia elevó a ésta al rango y a la representatividad que a lo largo de los años alcanzó. Sus restos reposan en el bautisterio de la iglesia.

LA CAPILLA DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

El 24 de diciembre de 1939 se bendijo y colocó la piedra fundamental de esta capilla, la que sería edificada según los planos y la dirección del ingeniero Enrique Arlandini. Se inauguró rápidamente, siete meses después, el 21 de julio de 1940. Pertenece al instituto homónimo sito en Roque Pérez 2760, creado por la madre Leonarda de las Hermanas de la Inmaculada Concepción. Durante varios años estuvo abierta al vecindario, pues se oficiaban misas los domingos y días de precepto, en la actualidad la utilizan exclusivamente los alumnos del establecimiento.

Los servicios públicos

no sólo de pan vive el hombre

1907... 1908... 1909... los años van corriendo penígeramente y el barrio adquiriendo perfiles de tal. En el extremo sudeste la estructura itálica de la Villa Roccatagliata edificada en 1900, en la esquina de Avda. Ricardo Balbín y Roosevelt, domina el paisaje. Unas cuadras más hacia el norte, sombreada por pinos y araucarias se distinguía el perfil de la Villa Vicentina, propiedad del doctor Molinari en la esquina de Núñez y Roque Pérez. Sobre Congreso, entre Roque Pérez y Melián con reminiscencias versallescas y medievales se alzaba la Villa Clotilde, propiedad de la familia Giovanetti, la que además poseía algunas fracciones de tierra en la vecindad y era empresaria del Teatro Politeama. Esta residencia tenía un estanque en que se deslizaban cisnes y patos. Por Melián había una entrada para carruajes, que debía franquearse por un puente levadizo, y una caballeriza.

Cerca de la estación, aunque de menor envergadura, pero de igual solidez y buen gusto, se podían apreciar las casasquintas, rodeadas de cuidadosos jardines: en Tronador y Roosevelt estaba la de la familia Anezín, en Congreso y Naón la del señor René, en Nahuel Huapi y

NUEVO RADIO 510,071

OBRAS SANITARIAS DE LA NACION

SERVICIO DE AGUA Y CLOACAS

DE LA CONTADURIA

Calle Congreso
N.º 3360 Bap

SERVICIOS	TIEMPO DEL SERVICIO	CUOTA POR MES		IMPORTE	
		Pesos	Cent.	Pesos	Cent.
Agua	Enrolado a Marzo 1911	2	40	2	40
Cloacas					
Recargo de 50% sobre \$ 7					

Recibo

16 ABR 1911

PAJERO-4

TESORERO

Tesorero

RECAUDACION DIRECTA

las vías del ferrocarril, la del doctor Valls y algunas otras, situadas en Nahuel Huapí y Donado, Estomba y Rivera, Roosevelt entre Estomba y Tronador, etcétera.

En 1907 abrió sus puertas al público el almacén y despacho de bebidas de Don Simón Casaubón, en la esquina de Roque Pérez y Monroe. Simultáneamente, por iniciativa de los vecinos frentistas, se adoquinaba la calle Estomba entre Monroe y Rivera y se plantaban los primeros sesenta paraísos que sombreaban las calles del casco barrial, en las cuales se habían colocado cuarenta postes de madera para sostén de otros tantos faroles a querosén que las alumbraban quedamente, interrumpiendo la uniforme endrinez de las noches coghenses, con su débil y amarillento resplandor.

A estas alturas era innegable el crecimiento del barrio, cada vez más poblado. Su posición geográfica con respecto a sus aledaños, Belgrano, Urquiza, Saavedra y Núñez entre los cuales obraba como nexo, en particular desde la inauguración del Hospital Dr. Ignacio Pirovano, le fue confiriendo relevancia, participando de los beneficios emergentes de la instalación de los servicios públicos indispensables para mejorar la calidad de vida del vecindario en materia de salubridad, higiene, comodidad y seguridad, tales como servicio de aguas corrientes, cloacas, electricidad, gas, alumbrado público, teléfonos y pavimentos, que en la actualidad se consideran propios y obligatorios para cualquier intento poblacional que se proyecte con seriedad.

Muy distinta era la situación en el siglo XIX y en las dos primeras décadas del XX, pues si bien no estaba en discusión la necesidad de contar con dichos servicios, su montaje no se correspondía con la premura de la demanda. No se debe olvidar que a partir de la federalización de Buenos Aires, y con mayor énfasis desde 1888, con la incorporación de los municipios de Flores y Belgrano y la fijación definitiva de los límites de la ciudad, fueron apareciendo nuevos asentamientos: Villa Devoto, Villa Crespo, Villa Las Catalinas-Urquiza, Mataderos, que por su importancia y desarrollo demandaban idénticas obras de infraestructura, acuciados por similares urgencias.

La Compañía Primitiva de Gas, cuyo depósito (gasómetro) y planta de bombeo estaban ubicados en Roosevelt y 11 de Septiembre, con entrada por Blanco Encalada 1869, en el barrio de Belgrano, tuvo, a partir de 1874, la ímproba labor de iluminar las calles de dicho barrio, brindando un servicio cada vez más organizado que, excediendo el límite barrial, se extendió hacia otros suburbios, alcanzando hacia el oeste a Villa Las Catalinas (Urquiza). Coghlan, por la razón apuntada, resultó a su tiempo beneficiario directo de dicha extensión. La provisión del fluido, si bien no se destinó al alumbrado público, llegó tempranamente a los hogares y establecimientos indus-

Farol a querosén.



triales (1924), apareciendo las cocinas “Primgas”, provistas por la empresa, y los quemadores industriales que fueron sustituyendo a las antiguas y domésticas cocinas económicas, a los legendarios “Primus” y al petróleo crudo como combustible para las industrias, decretando el lento pase a retiro de los proveedores de leña, carbón y petróleo, y los tiznados y galerudos deshollinadores, figuras harto conocidas por esos tiempos.

El alumbrado con faroles a querosén, fue totalmente sustituido a partir de 1922, primero en forma provisoria y luego definitiva, por el alumbrado eléctrico, con energía provista por la Compañía Alemana Transatlántica de Electricidad y posteriormente por CHADE, ÍTALO, CADE y SEGBA.

Con respecto a la provisión de electricidad para uso domiciliario, la red inicial data de 1918. El primer comercio que se estableció en el barrio para el expendio de materiales eléctricos fue propiedad de Don Pedro Castela, abierto en 1927 sobre la calle Nahuel Huapi 3611.

La construcción y puesta en marcha del Establecimiento Potabilizador de Obras Sanitarias de la Nación, en Palermo, hecho acaecido en 1913, concluyó con uno de los problemas más preocupantes para los porteños en general, y para las comunidades de Belgrano, Urquiza, Saavedra, Coghlan y Núñez, en particular.

Desde 1860 el tema de las cloacas y del agua corriente se había constituido en un imperativo a solucionar perentoriamente, para las autoridades provinciales primero y para los municipales después. El ingeniero Coghlan, inclusive, trabajó profusamente sobre el tema, elaborando dos sesudos informes. Las sucesivas epidemias de viruela, cólera, fiebre amarilla y tifoidea, recidivantes y causadas en gran parte por las deficientes condiciones sanitarias de la ciudad, avalaron los proyectos para liquidar estos flagelos.

El 28 de enero de 1914 se habilitó la red de aguas corrientes para el barrio y alrededores en el radio comprendido por las calles Republiquetas, O'Higgins, Iberá, Melián, Washington y La Pampa. Así Coghlan vio desaparecer poco a poco los molinos, aljibes, bombas y pozos artesianos, con las consiguientes ventajas.

El servicio cloacal, cuyo tendido comenzó hacia 1870 en la ciudad, llegó a estos lares aproximadamente en 1909. Pesó para esta decisión la existencia en la zona del Hospital Pirovano, el cual desde su creación no cesó de crecer, ampliando su autonomía y cubriendo nuevas especialidades, lo cual hacía que el número de camas para la internación se acrecentara constantemente, y por ende, su población. Esto determinó el aceleramiento de los trabajos para librar la red cloacal, solucionando el problema del hospital y beneficiando a los vecinos con este nuevo e indispensable servicio.

Como testimonio de este emprendimiento queda “el obelisco de Coghlan”, así denominado por el doctor Luis Alposta, una torre de ladrillos que se eleva en Washington 2944, en una casa que pertenecía a Obras Sanitarias de la Nación y que sirvió como depósito de materiales durante muchos años. La segunda cloaca máxima de la ciudad arranca precisamente allí. Debe destacarse que tanto los ladrillos con los cuales se construían las cámaras, como las torres de ventilación, en cuyo extremo superior se instalaba un pararrayos (hay varias en Buenos Aires), provenían del partido de San Isidro (Béccar, Villa La Cava) donde eran especialmente horneados en una dependencia de dicha empresa, según estrictas especificaciones que devenían de la necesidad que los mismos fuesen de igual calidad que aquellos que anteriormente se importaban desde Inglaterra.

La pavimentación de las calles y avenidas del barrio fue muy lenta y se consolidó totalmente entre las décadas del 40 al 50, cuando, por disposición municipal, se decidió acabar con las calles de tierra.

En Coghlan, con excepción de la calle Estomba, entre las vías del ferrocarril y la calle Rivera, cuyo adoquinado fue solventado por los propietarios frentistas, el gris del pavimento fue haciéndose realidad a partir de 1923, siendo las primeras en beneficiarse: Monroe, Nahuel Huapi y Avda. Ricardo Balbín.

Durante el lapso comprendido entre 1922 y 1925, además de las mencionadas, fueron pavimentadas parcialmente: Naón, desde Rivera a Ruiz Huidobro, Rivera, desde Cabildo a Melián, Congreso, desde Lugones hasta las vías del ferrocarril, Tamborini, desde Amenábar a Freire, Roque Pérez, desde Congreso a Avda. Ricardo Balbín, Quesada, desde Avda. Ricardo



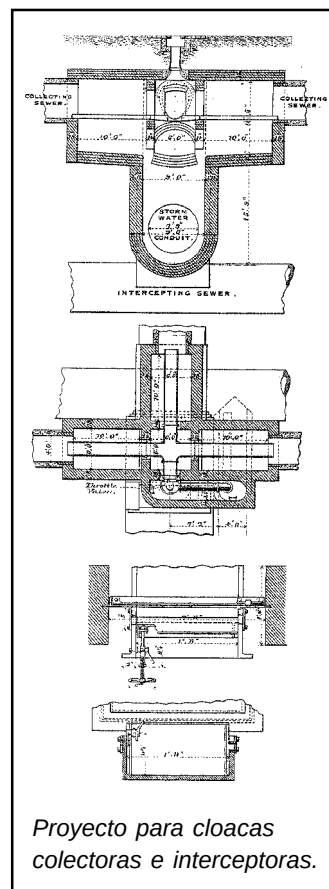
telefonistas. A partir de la década del 20 el servicio se fue difundiendo merced al crecimiento poblacional de los barrios capitalinos. La central de Belgrano fue desdoblada, tomando las características 52 y bajo la 51, Villa Urquiza. Con posterioridad los vecinos de Coghlan fueron agrupados en la central Pampa (73).

Con la apertura de las calles que la existencia de la "Quinta de Oliver" impidió hasta 1887 y la formación de los barrios Saavedra, Núñez y Villa Catalina (Urquiza) entre 1873 y 1887 fue cambiando la fisonomía del Cuartel V del extinguido Partido Judicial de Campaña General Belgrano.

Para Coghlan, durante los primeros años, el único medio de comunicación con el centro de la ciudad, al cual accedía en sólo veinte minutos, era el tren. Pero existía una necesidad más doméstica y cotidiana, su conexión con los barrios vecinos, especialmente con Belgrano, que por haber sido ciudad, contaba con la infraestructura para atender los requerimientos de una población estable. La presencia del Hospital Pirovano desde 1896, sito en Coghlan, pero cuyo radio de acción desbordaba crecidamente su jurisdicción, hacía imprescindible la utilización de otros medios de transporte colectivo que cubriesen la eventualidad. El primer servicio regular de enlace surgió a través de los *breaks*. "El Rápido" que a lo largo de la calle Monroe, afirmada (no adoquinada) a partir de 1897, hacía el recorrido desde Cabildo a Melián, y luego fue extendido hasta Triunvirato y viceversa. A partir de 1915 se habilitó un servicio similar por la calle Nahuel Huapi.

Recién en junio de 1923 aparece el tranvía perteneciente a la Compañía Anglo Argentina, con el n° 90, cubriendo el trayecto estación Belgrano C - Estación Urquiza, con tablero y luces azules. El primer coche salía de Belgrano a las 4:45 y el último a las 24. En septiembre de ese mismo año extendió su recorrido hasta General Artigas y Mosconi y en junio de 1925 alcanzó Villa Devoto. Por diciembre de 1934 trocó su número por el 35 con cabecera y terminal en Plaza de Mayo y Villa Devoto respectivamente.

Poco después de la llegada del tranvía hacen su irrupción los ómnibus, entre ellos la línea 23 denominada "La Palma" con coches verdes que cubrían el itinerario Barrancas de Belgrano-Floresta; la línea 34 "General Mitre" de coches celestes, con recorrido Plaza Italia-Villa Ballester; la línea 53 "La Internacional", coches marrones y rojos con recorrido desde Estación Saavedra hasta Constitución; la línea 38 ómnibus medianos conocidos como "los coquitos" por su color verde amarillento, cuyo recorrido se



extendía desde las Barrancas de Belgrano hasta Villa Urquiza; la línea 8 "Unión Nacional", coches "Mack" color celeste que cubrían el trayecto Barrancas de Belgrano-Floresta, pasando por Villa Urquiza, Villa Pueyrredón, Villa Devoto y Monte Castro.

Cerca de 1930, aparecen los primeros colectivos; serían la línea FB (actual 133) cuya denominación surgía de las iniciales de su dueño: Fermín Burro; la línea 24 (actual 107) la línea 19 y la línea 31. El primero de noviembre de 1931 se inauguró el servicio de trenes traccionados con energía eléctrica.

Las nuevas formaciones dejaron de lado a las locomotoras carboneras y vagones utilizados hasta entonces. Debido a esta modificación, cesaron las tareas de mantenimiento que se efectuaban en la playa de maniobras de la estación y caducaron en sus funciones el depósito para el material rodante, el molino, el tanque para el agua y las tomas ubicadas en los extremos de los andenes. Ejercía la jefatura de la estación Coghlan el señor Pablo Amadeo Hergott, quien se desempeñó en el cargo desde 1912 hasta 1933.

La vuelta al perro l

Coghlan hacia 1922

Por ese tiempo el barrio había acentuado su crecimiento, pero conservaba un aspecto semirrural.

Época de casasquintas con amplios jardines, enhiestos miradores e incansables molinos, en la cual la aparición del Emir Emin Arslan, casado con una de las señoritas Poirot, hija de una familia con viejo arraigo en Coghlan, ataviado con alto turbante, ponía un toque oriental y exótico en el paisaje.



En los últimos años del pasado siglo y en los primeros del que corre, se sucedieron en Buenos Aires publicaciones de gran categoría: *La Revista de Buenos Aires*, *La Biblioteca*, *Nosotros*, *La Gaceta Literaria*.

En su momento *La Nota* del emir Emin Arslan tuvo mucha importancia; la misma estuvo al servicio de sus ideas. Un libro suyo: *La verdad sobre el harén* cuando se publicó, cerca de 1920, se constituyó en lo que hoy denominamos un *best-seller*.

Este señor, príncipe del Líbano, descendía de una familia muy antigua radicada en Siria. Estudió en París donde las ideas democráticas ganaron su razón, lo cual al regresar a su país le ocasionó inconvenientes con el sultán Abdul Hamid II. Expatriado en Francia, en París formó parte de "La nueva Turquía" un movimiento que provocó en su patria la revolución de 1909. Fue llamado para colaborar con el nuevo gobierno, alcanzando la dignidad de vicegobernador de El Líbano y posteriormente la de cónsul general en Burdeos, París y la Argentina.

La presencia de Carlos Alfredo Birabén (en los EE.UU., Barry Norton), oriundo del barrio, hacía suspirar por su porte y sus facciones a todas las adolescentes (y a las no tanto) del contorno.

Eran también los años de fama y de gloria del Sportivo Coghlan, militante en la división intermedia de la Asociación de Football y de sus enfrentamientos con el equipo del Club Social Urquiza. Estaban por llegar los primeros pavimentos, el tranvía, los ómnibus y las industrias que completarían su particular fisonomía.

Los datos que a continuación se consignan fueron extraídos de la *Guía Kraft* correspondiente al año 1922.

Para elaborar el itinerario se ha tomado la traza municipal de Coghlan, posterior en cincuenta años, al paseo propuesto, —es sólo un punto de referencia puramente anecdótico— ya que es sabido que el barrio tiene fronteras móviles ajustadas al latido del corazón y al sentir de cada uno de sus vecinos.

Por razones de espacio se han tomado tan sólo algunos referentes.

El hipotético recorrido tiene su punto de partida en el límite SE de Coghlan, Avda. del Tejar y Monroe, y tomando ya esta última (vereda impar) hacia la estación del FFCCA el paseante se encontraba en el



n°

- 3125 la sastrería de José A. Villalonga.
- 3131 la tienda de Jorge Amed.
- 3341 Cine Monroe, del Mazo y Difrancó.
- 3551 Hospital Pirovano.
- 3611 Fonda de Manuel Herrero.

Avenida del Tejar:

- 2516 "El pretende" Centro recreativo.
- 2974 Benjamín Fruaro - Almacén.
- 3301 Vittorio Belmondo - Herrador.

Núñez:

- 3638 Escuela nº 14, Consejo Escolar 15.
- 4147 José Gambetta - Fonda.
- 4150 Parodi E. y Cía. - Fábrica de chocolates y dulces.
- 2790 Rómulo Regiardo - Carbonería.
- 2850 Rita Gutiérrez - Corte y Confección.
- 2968 Félix A. Marcovecchio - Constructor Obras Sanitarias.

Tronador:

- 2801 José Espremás - Almacén.

Juana Azurduy:

- 3085 Julio Ré - Ingeniero.
- 3528 Elías Pascuzzi - Carbonería.
- 3635 Antonio Lanzas - Cochería.

Manuela Pedraza:

- 3331 Crámer A. - Taller mecánico.
- 3462 Resnik A. - Despensa.
- 4162 Grillo M. - Carbonería.

Freire:

- 2801 Raso J. - Tienda.
- 3075 Rodolfo Barthel - Fábrica de muebles.
- 3251 José Srur - Herrador.

Guanacache (F. D. Roosevelt):

- 3245 Bonifacio Sánchez - Lechería.

La estación desde el puente en 1946.
Su jefe era Francisco Gandía.



Estomba:

2801 Viuda de Foti - Peluquería.

2854 Hnos. Broussón - Fábrica de sombreros.

Guayra (Tamborini):

3628 Luis Socci - Almacén.

3760 Genaro Serra - Almacén.

Conde:

2502 Abel del Mazo - Farmacia.

2620 Alí Kreim - Tienda.

2799 Adelino Sacchi - Cigarrería.

Bebedero (Dr. P. I. Rivera):

3263 Vicente Radoslovich - Carbonería.

3385 Isabel Pros - Corte y confección.

3800 Club Sportivo Coghlan - Cancha.

Avda. Forest (R.S. Naón):

2702 Hnos. Calcagno - Almacén.

2801 Agustín Ferro - Farmacia.

Iberá:

3536 Canzoneri y Ricci - Constructores.

3760 Jardín El Globo - Vivero.

Superí:

2585 Misischia D.A. - Plomero, gasista.

2742 Morao Generoso y Hno. - Panadería.

2775 Arlandini E. - Constructor.

Nahuel Huapi (M. Ugarte):

3270 Roberto Livraga - Taller Mecánico.

3388 Oscar Beltrame - Pintor.

3895 Canzoneri y Ricci - Constructores.

Washington:

2569 Balbino López - Panadería.

2790 Fernando Tuzio - Conservatorio Musical Donizetti.

2949 Obras Sanitarias de la Nación.

2955 José Chauvín - Vivero.

Quesada:

3491 Galotta Roque y Donato - Cortinas de junco.

3551 Antonio Garbarino - Carnicería.

Roque Pérez:

2501 Carlos Casaubón - Almacén, Despacho de bebidas.

2878 Miguel Spagnoli - Peluquería.

3058 Francisco Villarino - Ferretería y bazar.



Manada de ovejas sobre el novel pavimento de la Avda. Congreso al 3600, 1931.

Anuncio de la fábrica de sombreros de los Hnos. Broussón.



Avenida Congreso:

3130 Juan Cafaro - Corralón de carros.

3225 Siro Ferraro - Carbonería.

3591 Francisco Barbieri - Almacén.

Melián:

2502 Blas Leiton - Almacén.

2831 Pedro Romano - Carbonería.

2888 Meditieri, Pangella, González y Cía. -
Carpintería.

Es posible que estos nombres digan poco al lector de hoy, quizás le resulten ajenos y es lógico, pero ellos tienen un valor testimonial y trascendente para buscar una aproximación a lo que era el barrio por aquellos años de forja y consolidación.

Sólo unos pocos tienen aún vigencia: Casaubón, Barthel, el hospital Pirovano y la Villa Vicentina, ex sede de la Escuela nº 14, para reivindicar y convalidar la existencia de los demás.



La consolidación 1923-1930

sin prisas y sin pausas

En 1921 se estableció en Freire 3047 la fábrica de muebles Barthel, la que llegó a ocupar a setenta operarios dedicados a la producción de mobiliarios de estilo. Desde entonces no cesó en su actividad y actualmente se ocupa en la restauración y reacondicionamiento de muebles antiguos. Sus instalaciones no han experimentado mayores modificaciones y permanecen tal cual fueran concebidas por su titular, don Enrique Barthel.

Por iniciativa de los señores Decker y Schlötmann, surge en 1928 una importante fábrica textil, en la manzana situada entre las calles: Congreso, Forest, Quesada y Estomba, que fue adquirida por el señor Enrique Barthel para Sedalana S.A., razón social bajo la cual giraría el establecimiento. La política de la firma para reclutar su personal era la de contratar a sus técnicos y jerárquicos en Alemania, lo cual hizo que se radicaran en el barrio numerosos y calificados ciudadanos de ese país con sus respectivas familias. La envergadura e importancia de esta empresa se pone de manifiesto el 30 de junio de 1934, cuando el *Graf Zeppelin*, camino hacia Campo de Mayo, se detenía sobre los techos de los talleres, desde donde los obreros y empleados saludaban alborozados a sus tripulantes, mientras un concierto de pitos y sirenas le daban la bienvenida.

En julio de 1928 se instaló en Coghlan la familia Staggi, Congreso 3634, con el propósito de montar una fábrica de

Construcción de la fábrica Sedalana sobre la Avda. Forest.



muñecas y artículos para bebés, lo cual materializó de inmediato, importando toda la maquinaria desde Alemania. Durante algún tiempo estuvieron asociados con los señores Ángel y Juan Georgiadis, viejos vecinos con residencia en Congreso 3680. Esta fábrica, de menores proporciones que las anteriormente citadas, fue la primera de su tipo que existió en el país. Durante los años iniciales, para las fiestas de Navidad, Año Nuevo y Reyes, montaba en el garaje un espectacular retablo con figuras de gran tamaño y un árbol bellamente engalanado. Todo el barrio concurría a visitar el pesebre, cuya trascendencia era equiparable a la del que armaban los Franciscanos Capuchinos en su incipiente capilla Santa María de los Ángeles, según los dichos de su párroco Antonio de Monterosso.

Hacia 1930 la firma Nestlé S.A. adquirió una pequeña usina que se dedicaba a la fabricación de chocolate, sita en la calle Núñez 4150. Sería su primer establecimiento fabril en la Argentina y en él elaboraría un año después su primer chocolate industrialmente argentino. Su permanente y sostenida expansión la llevó a ocupar casi toda la mano de obra disponible en los barrios de Coghlan y Saavedra.



Fábrica textil Sedalana S.A.

Estas nuevas expresiones industriales, sumadas a la ya existente desde 1892, la fábrica de sombreros de don Pablo Broussón, cuyo desenvolvimiento requería un crecido número de obreros, contribuyeron fundamentalmente a la definitiva consolidación del barrio, la cual se operó entre los años 1921 y 1930. En ese lapso la edificación se fue compactando, notándose diversos estilos en las construcciones, los cuales seguían las preferencias de sus habitantes de acuerdo con sus nacionalidades. Así, los ingleses y alemanes levantaban hermosos chalets. Los franceses, chalets o *petit-hoteles* y los criollos, italianos y españoles, la célebre y más modesta casa chorizo.

Este proceso cegó las quintas, los huecos y los baldíos; entre los pocos que subsistieron, la memoria rescata uno en Congreso y Naón (esquina Noreste) donde varios años después la firma Sedalana S.A. edificó un local para la venta al público de las telas que fabricaba y otro en Avda. del Tejar y Manuel Ugarte (esquina sudeste) que dieron albergue a las últimas calesitas con tracción a sangre, donde las ansias de los chiquilines que las disfrutaban, concurrían a la captura de una sortija que pendía de una pera casquivana y bamboleante, agitada y dirigida por el calesitero y cuya posesión otorgaba el beneficio de una vuelta gratuita para su captor.

También fueron quedando relegadas, por idéntico motivo, las cálidas y acogedoras "fogatas" de San Juan y de San Pedro y San Pablo, las que al ser trasladadas hacia la vía pública, motivaban la intervención policial para desactivarlas, con las consiguiente desazón de los más pequeños.

Supérstites de un pasado bucólico, asomaban las residencias que desde principios de siglo existían en Coghlan y que fueran verdaderos hitos, a saber: en la manzana irregular delimitada por las calles Roosevelt, Zapiola, Rivera y la Avda. del Tejar, se yergue la itálica "Villa Roccatagliata" desde el año 1900, según lo denuncia en su frontispicio. Aún conserva junto a las cocheras la torre del molino de viento y el tanque de hierro fundido para el agua al cual se ciñe una hiedra, como si quisiera protegerlo del futuro. Su acceso principal lo constituye una escalinata de mármol y un pórtico sostenido por columnas de estilo jónico.

Sobre la esquina SO de Roque Pérez y Núñez, en no muy buen estado, señorea la "Villa Vicentina" construida en 1882, esto la convierte en la decana de las casas del barrio. Fue propiedad del doctor Maurín Molinari y conserva palmeras y araucarias de aquella época. Desde 1914 hasta el presente es sede de escuelas.

Aunque la piqueta dio cuenta de ella en la década del 50 no se puede obviar la mención de la Villa Clotilde, que perteneció a la familia Giovanetti. Ocupaba un solar de sesenta varas de frente sobre la avenida Congreso 3657 y

poseía una entrada para carruajes en la calle Melián 2957. El parque umbroso, el jardín poblado de esculturas y el estanque que circundaban la residencia le conferían un hálito romántico y novelesco al cual la luz indecisa del crepúsculo realzaba con la magia de sus matices.

Exhibía Coghlan por esos tiempos casas de una o dos plantas, donde hasta las más modestas tenían su jardincito poblado de glicinas, rosales, malvones, calas y pensamientos. Era un barrio de calles poco transitadas, en el cual la vuelta del perro y la charla de los vecinos poco apurados estimulaban el conocimiento y la convivencia que se sintió dolorida y perturbada cuando recibió la noticia del fallecimiento de los integrantes de la familia Díaz, quienes regresaban de Europa, a raíz del naufragio del buque *Princesa Mafalda* acaecido frente a la costa brasileña el 27 de octubre de 1927. Esta antigua y apreciada familia residía en P. I. Rivera 3975.

Este panorama se mantuvo a través de toda la década del 30; la que le seguiría, plena en acontecimientos políticos y sociales, iría marcando nuevos rumbos en pos de ignotos horizontes.



Hacia 1930 la firma Nestlé S.A. adquirió una pequeña usina que se dedicaba a la fabricación de chocolate, sita en la calle Núñez 4150.



Los clubes

Mens sana in corpore... roto

Los clubes de barrio son la institucionalización de “la barra de la esquina”, que de este modo da cauce a sus inquietudes por el deporte y por la comunidad. No es por capricho que casi todas estas agrupaciones antepongan su nombre el término Social y Deportivo, como para dar significación y justificativo al emprendimiento. Con recursos limitados y loables aspiraciones, van desenvolviendo sus actividades en la medida en que se lo permiten sus recursos, generalmente magros. No obstante, de a poco, se van consolidando y logran estabilizarse dentro de modestos parámetros.

Coghlan no tiene una larga tradición en este sentido, pero podemos mencionar cinco instituciones que se fueron gestando en su ámbito para cumplir con las aspiraciones enunciadas en el comienzo de este capítulo:

- Sportivo Coghlan de 1918
- El Tábano de 1930
- INCA de Buenos Aires de 1936
- Gimnasia y Esgrima de Coghlan de 1937
- Mariano Moreno de 1937

SPORTIVO COGHLAN

Lo poco que se sabe del primer club que se constituyó en el barrio se desprende de citas de muy viejos vecinos que compartieron algunos momentos de su existencia. Por ellos nos enteramos que apareció hacia el final de la década del 10 y que cesó hacia el final de la posterior, absorbido por su similar y encarnizado rival en la práctica del fútbol, el Sportivo Urquiza, con quien protagonizó memorables encuentros en la división intermedia de la Liga Argentina de Football.

Rescatamos el nombre de Enrique Arlandini, quien vivía en la calle Superí 2775, entre los fundadores de la institución, que contó con un jugador “fullback” de notables condiciones: Nóbile, quien luego defendió los colores del Club Atlético Huracán, de primera división, con destacadas actuaciones.

La cancha del Sportivo Coghlan ocupaba el sector oeste de la manzana comprendida entre la estación Coghlan (andén línea descendente) y las calles Washington, Bebedero (Rivera) y Guanacache (Roosevelt). Tenía además una casilla de madera donde al cabo de cada match se agasajaba a los rivales y luego compartían confituras y bailes los muchachos y muchachas del barrio hasta las diez de la noche. El cuidado y conservación de la cancha e instalaciones corría por cuenta de un señor

apodado Funidiño, quien lo hacía con cabal idoneidad.

El atuendo estaba formado por camisetas blancas, pantalón corto azul y medias del mismo color.

Como testimonio de su presencia transcribimos un artículo de un periódico del barrio de Villa Urquiza, en el que se relata uno de esos partidos.

1920 : URQUIZA vs. COGHLAN

Hermoso por todo concepto resultó el match que el domingo 15 cte. se jugó en el *field* de Coghlan. Ello nos habla elecuentemente del interés que existe por este noble deporte en este vecindario como en la vecina localidad.

Viejas rivalidades separaban a los dos antagonistas, quienes bajaban al *field* a disputar no dos puntos, sino el amor propio y el nombre de su club.

Ambos en su larga carrera deportiva tenían títulos suficientemente adquiridos y por lo tanto eran un rival digno del otro. La fotografía que damos de ellos nos los presenta como a los antiguos campeones que entusiasaban a las muchedumbres, y el juego que se desarrolló nos evoca otros tiempos... al inolvidable Alumni.

Coghlan tenía una brillante foja conquistada años atrás en caballeresca lid.

Urquiza habíase labrado un sendero de laureles merced al entusiasmo de sus elementos.

La perspectiva no podía ser mejor y por eso se esperaba impacientemente la hora de iniciar el encuentro.

El elemento femenino ponía la nota amable en el ambiente, alentando a los campeones con gritos que el espectador quisiera oír repetir...

L. Muzzio, un correcto árbitro, conocido ya de nuestro público, dirigía el encuentro.

Los primeros minutos fueron de una vivacidad extraordinaria. Un centro, un rechazo, un quite, un *rush*, se sucedían con inusitada rapidez para los ojos del espectador. Las defensas trabajaban afanosamente, hasta que sucedió lo imprevisto.

Corrían los 23 minutos de juego, cuando Raffo, puntero derecho del Urquiza en posesión de la pelota, corrióse breve trecho y envió un hermoso centro sobre el arco.

Los ágiles del Urquiza arremetieron en procura de la "ball" y Santos con un shot corto logró alojarla en la red.

No por esto perdió el match su interés y las buenas jugadas se sucedieron hasta que el silbato del referée indicó que había llegado la hora del descanso reparador.

Durante el tiempo que duró el descanso, abundaron los comentarios. Quien a favor de Coghlan, quien a favor de Urquiza, mientras los agentes del escuadrón velaban...

Y recomenzó la lucha más fiera, más hermosa si se quiere.

Ni un solo incidente, ni una sola frase obscena.

Coghlan en este tiempo debió de lamentar las ausencia de uno de sus mejores hombres: el *back* Novile que por sí solo valía medio *team*. Éste es su mejor elogio.

Los componentes del Urquiza aprovecharon de la desventaja y atacaron firmes. Defendieron sus rivales con toda gallardía, pero a medida que transcurriera el tiempo, debieron de ceder terreno.

Y lo que restó del match fue favorable a Urquiza, quien un minuto antes de finalizar el encuentro señaló el segundo tanto por intermedio de Pesagno, quien fue recibido con aplausos y vivas.

Acto seguido Muzzio hizo sonar la pitada final, una pitada larga y sonora que llegó como un eco hasta el corazón de los vencidos...

Tal fue el encuentro y nuestras mejores impresiones sobre la memorable jornada deportiva llevada a cabo el domingo en Coghlan.

Mambrú

(Artículo aparecido en *El Independiente* nº 13, en la edición del 25.5.1920.)

CLUB EL TÁBANO

Nació por la inquietud de un grupo de chiquilines, quienes mezclados con algunos mayores, lo plasmaron luego de casi seis años de “idas y vueltas”. La idea surgió un 19 de setiembre de 1930, en una casita de la calle Washington 3058, y pudo hacerse realidad en 1936, cuando quedó instalada la primera sede en una casa de la calle Quesada 3520.

Fueron fundadores los señores S. Vidal, V. Cichetti, J. Rubio, N. Zámola, A. y D. Servichio, J.C. Fabiani y D. Ciraudó, entre otros.

La extinción del vivero de la firma Chauvín, sito en la manzana comprendida entre las calles Congreso, Melián, Washington y Quesada, le permitió al club El Tábano, disponer durante los años 1936 a 1938 de una cancha propia, esbozada en dicho predio.

En él se celebraron grandes partidos de fútbol con sus rivales de la Liga Amateur, entre los que se destacaban Kimberley, Tren Mixto, Unión (todos del barrio de Saavedra), coronándose campeón en 1938. Sus jugadores usaban una camiseta blanca y roja a rayas verticales. Durante sus campañas, que abarcaron hasta la década del 50, actuaron en sus equipos destacados jugadores que siguieron su carrera en clubes de primera y segunda división de la Asociación del Fútbol Argentino, entre los que debemos mencionar a Kunse, Cozzi y Cortina, de excelente labor en el Club Atlético Platense y Luis Maraviglia y Juan Díaz, en el Club Atlético Excursionistas.

El ciclismo fue otra de las actividades a las que brindó su atención el club, organizando por las calles del barrio carreras de bicicletas que atraían gran número de participantes en cada categoría. El ídolo máximo fue José Merello, alias “Baté”, un invencible en esas lides, cuyos máximos exponentes en el nivel nacional eran por esos años Remigio Saavedra y Mario Mathieu.

En 1940 trasladaba su sede a la esquina NE de Iberá y Melián en la que permaneció durante treinta años, variando un tanto su “modus operandi”, ya que la práctica de los deportes a campo abierto fue dejando paso a los de orden interno y tomando un cariz eminentemente social.

En 1970 adquirió la sede actual, en la calle Naón 3029, que cuenta con un gran salón comedor y para fiestas, donde se realizaban peñas de tango y folklore, muchas de ellas organizadas con brillo por el veterano Rolando Chávez, quien convocaba a relevantes figuras del medio artístico para animarlas.

Club El Tábano.



CLUB INCA DE BUENOS AIRES

El grupo juvenil, la barra, que solía sentarse en el umbral del garaje de López Hnos., situado en Monroe 3961, recibió con sorpresa hacia 1936 el ofrecimiento del primer piso del local, hecho por uno de sus dueños, como punto permanente de reunión. De allí a la constitución efectiva del club, sólo fue cuestión de tiempo y trabajo.

El entusiasmo y el tesón de sus fundadores (los hermanos López, Delconti, los hermanos Bado, Banera, Cambiasso, Salvavera, Figliolía, Conforte) rápidamente fue concretándose en hechos, sueños e ilusiones, a punto tal que muy pronto alquilaron una propiedad de la familia Dumit en Monroe 3986, donde establecieron la sede del club y construyeron una cancha de basquetbol.

Como contribución al barrio, en 1937, donado por dicho club, se inauguró en la plazoleta de la calle Guanacache (hoy Roosevelt) y Estomba un mástil para izar la bandera nacional en los días festivos de la Patria. La placa de bronce fijada en su base expresaba:

EL CLUB INCA DE BUENOS AIRES
LOS VECINOS DE COGLAN
HOMENAJE A LA BANDERA
- Julio, 9 de 1937 -

En 1940 la institución, siempre en crecimiento, se trasladó a Monroe 4084, primer piso, pues la planta baja era ocupada por el afamado "Almacén Londres" de los hermanos Martínez, cuya propiedad pertenecía a la familia Lucchetti.

Poco tiempo después, el club inició la construcción de su sede actual, adquirió un solar en Monroe al 3900 a los señores Cocimano. La obra estuvo a cargo del arquitecto Luis Pavessi, integrante del C.I.B.A. y consta de dos plantas.

Allí desarrolló el INCA una intensa labor social-cultural y deportiva. Fue centro de reuniones barriales de distinto carácter, de conferencias (varias veces disertó Ricardo Lorenzo padre, el legendario "Borocotó") y de bailes que animaron entre otros las orquestas de Juan D'Arienzo y Varela Vareleta.

En la faz deportiva, a partir de la división "Novicios" participó en todos los torneos organizados por la Asociación de Basquetbol.

Actualmente su actividad ha quedado circunscripta al ámbito social sólo en su primer piso, quedando en la planta baja una placa recordatoria con los nombres de sus primeros asociados.

CLUB MARIANO MORENO

La barra esquinera de Freire y Quesada tenía su punto de reunión frente a la panadería de don Bienvenido Díaz, por donde asiduamente pasaba Cataldo Spitale, por entonces "centro half" del club Platense, quien conjuntamente con Esperón y Pajoni, como laderos, formaban la "línea media del equipo de primera división de Los Calamares". El 29 de marzo de 1937 Spitale obsequió una pelota de fútbol de las "de veras", es decir reglamentaria y algunas camisetas. Aquel presente motivó de tal manera a sus componentes que decidieron conformar un club, al cual dieran por nombre el de su benefactor: Cataldo Spitale. El grupo fundador estaba integrado, entre otros, por Alfredo Monti, Cavallero, José Fornillo, Augusto Barbieri, Mario y Roberto Branda, José Vázquez, Justo Aguilar y Adolfo Balestracci.

Lógicamente iniciaron sus actividades deportivas jugando al fútbol, para lo cual se incorporaron a la Liga Amateur de Football, que nucleaba a todas las instituciones de ese carácter. Como no poseían cancha propia, jugaban en la denominada La Nación, sita frente a la vieja del Club Platense, entre las calles Crámer, Manuela Pedraza, Guayra (Tamborini) y Conesa, o en otras más modestas situadas allende el parque Saavedra, cerca de la planta de la empresa Phillips. En esos escenarios tuvieron "célebres tenidas" con otros rivales de los barrios de Saavedra y Núñez, tales como Federal, Sunderland, Nacional, Alberdi y Vedia, habiéndose destacado por su actuación Ángel Barbieri, Oscar Clavero y Mario Fagioli, quienes pasaron a jugar en los clubes Tigre, Platense e Independiente, respectivamente; todos de la primera división de la Asociación del Fútbol Argentino.

La primera sede fue una casa alquilada en la calle Freire 3157, de la que pasaron a la actual y propia, sita en Freire 3151. En 1940, trocaron el nombre de Club Cataldo Spitale por el del Club Mariano Moreno.

La práctica del basquetbol también fue parte de su quehacer deportivo, siempre dentro del ámbito de los clubes aficionados. De sus formaciones salieron dos figuras relevantes del básquetbol argentino, que actuaron en instituciones que militaban en la Liga oficial. Nos referimos a los jugadores Uranga y Cositorto; este último, hijo de un recordado arquero del equipo de fútbol del Club Platense.

En la actualidad, en su sede funciona un gimnasio y se practican juegos de salón. Posee además un comedor y una espaciosa sala teatral.

CLUB GIMNASIA Y ESGRIMA DE COGHLAN

Fue un desprendimiento del Club El Tábano. Se fundó el 29 de marzo de 1937 en la calle Quesada 3711, donde siempre funcionó.

Su actividad deportiva primigenia fue el básquetbol y la desarrollaba en la cancha de polvo de ladrillo que se construyó en dicho predio. Durante algo más de veinte años, la práctica fue intensa y actuaron en sus equipos distinguidos valores, como Balícora y Curi, quienes prosiguieron sus campañas en clubes de primera categoría.

Paralelamente, no descuidó la actividad social, promoviendo reuniones danzantes y festivales artísticos. Eliminado el basquetbol como deporte habitual, se lo sustituyó por la práctica del fútbol de salón en sus categorías Papi y Baby Fútbol.

Lo presidieron en distintas épocas Domingo Ciraudo, Emilio Ricci, Juan Gagliardi y Gabriel García.

Actualmente, funciona una escuela de dicho deporte, a la que concurren una crecida cantidad de niños del barrio. Posee comedor y salón de juegos. Sus actividades cesaron en 1999.

Club Mariano Moreno.



Club Gimnasia y Esgrima de Coghlan.



Las calles



Con varias calles entrecortadas por el edificio del hospital Pirovano, el de la estación y las vías del ferrocarril, que prolongan el itinerario del transeúnte y entorpecen el andar de los automovilistas, transitarlas tiene sus encantos y sus entuertos dentro de los estrechos límites del barrio.

En dirección este-oeste sólo tres (Monroe, Ugarte y Congreso) lo atraviesan sin otro impedimento que el cierre de las barreras del ferrocarril Bartolomé Mitre temporalmente les ocasione, quedando interrumpido el tránsito por las siete restantes: Dr. P. I. Rivera, Quesada, Iberá, Tamborini, Manuela Pedraza y Núñez.

En sentido sur a norte las privilegiadas son: Avda. del Tejar, Superí, Zapiola, Freire y Conde, que se cortan en las proximidades de la estación Belgrano "R" para proseguir allende los rieles.

Roque Pérez no va más allá de Monroe; Melián tiene clausurado el paso treinta metros después de atravesar Monroe; Washington queda cortada por los rieles al llegar hasta aquélla; Naón, lo hace al esquinar con Pedro Ignacio Rivera sobre el acceso este de la estación Coghlan; Estomba, en Nahuel Huapi por idéntica razón y Tronador al llegar a Franklin D. Roosevelt al topar con las vías del ramal a José León Suárez del Ferrocarril Mitre.

Verdaderamente resulta intrincado desandarlas para los ocasionales visitantes, pero no para los vecinos que tienen cabalmente asumido cada recorrido interno.

Recorrerlas con apuro es válido nada más que para un caso de urgencia, pues la placidez y la frescura que poseen, al amparo de los paraísos y fresnos que la sombrean, incitan al paseo reposado, matizada invariablemente por más de un diálogo circunstancial entre vecinos. Porque sus veredas aún no son un lugar para el paso, sino un sitio para la conversación.

Rumorosas y agitadas durante el día, sobre todo aquellas de tránsito vehicular fluido, con las primeras sombras se acallan, acoplándose al silencio y la quietud que gozan las demás, desde el principio de las cosas, por estos lares, cerca del año 1891. Y aunque nada es igual, ellas conservan algo de aquellos tiempos que han sabido atrapar para conservarlo a pesar de los años transcurridos.

Algunas, por imperio de las Ordenanzas Municipales, han variado con razón o sin ella su denominación, que el noble empecinamiento de los nostálgicos hace que aún las nombren con aquél con que las conocieron y las fueron incorporando a su existir: Guanacache, Bebedero, Nahuel Huapi, Guayra.

Como expresa Javier del Tejar en un pasaje de su "Evocación de la calle Congreso":

Todo mutó; la vida, vos, nosotros.
Ni el viejo callejón de San Francisco,
de una sola vereda, es ya el de antaño.
Te fueron floreciendo los semáforos...
casonas y jardines ya no están
y una comunidad que es una sociedad
realmente anónima,
sin voz, ni voto, campea en tus aceras.
Todo lo contrario
al bonito enunciado
que tu nombre indica, ¡Congreso!
Pero seguís y seguirás siendo mi calle
la que gustaba buscar siempre en los planos
del Distrito Federal. Ese Buenos Aires
que los cartógrafos reviraban
respecto de los puntos cardinales.
Si nos ponen así en todos los mapas
cómo no hemos de andar
revirados los porteños.
Sos y serás mi calle,
la de mi infancia, sin preocupaciones,
la de mi adolescencia estudiantil,
la de mi juventud irreflexiva
y la de mi adultez.
Son tres calles, Congreso las que evoco:
la de tierra carente de cordones,
la de adoquín donde gasté las suelas
y rompí zapatillas
corriendo detrás de una pelota "Pulpo"

de veinte guitars
y solían barrer los mussolinos
con hirsutos cepillos y desandaban
aquellas barredoras de tres ruedas,
gigantescos triciclos, que enviaba
puntualmente la Municipalidad.
Y la actual, asfaltada,
a veces pulcramente señalada
con sendas peatonales
de un blanco que pronto se hace gris
por obra del aceite y los neumáticos.
Yo sé que estás allí, tus voces llegan
al fondo de mi casa y de mi alma
para hacerme sentir que estamos vivos,
aún y a pesar de tantas mutaciones
que a vos y a mí la vida nos impuso.
Horizontal vos, yo vertical,
convivimos en perpendicular.
¡Que nos dure, Congreso, que nos dure!
Lo posible...
muchos años,
pues me aterra pensar que cuando emprenda
el último paseo
ya no seremos perpendiculares
sino por breve tiempo, paralelos.
Y el infinito queda tan distante
que quizás ni vos ni yo, lleguemos nunca
a comprobar que allí
podríamos encontrarnos.



Con el propósito de ilustrar sobre la nomenclatura de las calles de Coghlan haremos una sucinta mención de cada una de ellas con los cambios de denominación acaecidos a través de su primer siglo, pues como los hombres, los nombres pasan, pero las calles permanecen.

ANTIGUA Y NUEVA DENOMINACIÓN DE LAS CALLES DEL BARRIO

• DE SUR A NORTE:

Borches - Actual: Tronador (Ordenanza Municipal –O.M.– del 28 de octubre de 1904)
 Rossini - Actual: Estomba (O.M. del 27 de noviembre de 1893)
 Newton-Forest - Actual: R. S. Naón (O.M. 18.862/63 B.M. 12.263)
 Ushuaia - Actual: Washington (O.M. del 27 de noviembre de 1893)
 Buenos Aires - Actual: Melián (O.M. del 27 de noviembre de 1893)
 Urquiza - Actual: Roque Pérez (O.M. del 28 de octubre de 1904)
 Brown - Actual: Superí (O.M. del 27 de noviembre de 1893)
 Alvear - Actual: Conde (O.M. del 27 de noviembre de 1893)
 Prometeo - Actual: Prometeo (O.M.1424 del 30 de diciembre de 1925)
 Pedernera - Actual: Freire (O.M. del 27 de noviembre de 1893)
 Camino a las Lomas de San Isidro - Avda. del Tejar - Actual: Ricardo Balbín (O.M. de 1991 nº 45666 B.M. 19211)
 Mom - Actual: Zapiola (O.M. del 27 de noviembre de 1893)
 General Mitre - Actual: Pinto (O.M. del 27 de noviembre de 1893)
 Sócrates - Actual: Sócrates (O. M. 5295/1933 B.M. 3522)
 Plutarco - Actual: Plutarco (O.M. 5295/1933 B.M. 3522)

• DIRECCIÓN ESTE-OESTE:

Saavedra - Actual: Monroe (O.M. del 27.11.1893) - Esta calle durante breve período en la década de 1970, se la denominó Brigadier General Juan Manuel de Rosas.
 Guanacache - Actual: Roosevelt (O.M. 18.105/1961 B.M. 11.719)
 Bebedero - Actual: P.I.Rivera (O.M. 16.975/1960 B.M. 11.502)
 Oliver 3ra. - Actual: Nahuel Huapi (O.M. del 27.11.1893)
 Oliver 3ra. - Actual: Manuel Ugarte (O.M. 27.919/1973 B.M. 14.625)
 2da. Castilla - Actual Quesada (O.M. del 27.11.1893)
 Castilla - Actual: Iberá (O.M. del 27.11.1893)
 Guayra - Actual Tamborini - (O.M. 18.228/1961 B.M. 11.769)
 Valderrama - Actual: Valderrama (O.M. 5426/1933 B.M. 3554)
 3ra. Núñez - Actual: Manuela Pedraza (O.M. del 27.11.1893)
 Macías - Actual: Juana Azurduy (O.M. del 27.11.1893)
 Casco - Actual: Núñez (O.M. del 27.11.1893)

Personajes del barrio

Si bien existen tantas personalidades como personas, deseamos traer a la memoria aquéllas que por su trascendencia escapan del ámbito barrial para proyectar su actividad más allá de los escuetos límites de Coghlan. Entre ellas hay cinco que indiscutiblemente acaparan la atención: Lino Enea Spilimbergo, Julián Centeya, Roberto Goyeneche, Athos Palma, el R.P. Antonio de Monterosso y Julio Como.

Los cinco vivieron en el costado humilde del barrio, desconocido para quienes hoy lo transitan. Ha pasado tanto tiempo que bien pudiéramos decir con Luis Alposta:



Barrio que fuiste mundo de mi infancia
con baldíos y casas que se han ido.

¡Qué importa ver las calles que
antes viera

y dar los mismos pasos que ayer diera
si en el gris del asfalto está el olvido!

Cuadrículado mundo de mi infancia
con mil cosas que han sido y hoy evoco.

Aquel de las bolitas, el balero

y el picado en las tardes de
potrero.

Ya no sos el que fuiste y yo
tampoco.



No es nuestra intención brindar la biografía de cada uno de ellos, pero sí dejar una semblanza a guisa de homenaje. También deseamos mencionar, a vuelo de pluma y a fuerza de caer en alguna involuntaria omisión, a otros tantos vecinos que desde las primeras horas del barrio aportaron sus esfuerzos (sueños y labores tesoneramente imbrincados) en favor de este pedacito de la gran urbe.

Ellos son el arquitecto Alfredo Borel, hijo de don Máximo Borel, francés, llegado a nuestro país en 1880 por casualidad, pues arribó a estas tierras creyendo que viajaba hacia México. Instalado en Pigüé (prov. de Buenos Aires) junto a otros franceses, laboró el campo dedicándose a la agricultura y a la cría de ovinos y vacunos con mucho éxito, pues de arrendatario en algunos años pasó a ser propietario. Con el propósito de dar a sus hijos la oportunidad de estudiar, se instaló en Buenos Aires en 1906, junto a sus dos amigos Casimiro y José Goin, haciéndolo en Coghlan, precisamente en la manzana comprendida entre las calles Congreso, Melián, Nahuel Huapi y Roque Pérez, donde construyeron tres casas muy similares, hoy demolidas.

Otro distinguido vecino fue don Simón Casaubón, propietario del bar La Armonía, en Roque Pérez y Monroe, cuyo nieto Norberto fue un pediatra de nota, que ejerció su actividad profesional en los hospitales Pirovano y Ricardo Gutiérrez y en su consultorio particular en Monroe al 3400.

Narciso Márquez, el primer cronista del barrio. No

poseemos sus datos biográficos y sólo sabemos que falleció en 1985.

Enrique Arlandini, ingeniero de vastísima actuación en estos lares y en el partido de Vicente López, donde existe un Ateneo que lleva su nombre, fue uno de los mecenas y constructor de la capilla del Instituto Nuestra Señora del Carmen, en la calle Roque Pérez al 2700.

El doctor Guido Gotta, médico destacado de extensa y relevante actuación, habitó una casa que aún se conserva con algunas modificaciones en Manuel Ugarte 3853. El servicio de Medicina nuclear del Hospital General San Martín lleva su nombre como reconocimiento a su importante labor docente y profesional.

Se puede ampliar esta enumeración con los nombres de artistas, deportistas y profesionales destacados que habitaron y habitan estas latitudes con la mención de: Rolando Chávez, Horacio Guaraní, Perla Caron, Enrique Dumas, Horacio Deval, Pedro Sombra, Miguel Ángel Cherutti, Danny Martín, Oscar Martínez, Mercedes Morán, Julia Zenko, Augusto Rodríguez Larreta, Giani Lunadei, Jorge Higuaín, Gustavo Costas, Ángel David Comizzo y el ventrílocuo Mr. Chasman, quien aportó un inusitado y trascendente habitante, cuya figura cobró notoriedad y ganó muchos corazones a través de la pantalla de la televisión: nos referimos al entrañable Chirolita, muñeco y partenaire ¡todo un personaje!

Seguramente hay muchos nombres más, entre ellos los doctores Marquet y Boyer, los señores Vignale, Roccatagliata, Giovanetti y Molinari, todos pioneros al igual que Chauvín, Mayol, Hinz, Llorenz, Harper, Dolich, Broussón, Castelao, Barthel, Romano, Oppi, Bissio...

• ROBERTO GOYENECHÉ

Merced a la Ordenanza Municipal n° 23698-1968, sustituida por la n° 26607 de abril de 1972, Roberto Goyeneche, vecino de Saavedra, pasó impensadamente y como tantos otros a habitar el barrio de Coghlan. En su caso sólo un cambio de matiz, pues ante todo y por sobre todo, en función de su trascendencia y de su mester, es vecino de Buenos Aires, a quien su voz y su sentimiento le llenaron el alma con tangos. "Le basta subirse a la mínima tarima y decir, cantar, respirar, interpretar un tango para inaugurarse en el rito misterioso y secreto que los acólitos siguen con total entrega."

No nació ni en Saavedra ni en Coghlan, pero anduvo muy cerca; lo hizo en Vicente López, un poco más allá de la Avda. General Paz, que por entonces sólo era un proyecto. La vida no lo trató bien; nada le fue fácil, huérfano de padre cuando la figura del progenitor se hace más necesaria para el hijo, debió luchar junto a su madre para sacar adelante el hogar conmovido hasta sus bases por la desaparición temprana del papá.



En su niñez vivía en Avda. del Tejar 3050, desde donde la infancia se deslizó como la de tantos otros chicos de la vecindad, dividida entre la escuela, la ayuda a la madre y los entretenimientos que aportaban las bolitas, el balero (armado con una lata de conserva, un palito y un piolín) y los consabidos "picados", en los que un par de tachos o un montón de piedras o ladrillos quebrados oficiaban de arcos.

A los quince gana un concurso para cantores de tango y junto a Raúl Kaplún inicia el camino que lo llevaría a la fama, concretando su auténtica vocación, pues según él mismo lo confiesa "ya cantaba tangos en el vientre de mi madre". Contaba Goyeneche que "cuando finalizaba la actuación, Kaplún me acompañaba hasta la parada del tranvía 35, única línea que transitó por Coghlan, me bajaba en Nahuel Huapi y Avda. del Tejar, donde me esperaba mi vieja". Así fue haciendo "base", sostenía su casa y era feliz, pero pronto falleció su mamá y sólo le quedó un hermano. Entonces, dice "sentí como si se me hubiera apretado la garganta, pensé que no iba a poder cantar nunca más".

Cantó con la orquesta de Horacio Salgán y luego con la de Aníbal Troilo, llegando a la cumbre para no abandonarla nunca.

Su fraseo, su dicción, su manera de "cantar hasta los silencios" lo consagraron ídolo. Conoció todos los halagos y no supo de frustraciones porque vivió con los pies sobre la tierra, amando las cosas simples, sintiéndose feliz "en Buenos Aires aún con cuarenta grados a la sombra". Roberto Goyeneche, dueño y patrón del tango y de la noche de Buenos Aires, contempló la vida desde una mesa del San Quintín (Avda. R. Balbín y Roque Pérez), donde con

viej os amigos revivía hechos, cosas y personajes del barrio al que siempre volvió, a pesar de no haberse ido nunca, lo mismo que el colectivo 19 y el Club Platense, que enfervorizaron su corazón.

• LINO ENEA SPILIMBERGO

Nació en Buenos Aires, el 18 de marzo de 1896 en el porteñísimo barrio de Palermo, reducto de otro bohemio insobornable: Evaristo Carriego y de un historiador de fuste como Roberto Boracchia. Estudió dibujo en la escuela industrial de la calle Salguero y Córdoba, por Almagro, continuando su aprendizaje en la Academia de Bellas Artes, donde alcanzó el título de profesor a los 21 años. Entre ambas instancias ofició distintos menesteres (porque de pan también viven los hombres), que pudieron afectar las manos del maestro: peón de campo, lavacopas, ocupaciones agrarias, pero no le impedían soñar con la línea y los colores; imágenes que cobrarían vida y trascendencia cuando sonara la hora del pintor.

En 1925 su afán por ver y aprender pudo cumplirse. Viaja a Europa donde permanece tres años. Regresa maduro y formado, pronto para iniciar la siembra creadora que devendría en cosecha de sorprendentes revelaciones. Se sucedieron sus exposiciones y los premios más altos consagraron su labor y su excelencia, privilegiando su personalidad subyugante. Por entonces, museos y coleccionistas se disputaban sus obras, las que alcanzaron precios significativos.

Como Victorica, Pettoruti, Buteler, Basaldúa, Forner y Soldi, la trascendencia de su obra es de indiscutible importancia.

Particularmente era bonachón y caprichoso, frecuentador de tabernas, de caminatas al sol, de largas charlas. La muerte lo sorprendió durmiendo en su casa de la serranía cordobesa, sucursal de la que tenía en Buenos Aires, sita en Tamborini 3818, frente a la manzana que ocupa la parroquia Santa María de los Ángeles. Una vivienda humilde, baja, pequeña, que sin embargo alcanzó para contener y dar vida a muchos de los grandes sueños del pintor. Su taller estaba colmado de carpetas, diseños, litografías y óleos desde los cuales unos seres de grandes ojos bovinos sondeaban el espacio. Esta casita modesta del barrio supo contener en su pequeñez, toda la grandeza del artista. Esa vivienda que él tanto amó y que hoy espera el merecido homenaje de una placa, para que el fortuito paseante pueda enterarse que allí vivió y soñó uno de los grandes del dibujo y la pintura vernácula; orgulloso de hacerlo como para indicarnos como postrera lección, que lo verdaderamente importante de una obra no es el marco que la encuadra, sino el cuadro que la representa.

RECORD PARA UN PINTOR ARGENTINO

Un Spilimbergo se vendió en u\$s 264 mil

El óleo *Meditando* de Lino Enea Spilimbergo fue vendido ayer por 264.000 dólares, una suma récord para la pintura argentina, superando la alcanzada por la tela *El cantor de Emilia Pettoruti*, que fue vendida en noviembre de 1991 en Christie's de Nueva York por 250.000 dólares.

La venta se realizó anoche en la casa Posadas. Hace 27 años, el profesor Luis Arana, quien había sido amigo de Spi-

limbergo, vendió esta pintura a Ernesto Carbonell por 80.000 dólares.

Ayer, un hombre canoso, de traje gris y teléfono portátil fue el que se quedó con el cuadro tras una rebatida pufa entre varios interesados. Pero hasta anoche no se sabía quién fue el comprador del cuadro, ya que se suponía que este hombre era un representante del verdadero comprador.

Como anticipó Clarín

el domingo pasado, la subasta de este cuadro había provocado gran expectativa en el ambiente del mercado de arte argentino. Era una de las pinturas cuya puesta a la venta no es frecuente.

Pero esta subasta también coincidió con los altillos en la Bolsa de Comercio. Como se sabe, las obras de arte suelen transformarse en un refugio de los capitales ante determinadas circunstancias económicas.

• JULIÁN CENTEYA

"Era un hombre triste que sonreía." Se llamaba realmente Amleto Vergiatti, natural de Parma (Italia); transplantado primeramente a San Francisco (Córdoba) y enraizado para siempre en Buenos Aires a partir de 1923. Tenía entonces trece años. Su padre murió joven. "Todos los padres de los soñadores mueren jóvenes, para que los hijos aprendan a domar la adversidad sin dejar de soñar."

Julián Centeya fue el dueño "del libro de quejas de los humillados y los ofendidos", porque en su duro transitar por la vida (peón en San Francisco, estudiante libre a los 17 años del Nacional Bernardino Rivadavia, solitario habitante de una mistonga pieza 77 del quinto piso del conventillo El Palomar en el centro de la capital), él encabezaba la legión.

Pacheco lo inicia como periodista. Su amigo Queral, un linotipista "a la fuerza" lo lleva al diario *Crítica* del cual debe emigrar por discrepancias con Natalio Botana a causa de unas prolongadas vacaciones que tomara en Montevideo, más allá del plazo establecido.

En 1938 comienza a trabajar en Radio Belgrano; las letras de sus tangos y candombes andaban por los aires de la metrópolis y su nombre no era uno más en el acontecer porteño. Su actividad periodística no se interrumpe hasta 1955, época en que trabajaba en el diario *El Líder*.

Da charlas y escribe el *Misterio del Tango*, *La Musa Mistonga*, *El recuerdo de la enfermería de San Juan*, *La Musa de barro* y una novela *La otra gente*, según manifiesta "una historia de la mala vida y de la otra que es peor".

De vuelta en Buenos Aires, siguió fiel a sus afectos: la casa en Coghlan, la barra de la cortada Carabelas y el "San Bernardo" donde el porteño no va, sino que cae.

Despreocupado por el futuro, comiendo poco y fumando mucho, amando a esa "mala costumbre bien querida" que es Buenos Aires, vivió sus años hasta que un día la vida le dijo basta. Su último libro de poemas escrito en 1974 *Piel de Palabra* vio la luz el 15 de mayo de 1978.

Fue compañero y amigo de todos los grandes del lunfardo y del tango y quien denominó a Aníbal Troilo "el

bandoneón mayor de Buenos Aires".

Jamás pudo desprenderse de la melancolía del inmigrante, ni del autismo del porteño que se le fue metiendo de a poco bajo la piel.

Vivió y supo morir a su manera.

La vi llegar...

¡Caricia de su mano breve!

La vi llegar...

¡Alondra que azotó la nieve!

Tu amor, pude decirle, se funde en el misterio de un tango acariciante que gime por los dos.

Y el bandoneón...

¡Rezongo amargo en el olvido!

Lloró su voz

que se quebró en la densa bruma.

Y en la desesperanza tan cruel como ninguna,

la vi partir,

sin la palabra del adiós.

Era mi mundo de ilusión,

lo supo el corazón que aún recuerda

siempre su extravío.

Era mi mundo de ilusión

y se perdió de mí,

sumándose en la sombra del dolor.

Hay un fantasma en la noche interminable,

hay un fantasma que ronda en mi silencio.

Es el recuerdo de su voz,

latir de su canción,

la noche de su olvido y su rencor.

La vi llegar...

¡Murmullo de su paso breve!

La vi llegar...

¡Aurora que borró la nieve!

Perdido en la tiniebla, mi paso vacilante

la busca en mi terrible camino de dolor.

Y el bandoneón

dice su nombre en su gemido,

con esa voz

que la llamó desde el olvido.

Y en este desencanto brutal que me condena.

la vi partir... sin la palabra del adiós.

La vi llegar...

¡Y en la distancia se perdió!

Letra: Julián Centeya

Música: Enrique Mario Franchini

Fue grabado por A. Troilo con Alberto Marino en el sello Victor en junio de 1944.

El tema *La vi llegar* fue el ganador del concurso de tangos efectuado por Radio Belgrano en 1944.

• ATHOS PALMA

En la esquina NO que forman la esquina de Rivera y Melián (la primera por entonces se llamaba Bebedero), vivió el profesor Athos Palma, otro de los distinguidos vecinos que honraron con su presencia los albores del barrio de Coghlan. La casa permanece tal cual, habiendo pasado ya 28 años desde que se produjera la desaparición física del maestro en Miramar, provincia de Buenos Aires, el 10 de enero de 1951.

Contemporáneo de la estación, había nacido el 7 de junio de 1891, llegó al barrio casi treinta años después, de lo cual podemos inferir que la parte medular de su extensa obra musical se forjó entre las paredes de esa residencia. Su actividad fue desarrollada en los ámbitos artísticos, docentes y musicales, donde se destacaron sus dotes de compositor y maestro. Era uno de los músicos más caracterizados, poseedor de una amplia cultura general y una personalidad bien definida; fue un compositor fino e inspirado, virtudes que acrecían notablemente a través de la sobriedad del acento y la maestría de la realización técnica, lo cual se evidenciaba en el dominio de la arquitectura musical como en la variedad y habilidad de los recursos puestos al servicio de la orquestación. Sumaba a esto su labor pedagógica y orientadora que apuntaba a sostener y motivar a los jóvenes compositores que con verdadero fervor asimilaban sus enseñanzas. Además de desempeñar funciones en la Inspección General de Música del Consejo Nacional de Educación, como organizador y director de masas corales infantiles, ocupó en varias oportunidades la dirección del teatro Colón de Buenos Aires, ofreciendo temporadas artísticas de notable jerarquía, tanto por el mérito de las obras representadas como por el valor de los intérpretes que en ellas intervenían.

Fue autor de valiosos tratados y titular de las cátedras de Pedagogía, Armonía y Composición en el Conservatorio Nacional de Música y Arte Escénico Carlos López Buchardo.

Entre su producción musical se destacan la ópera *Nazdah* (premio Municipal 1924), los poemas sinfónicos *Jardines* (1923) y *Los Hijos del Sol* (1928), los que merecieron igual distinción. La canción escolar *Caperucita* para tres voces con letra de F. Villaespesa premiada por la Asociación Wagneriana (1922) además de *Cuarteto para cuerdas*, Sonatas e Himnos y cantos escolares. También incursionó por los senderos de la música popular, escribiendo algunos tangos; entre ellos *Asistencia*, que logró el primer premio de música y afiches en los Concursos Nacionales realizados por la Comisión Remate Pro Asistencia Pública.

Según Quinquela Martín era "gran maestro y mejor artista; ocupará un lugar de preferencia en la historia de la música argentina". "Toda su obra estaba presidida por una ley armónica; su tónica era la vocación artística y el dominante, su valor intelectual. Su sola presencia daba la sensación de esa integración" (Antonio Cunil Cabanellas).

El 14 de junio de 1963 como homenaje a su memoria se otorgó su nombre a la

escuela Jardín de Infantes nº 2 del Consejo Nacional de Educación, sita en Sucre 2284 en el barrio de Belgrano.

• PADRE ANTONIO DE MONTEROSSO

Murió el 10 de junio de 1970 a las diez de la noche. Desde hacía una semana, paralizado por una hemiplejía que le quitó el habla estaba internado en el Instituto Médico Platense. Fue el final de una lenta agonía que había comenzado ocho años atrás, cuando su salud empezó a deteriorarse. Su rostro siempre afable y sonriente, a instancia de los dolores que abatían su físico, iba perdiendo aquellas cualidades. Su estado se tornó crítico, el 24 de enero de 1970 se lo internó en el Hospital Italiano de la ciudad de Buenos Aires y luego ya ciego, en la Casa del Padre Pío, sede de las Hermanas Vocacionistas en la ciudad de La Plata.

Habían pasado cuarenta y cuatro años desde que precedente de Montevideo, arribara a Coghlan, el 24 de diciembre de 1928 para ejercer como Vicario Económico de la flamante Vicaría de Santa María de los Ángeles.

Nacido el 16 de noviembre de 1895 en Monterosso, Italia, fue el décimo hijo y último del matrimonio constituido por Juan Bautista Durante y Brígida Grasso. El 4 de octubre de 1907, día de San Francisco de Asís, ingresó en el Seminario Seráfico de Campi, Génova; cinco años más tarde pasó al noviciado de San Bernabé, donde le impusieron el nombre de Antonio de Monterosso al vestir el hábito de los Capuchinos.

Al estallar la Primera Guerra Mundial es convocado al ejército italiano, donde hace respetar su condición de religioso.

Profesó solemnemente, consagrándose a Dios de por vida el 2 de julio de 1922, Fray Antonio recibe de manos de Monseñor Giacomino D'Amicis, Obispo Auxiliar de Génova, la potestad para desempeñar el oficio sacerdotal en nombre de Cristo.

Al siguiente año, en virtud de sus capacidades, pasó a la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma para doctorarse en Teología, pero debió interrumpir los estudios, pues sus superiores decidieron enviarlo a la "Misión Uruguay-Argentina" como misionero, arribó a Montevideo el 11 de noviembre de 1924 donde permanece por cuatro años en el Convento de San Antonio.

En julio de 1928 los Capuchinos genoveses reciben la invitación de la Curia Eclesiástica de Buenos Aires para enviar religiosos de esa Orden con el propósito de fundar una parroquia en un barrio en formación en el Noroeste de la ciudad, justamente en torno de una estación ferroviaria denominada Coghlan.

"Dinámico, inteligente, pastor cuidadoso de su rebaño, recorría el polvoriento barrio invitando y urgiendo a los padres de la vecindad, para que enviasen a sus hijos a las clases de catecismo. Y lo hacía blandiendo una campanita y repartiendo estampas y medallitas" afirma su biógrafo Padre Dionisio C. Moral en su obra *Así era el Padre Antonio de Monterosso*.





R. Padres: Antonio de Monterroso y Joaquín con destacados vecinos, frente a la entrada de la casa parroquial sobre la calle Naón.

La actividad del novel párroco se iría incrementando, cumpliendo diversas acciones: establece en su parroquia la Conferencia Vicentina; crea la revista *Santa María de los Ángeles*, cuya primera entrega está datada el 6 de octubre de 1929 y apareció consecutivamente casi por 30 años; funda la Orden Tercera de San Francisco, la Pía Unión de las Hijas de María y el primer Centro de la Acción Católica Argentina de la República.

Un fuego interior lo impulsaba a llevar a Cristo hacia las gentes. “Nosotros los Capuchinos –solía decir– somos para las misiones.”

Misionero, predicador, escritor, religioso, en cada una de estas disciplinas siempre afloró su paciencia infinita.

“Soportó frío, calor, lluvias, mosquitos, fango, penosos viajes. Cuantas veces, sandalias en mano y sotana arremangada, se lo vio cruzar las calles anegadas del bajo de Coghlan para asistir a un moribundo o para concurrir a dar consuelo a los enfermos internados en el hospital Pirovano.” Cuenta su biógrafo.

La última década de su vida, cuando ya muchos de sus colaboradores habían emprendido el camino de Dios, comenzó a padecer dolorosísimas enfermedades que lo fueron minando físicamente, pero que no consiguieron atemperar su fe; ante el dolor musitaba: “¡Pobre Antonio, qué bello es sufrir!...” Su sabiduría era fuerte y sólida, por eso su consejo surgía veraz y seguro. Dios era su mentor. No iniciaba tarea alguna sin invocar su nombre.

“La grandeza de su alma educada en el sacrificio y su fe sin límite en la Providencia, le permitieron seguir adelante en extremos en que tal vez otros hubieran sucumbido.”

• JULIO A. COMO

Nació, creció, estudió y trabajó en el barrio. Los azares de la vida lo alejaron de él, pero Coghlan por todo lo antedicho, nunca dejó de formar parte de su existencia y de su sentir. Quizás sus recuerdos más lindos y más tiernos, las evocaciones más sentidas y profundas lo tuvieron como depositario. Permanentemente estaba volviendo a través de la remembranza y de la nostalgia. Transitó los caminos de la publicidad, disciplina que lo atrapó desde muy joven y por la que bregó hasta su último aliento.

Brillante alumno de la Escuela Argentina de Propaganda sorprendió a propios y extraños con su capacidad y su enjundia; se graduó, luego de cuatro años de intensos estudios, con la clasificación de “sobresaliente” en todas las asignaturas cursadas.

Concomitantemente desarrollaba y lucía sus dotes, publicando ensayos, pronunciando conferencias, escribiendo en revistas especializadas. Atrapado por la magia de la palabra oral y escrita, se dedicó a desentrañar los misterios de la oratoria y del discurso, investigando los principios ocultos en las grandes piezas de la oratoria universal, desde Demóstenes hasta Shakespeare, desmenuzando las técnicas de Marco Bruto y Marco Antonio desarrolladas en su tragedia Julio César, pasando por Cicerón, Jesús y nuestro Almafuerite, entre otros.

Analista exhaustivo, reflexionaba ante cada proposición y después de evaluarlas en todos los factores que a su juicio podían incidir, dictaminaba. Observador de la realidad, la descarnaba, separaba lo eventual y recién entonces la ponderaba. Era pragmático, no idealizaba, concretaba. Su estilo ágil y ameno surge en su prosa fluida que enriqueció con ejemplo clarificador y corroborante, puntos de un mesurado y agudo trabajo de observación.

Desde sus primeros artículos aparecidos en *Viator*, revista editada en los años cuarenta por el Centro Unión de Viajantes, hasta su desaparición física acaecida hace casi 20 años, mientras dictaba un curso en la ciudad de Tandil, no cesó de publicar un solo instante: *12 Enfoques de Propaganda y Ventas*, *Ventas es Publicidad y Publicidad es Ventas*, *El ojo mágico del discurso*, *El hombre del 18 de Agosto*, *El lenguaje en la Publicidad*, *La influencia del mensaje publicitario en el idioma*, conforman un valioso logro.

Docente de arraigada vocación, lo fue de la Facultad del Museo Social Argentino, de la Asociación Argentina de la Propaganda, de los Ateneos del Club Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires, siendo además el rector del Centro de Altos Estudios de la Publicidad y de las Técnicas de la Información, que contara en su momento con el apoyo de la O.E.A. Varias empresas de primer nivel y de diversos rubros requirieron sus servicios para la formación y puesta en marcha de los Centros de Capacitación para el personal en todos los niveles de sus organigramas.

Convencido y consciente de sus aseveraciones, trabajador infatigable, luchó siempre sin arriar sus banderas. Emotivo y sentimental, buscaba y cultivaba la amistad de los hombres buenos, sinceros e inteligentes. Como no era soberbio despreciaba a aquellos que hacían ostentación de sus capacidades, más allá de lo conveniente.

La vuelta al perro II

Fisonomía del barrio en su cincuentenario

Año 1941, han transcurrido cincuenta años desde el día de la inauguración de la estación ferroviaria, en cuyo entorno comenzó a pergeñarse el barrio.

Se vivían los días de la Segunda Guerra Mundial. El caserío se había compactado de acuerdo con las características peculiares de su formación primigenia, pero ya tenían presencia en él la segunda y tercera generación de coghlenses, sumados a los núcleos de nuevos vecinos, que eligieron el barrio Coghlan para vivir. Aún no se había producido la explosión automotriz, pero iba en camino de consumarse. La mayoría de sus calles estaban adoquinadas o asfaltadas; algunas de tierra, en el sector NO le daban un toque de ruralidad. Funcionaban en plenitud las fábricas instaladas dentro de sus límites (Broussón, Barthel, Sedalana, Famyb y Nestlé).

Existía un cine: "Ideal Monroe", sito en la calle homónima nº 3261, es decir una cuadra más hacia el este de su primitivo emplazamiento. Era propiedad de una firma de origen alemán, por tal razón en su cartelera tenían preeminencia las películas alemanas, pero los lunes la función de la matiné infantil, a la cual se accedía por la módica suma de veinte centavos, nos permitía deleitarnos con las aventuras de Buck Jones, Flash Gordon, Chaplin, el Gordo y el Flaco, Harold Lloyd y atemorizarnos con Frankenstein, Drácula o el Hombre Lobo.

La función duraba desde las 15 hasta las 20 horas, con un lleno total y bullicioso, alimentados por succulentas facturas de la panadería "La Esmeralda" (Freire y Monroe), que introducíamos subrepticamente entre los pliegues de blusas y/o camisas. Era un cine de barrio, que perduró hasta la década del 60.

La actividad social estaba centrada en las reuniones

Antiguo cabín ferroviario. Ubicado en Nahuel Huapi y las vías. A pesar de los reclamos de los vecinos, fue demolida su planta alta.



bailables que organizaban los clubes Inca, El Tábano, Mariano Moreno y Gimnasia de Coghlan, como complemento de la deportiva, que desarrollaban.

La vida comercial estaba circunscripta a los locales dedicados al abastecimiento de productos alimenticios, tales como almacenes, mercaditos y panaderías y otros afectados a servicios igualmente domésticos, tiendas, farmacias, peluquerías, etcétera. Había bares y cervecerías, verdaderas tabernas donde corrían generosamente la cerveza, el chucrut y las salchichas.

Los almacenes más destacados por entonces eran el de "Don Pascual" (Ugarte y Superí NO), cuyo dueño atendía a sus clientes, los 365 días del año, de cuello duro y moñito; la "Provisión Coghlan" del asturiano Manuel García, en Ugarte y Melián NO, quizás la mejor surtida, con reparto domiciliario a cargo del "negro Pirilo" y el moreno "Fray Mocho"; la de Serafín en Quesada y Washington NO; la de Raffaelli en Tamborini 3611; la de Francisco Barbieri, una de las más antiguas en Congreso y Melián NE con sus toneles para el vino y el aceite y el cajonero para los fideos; la de Sassano en Congreso y Washington NO y las situadas en Washington y Roosevelt SO; Ugarte y Naón SE; Avda. del Tejar y Ugarte NE.

Las panaderías eran importantes y muy competitivas, pues todas elaboraban la mercadería que expendían, desde el pan a las masas y tortas, pasando por las facturas cuyo precio era de veinte centavos la docena, la del día y de diez centavos la del día anterior. Podemos nombrar la de Diz, en Superí 2742; la de Sanjurjo en Estomba al 2900, cuyo dueño fuera ultimado a balazos por cuestiones gremiales a principios de los años treinta en la calle Superí al 2800; la de Barros en Ugarte 3651; la "Esmeralda" en Monroe y Freire NO; la de Chao Hermanos en Roque Pérez 3036 cuyo pan era exquisito y se atribuía esa cualidad al empleo clandestino de agua de pozo, en sustitución de la corriente provista por Obras Sanitarias de la Nación.

Los bares, despachos de bebida y "cervecerías alemanas" atendían parroquianos habituales y ocasionales cada cual en su estilo. Al decano de Avda. del Tejar y Monroe, cuasi legendario, se le fueron sumando otros. En 1907 "La Armonía" de Simón Casaubón en Monroe y Roque Pérez NE; los de Monroe y Melián SO y NO; "La Sirena" de Mayol en Avda. del Tejar y Núñez SE inaugurado como pulpería y almacén de ramos generales en 1929. Fue muy frecuentado por Lino Spilimbergo, quien era muy amigo de sus dueños. En Superí y Rivera SO y Congreso y Superí NE funcionaban dos despachos de bebidas con estaño y cancha de bochas. Próximos a la estación del ferrocarril había otros dos: el de Suffo en Naón y Rivera NO y uno muy venido a menos en Rivera 3838, refugio para "curdas" y "trasnochados".

Un párrafo aparte merece el bar y cervecería de "Don

Víctor" sito en la esquina NE de Congreso y Estomba. Su clientela estaba mayoritariamente compuesta por los obreros de la fábrica de sombreros de don Pablo Broussón. Unos años después sería epicentro de las reuniones sindicales de aquellos y punto de partida de las caravanas que engrosarían las manifestaciones obreras en octubre de 1945.

Con respecto a las cervecerías, no podían estar ausentes en un barrio donde la colonia germana era muy numerosa. Frente a la fábrica Sedalana, estaba la de Enrique Felkar. Además de la atención de los clientes habituales, expendía cerveza en porrones que generosamente consumían no sólo alemanes, sino todo el vecindario. En Rivera 3650 tenía su local el "Shubert Hause", restaurante y cervecería con salón comedor y glorieta. Era el de mayor categoría. En las noches de estío, se organizaban veladas musicales que atraían buena cantidad de nostálgicos alemanes.

Sobre Monroe (3487 y 3615) operaban dos pulcras lecherías de paredes azulejadas, que además de expender productos lácteos, tenían servicio de mesa, sirviendo desayunos, chocolate con churros (en invierno) y helados (en verano).

Los mercaditos y carnicerías mutaban de dueño con bastante frecuencia. Sólo permanecen en la memoria la de "Corsino" sita en Washington e Iberá SO; la de Boronat en Washington y Roosevelt SE y las de Ugarte 3780 y 3553.

Las fiambrierías comenzaban por esos tiempos a perfilarse específicamente, de modo especial, aquéllas que expendían fiambres no tradicionales y que se reconocían como "alemanas". En Coghlan existieron dos: una en Melián y Quesada NE de Félix Perlik en cuya planta alta solían reunirse a tomar cerveza los simpatizantes del gobierno de Berlín. La otra estaba ubicada en Avda. del Tejar 2915 denominada "Haydée".

Cuatro farmacias asistían a la población coghlen: "La Universidad" en Naón y Ugarte NE de Valiente García. Era una persona excepcional, un español que aprendió a hablar el alemán para atender correctamente a la clientela de ese origen, en su mayoría empleados de la firma Sedalana. Culto y abierto, en la trastienda de su bien provisto negocio, constituían improvisadas tertulias político-literarias y se jugaba al ajedrez. Entre los contertulios recordamos a los señores Murray, Viterbo y Enrique Broussón. Era por antonomasia el "farmacéutico del pueblo".

Existían además, la "Europea" en Superí y Ugarte SE; la "Roma" en Monroe y Freire NE y una muy pequeña en Avda. del Tejar y Quesada, cuyo nombre escapa a nuestra memoria.

El abastecimiento de leña, carbón y forrajes, hoy casi desconocidos, corría por cuenta de “Riquelo y Hnos.”, en Melián 2841 y de Romano en Ugarte y Zapiola SO.

El hielo, infaltable en aquellos largos veranos, lo proveían Vallaro, Bidegain y Ballarín, quienes efectuaban el reparto domiciliario en chatitas Ford “a bigotes”, a razón de un peso la barra, la que fraccionaban a pedido del cliente en trozos de 10, 20 o 50 centavos, según fuere la capacidad de la heladera.

Actualmente, la industria del colchón determinó que los “colchoneros” de antaño hayan devenido en vendedores de colchones, pero en los años que nos ocupan eran imprescindibles y habituales en el ámbito familiar. Eran aquellos que, cardadora mediante, hacían y recomponían los colchones de toda la comunidad. Recordamos entre otros a Fernández, con su local “La Flor de Asturias” en Freire y Ugarte SE y “Fucks” en Ugarte 3331, por su idoneidad y simpatía.

La existencia de jardines en casi todas las casas del barrio, motivó la presencia en su ámbito de viveros y jardines que los nutriesen y cuidasen. El “Del Globo” de Miguel Rosani en Naón e Iberá SE ocupaba más de un cuarto de manzana. Su nombre devenía de décadas anteriores, cuando para evidenciar su existencia, su dueño izaba un globo cautivo en la esquina de Ugarte y Naón, indicando cartel mediante, la ubicación del vivero. El otro pertenecía al señor Farinelli y estaba situado en Naón 2750.

En la manzana comprendida por las calles Melián, Congreso, Washington y Quesada, la firma Chauvin poseyó hasta 1935 un gran vivero, que al ser levantado, dio paso a la adaptación del terreno para la cancha de fútbol del Club El Tábaro por un par de años, hasta que su loteo dio paso a construcciones que en poco tiempo determinaron su cese como tal.

Era común durante las horas matinales, ver por sus calles el paso de las jardineras de los panaderos efectuando su reparto y el de los carros de fruteros y verduleros practicando la venta puerta a puerta de su mercadería, tanta tracción a sangre convalidaba la existencia de herrerías, como la de Caballero-Amaduro en Congreso 3180, la de Pascual Camarada en Congreso y Tronador y la de P. de la Cuesta (nombre artístico) en Freire 2684. Vaya para el señor Buona fortuna también un párrafo, pues su esforzada labor portando sobre sus hombros una caña que sostenía dos pesadas canastas con pescado fresco, nos permitía acceder a su consumo.

No sería justo, aunque omitamos involuntariamente algunos nombres, dejar de mencionar al ferretero don Guillermo Bublath, cuyo negocio en Ugarte 3435 oficiaba también de juguetería con ofertas de \$ 0,95 y \$ 1,95. Para Navidad armaba un pesebre en la vidriera con un arbolito iluminado; los cincundaban, anacrónicamente, pero como un agregado altamente atractivo, las vías de un trencito Marklin eléctrico cuyo andar nos deleitaba. En Nahuel Huapi 3980 funcionó otra ferretería que cerró sus puertas para dar paso a la primera tintorería de japoneses en el barrio. En esa ferretería trabajó como empleado quien luego fuera el notable actor cómico Fidel Pintos. En Ugarte 3682 estaba la zinguería de Poggi Hnos., hacedores y componedores de cuanta canaleta de zinc había en Coghlan.

En la misma cuadra, pero al 3654 funcionaba la peluquería para ambos sexos de Sánchez, que su continuador el pintoresco Plácido, convirtió en “peluquería para caballeros”.

En la vecindad del hospital Pirovano, como es presumible, existían las cocherías de Mauricio Uzal y la de Francolini Hnos.; esta última poseía ya por entonces sala para velatorio. Su ubicación, Monroe y Superí NE.

Completaban este cuadro mercantil las zapaterías “El Crack” en Superí y Ugarte NE y “Melkonian” en Ugarte y Melián NE y las tiendas-mercerías “La Chinina” en Ugarte 3361; “El Baratillo” en Naón y Tamborini NE y una dedicada a la venta de telas en Congreso 3265.

Fútbol 5 en 1942. Hueco en Congreso al 3600 al desaparecer el Vivero Chauvin.



Por último para cerrar el círculo, mencionaremos la feria franca municipal, que tres veces por semana funcionaba en la Avda. del Tejar entre Ugarte y Monroe con cuatro filas de puestos en los cuales se podían adquirir no sólo frutas, carnes, verduras, pescado, aves, conejos, huevos, quesos, dulces... sino también ropa, artículos de mercería, de lencería, de limpieza, comestibles y combustibles.

Uno de sus puesteros ganó la grande en el sorteo navideño de la lotería nacional en 1940, con un vigésimo, lo cual le permitió recibir un premio de \$100.000, los cuales le alcanzaron para no volver nunca más por allí. Por lo antedicho, se desprende que no había aún grandes negocios, por lo tanto Cabildo y/o Triunvirato seguían siendo los dos centros comerciales más cercanos y asiduos para el vecindario de Coghlan.

Con lo que sí contaba el barrio era con excelentes profesionales médicos y dentistas, los más destacados, los doctores Yanzón, Marquet, Casaubón, Boyer, Conforte y los odontólogos Isola, Barrere, Bechelli y Castillo.

Tal la fisonomía del barrio hacia 1941 cuando cumplía sus primeros cincuenta años entre el fragor de la Segunda Guerra y la acogedora quietud de sus calles sombreadas y perfumadas por robustos paraísos, que supieron cobijar durante algunos años el Corso Vecinal, que el viejo vecino don Aldo di Franco, decano de los comerciantes de la zona, organizaba sobre la calle Monroe entre Avda. del Tejar y Roque Pérez, sustituyendo modestamente al famoso y espectacular de la Avda. Cabildo que cesó en 1942. Los fondos que se recaudaban tenían como destino las arcas de la Asociación Cooperadora del Hospital Pirovano. Gracias a esta iniciativa, los niños, jóvenes y los no tanto, habitantes de Coghlan y Belgrano, pudieron disfrutar por más de un lustro, entre lances con papel picado y volátiles serpentinatas, pomos de agua perfumada y gélidos lanza-perfumes, del Carnaval porteño.

Por esos años, Ladislao José Biro —húngaro exiliado— como una señal de los tiempos y de las transformaciones que devendrían, va gestando en su domicilio, Congreso 3378, un invento sensacional: el **bolígrafo**, que comenzará a conocerse y comercializarse como birome, nombre surgido de la unión de su apellido con las dos primeras letras del de su socio: Meine. Tal fue la eficacia de este nuevo instrumento para la escritura que en breves años su expansión y aceptación lograron los niveles mundiales que ostenta en la actualidad.

La plaza que no acaba de ser

La plaza era el ágora griega y convocante, el espacio abierto donde la multitud podía congregarse para tratar públicamente los problemas que atañían a la comunidad fuese cual fuese su índole. Con el transcurrir de los años, aquella democrática razón fue variando, pero su poder de convocatoria, no.

Según Ordenanza Municipal nº 1000 del año 1978, “plaza es un espacio libre de 2.500 m² como mínimo, cultivado con flores, arbustos e instalaciones para solaz y esparcimiento”. Para Aníbal de Antón, poeta sanpedrino: “es la verde estampilla que está adherida al barrio” y para el Virrey Vértiz: “adornos que contribuyen tanto a la diversión y la salud de los ciudadanos, como a la hermosura de la ciudad”.

Buenos Aires, al decir de Ricardo M. Llanes contaba hacia 1966 con 119 plazas y 24 parques, los que durante los últimos años se han incrementado procurando dotarla de nuevos “pulmones” para luchar contra la polución y la contaminación.

El origen de todas ellas difiere. La Mayor nació con la ciudad de Garay en la forma y lugar determinados por la “Ordenanza para las nuevas poblaciones” dictada por Felipe II, Rey de España; algo similar ocurriría tres siglos después con las de Flores (Pueyrredón) y de Belgrano, que fueron pueblos y cabeza de partido en la provincia de Buenos Aires.

Otras reconocen un pasado como “huecos”: la de Vicente López (hueco de las cabecitas), Libertad (hueco de doña Engracia), Garay (hueco de los sauces), Lavalle (hueco de Zamudio).

De haber sido sede de antiguos cementerios: Ameghino (Cementerio del Sur), Marcos Sastre (Cementerio de Belgrano), Los Andes (Cementerio del Oeste), 1º de Mayo (Cementerio de los Disidentes).



Lugar de concentración de carretas como las de Constitución, Once de Septiembre o Miserere y La Concepción. Las más nuevas, como merced de los hacendados de sus respectivos barrios: Antonio Devoto (Plaza Arenales) y Francisco Seeber, la E. Echeverría de Villa Urquiza. Por donaciones de los vecinos: Balcarce (Núñez), Aristóbulo del Valle (Villa del Parque), Barrancas de Belgrano y la 25 de Agosto (Villa Ortúzar).

Las plazas en los barrios que se fueron constituyendo a partir de 1888, cuando se conformó el actual Distrito Federal tuvieron distintas suertes, ya que la avaricia de los agentes inmobiliarios no hacían el reparo necesario para ese fin en las tierras por lotear. El caso quizás más destacado lo constituye Coghlan, que en su menguada superficie de 90 hectáreas no exhibe un solo "espacio verde" previsto para tal menester.

La necesidad entre el vecindario llegó a tal punto que cuando la firma Chauvin levantó el vivero que poseía en la manzana comprendida entre las calles Congreso, Melián, Quesada y Washington, hubo un tibio movimiento vecinal al que se adhirió con su reconocido fervor el párroco de la parroquia Santa María de los Ángeles, Fray Antonio de Monterosso, para que dicho solar fuese utilizado para la construcción de una plaza. Lamentablemente la iniciativa no prosperó; en poco tiempo se loteó y comenzaron las primeras edificaciones con frente a la Avenida Congreso, las que se incrementaron en la década del 40 hasta compactar la manzana, sepultando el sueño de la plaza propia. Debieron pasar treinta años para que aquella ilusión volviese a prender en los corazones coghlenses, esta vez por gestión de la Asociación Amigos de la Estación Coghlan, que de ese modo, inició una lucha que lleva casi otros tantos años y aún continúa. Dicha acción logra recuperar para el uso público, 6.500 m² de las tierras linderas con la estación del ferrocarril, que se habían transformado en un vaciadero de residuos, frecuentado por roedores y otras alimañas con el consiguiente peligro para la salud de los vecinos, parquizándolas con

plantaciones de varias especies arbóreas, colocando bancos, demarcando senderos, iluminando totalmente el predio y dotándolo de juegos para solaz de los pequeños. Peticionando ante Obras Sanitarias de la Nación, consigue que ésta instale cañerías subterráneas para el drenaje de las aguas pluviales, el solar adquiere así la fisonomía de un paseo que rápidamente es aprovechado y disfrutado por la comunidad con auténtico beneplácito.

Pero no todo serían rosas. Durante 1979 la inconsulta decisión por parte de Ferrocarriles Argentinos y la Municipalidad de Buenos Aires, permite la instalación de una feria municipal ambulante en el sector este del predio, con el tráfago de inconvenientes de diversa índole que le ocasiona al vecindario. La tenaz oposición de la Comisión Directiva de la asociación Amigos de la Estación Coghlan, presidida por el señor Urriza O'Reilly y su accionar, consigue que aquélla fuese levantada e internada en una galería de la calle Monroe 4016.

Once años después, Ferrocarriles Argentinos provoca un nuevo conflicto por la suerte de la plaza, pues sin motivos aparentes, ni consulta, solicita el desalojo de la sede de la Asociación y del solar, mantenido y embellecido durante veintitrés años por la misma. Esta vez la reacción trascendió el ámbito barrial. Protestas, "sentadas", apelaciones a través de los medios de comunicación y la solidaridad de los sectores involucrados permiten que la intimación fuese levantada por FFCC Argentinos, renovándose el contrato de alquiler de los predios por un año más con el pago de un canon que la Asociación ya abonaba por el uso de uno de ellos.

La firme y positiva actitud de algunos concejales promueve el 9 de agosto de 1990 la Ordenanza Municipal n° 44.412 que es votada favorablemente por unanimidad en el Honorable Concejo Deliberante, la cual está en vigencia y determina lo consiguiente: "Afectar al distrito UP (Urbanización Parque) del Código de Planeamiento Urbano, las franjas de terrenos paralelos a la Estación Coghlan, ubicados entre las calles Monroe y Ugarte, mantenidos por la Asociación Amigos de la Estación Coghlan". Además se solicita que por ley del Congreso de la Nación, estos solares sean transferidos por FFCC Argentinos a la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, a los efectos de construir un parque público en adhesión al centenario del barrio Coghlan. Esta Ordenanza Municipal, luego de sortear con éxito la Secretaría de Planeamiento de la Municipalidad de Buenos Aires, duerme el sueño de los justos en alguna dependencia del Ministerio del Interior a la espera de su remisión al Congreso de la Nación, para que la misma se convierta en ley. Mientras tanto el tiempo sigue corriendo y el barrio padeciendo la incertidumbre por el futuro de una plaza que no acaba de ser.



Coghlan y las artes



Aniko Szabó.

*Un andén de Coghlan
visto por Ladislao Szabó.*



Durante sus cien años de existencia, el barrio se codeó con las artes, no continuamente, pero sí con nivel, cada vez que ese contacto se produjo.

La pintura y la literatura estuvieron y están presentes en su ámbito.

Aniko Szabó, quien eventualmente lo transitó, ha sido su difusora más relevante. Adherida al movimiento *Naïf*, pintura primitiva moderna, conocida genéricamente como “ingenua”, plasmó por la década del 70 un cuadro que mereció elogios y distinciones desde su presentación: **Otoño Inglés en Buenos Aires - Estación Coghlan**. Esta reproducción a través de la serigrafía acapara las preferencias no sólo de los amantes de dicho estilo, sino también de aquellos que aprecian y distinguen las legítimas expresiones artísticas.

“No invento nada. Todos los elementos están en Buenos Aires. Simplemente incorporo cosas, cielos placenteros, luces irreales que iluminan la ciudad existente, transformándola en un mundo de policromía”, decía la pintora cuando inauguró una muestra de sus obras en la galería Ficciones, Espacios de Arte.



Aniko Szabó vista por su padre.

Es en esta visión donde reside la esencia del estilo *naïf*. El mundo que refleja, nace de una profunda fe en lo que estima descubrir como realidad. Sin esquemas ni encasillamientos, transforma en imágenes la realidad que lo circunda mediante la exaltación de sus fantasías, surgiendo entonces la sorpresa y la alegría que trasunta el mensaje de esta pintura.

Su padre, Ladislao Szabó, de Dobos, Hungría, arquitecto y plástico de reconocida trayectoria, también quedó atrapado por la magia de la centenaria estación de lo cual da testimonio un hermoso cuadro expuesto en su muestra “Paisajes, flores y figuras”, realizada en la Trench Gallery durante la primavera de 1985. El mismo reproduce, esta vez en estilo clásico, un atractivo rincón de aquélla, la cabecera del andén de la línea descendente del ramal, quien por esta simple y a la vez atrapante mecánica alcanza merecida notoriedad. Como arquitecto se destacan sus trabajos en el altar y vitral de la Catedral de San Pedro en Mar del Plata y la remodelación de la Iglesia de la Inmaculada Concepción en Buenos Aires. Fue profesor titular en las universidades de La Plata y Mar del Plata.

Con respecto a las obras literarias estrictamente vernáculos, algunas de las cuales reproducimos, son páginas intimistas cuya trascendencia queda limitada a las personas que involucran y al ámbito común que las contiene.

La expresión más antigua son unas coplillas de pie quebrado rescatadas del álbum familiar de una vecina, que por aquellos dorados años de 1948, transita las callecitas con los ojos llenos de amor y el alma adolescente. Se titulan *Diecinueve años* y fueron escritas por un poeta también adolescente, cuyo inflamado corazón se expresaba en estos términos:

Renée Marengo
mi linda novia
es la chica más guapa
de todo Coghlan.

Buena, sencilla,
dulce y donosa.
¡Es un cofre de mimos
y es una joya!

Mi corazón tanto,
tanto la adora
que por ella vertiere
su sangre toda.

Diez y nueve años,
nardos y rosas
¡Aleluya... aleluya
cumple mi gloria!

Mi gloria sí
que eso es mi novia;
la chiquilla más linda
de todo Coghlan.

Unos años antes, el 1º de junio de 1939 vio la luz *Triple Unidad* un libro del padre capuchino Antonio de Monterosso, en cuyo texto propone y ejemplifica la unidad cronológica, la instauración de la monocracia y la creación de una lengua única y universal: el *Neolatinus*. Todas estas iniciativas no quedan en mera enunciación, sino que son sucintamente desarrolladas y enriquecidas con la invención de un cronómetro y un calendario para aseverar las posibilidades del primer ítem; con la redacción de una propuesta puntual sobre los principios básicos del gobierno monocrático y con la elaboración de una gramática y un diccionario del idioma *Neolatinus*, fruto de profundas meditaciones.

Cabe recordar que en la compilación del Diccionario colaboró en grado sumo Emilio Varone, miembro de la

Acción Católica Argentina, feligrés de la parroquia y primer capitán del Cuerpo de Exploradores de San Francisco, quien además era poeta, otra de las facetas de su personalidad. Le dedicó una poesía a Santa María de los Ángeles, que reproducimos a continuación, con motivo de la inauguración del Camarín de la Virgen, efectuada el 2 de agosto de 1947 con la bendición de Monseñor Luis Copello, Arzobispo de Buenos Aires y Cardenal Primado de la Argentina.

PORQUE TIENES ...
(Ritmo a Santa María de los Ángeles)

Porque tienes
tan serenas las miradas de tus ojos,
de esos ojos que me miran con amor
Es por ello
que he venido, Madre mía, que de hinojos
a Ti elevo mi plegaria con ardor.

Cuántas veces
Madrecita azul y blanca de los cielos
que eres oro y eres jaspe en mi ilusión
Cuántas veces
a tu altar yo me he llegado sin consuelo
a ofrendarte un destrozado corazón.

Y Tú sola
y Tú sola Madrecita dulce y pía
fuiste bálsamo que alivia en el dolor
Tus palabras
¡Yo he oído tus palabras Madre mía!
me dijeron de esperanzas y de amor.

A tu vera
he escuchado yo mil cítaras sonoras
y el poema de tus ángeles sin fin
¡Qué poema!,
¡Qué poema el de tus ángeles, Señora!
¡Qué pedazo de tu cielo, el Camarín!

Y es por ello
Madrecita azul y blanca de los cielos
que a Ti elevo mi plegaria con pasión
Y es por ello
que hecho ritmo de mis versos y hecho anhelos
¡Yo te doy con la plegaria el corazón!

E. J. Varone

LA CALESITA DE COGLAN

La calesita estaba cerrada. Su dueño y los chicos dormían en algún lugar de Buenos Aires. Mi noche transcurría como siempre, sin cambios mayores, fumando algún cigarrillo prestado y caminando por las calles de Coghlan. Las perras me precedían con su ladrido de presentación y no sé por qué, tuve ganas de entrar. Salté el cerco de alambre y destrabé la puerta. Las perras también entraron. La lona cubría la calesita con calor verde; debo decir que me costó bastante trabajo sacarla. La acomodé al fondo, cerca del puesto de sandías.

La oscuridad nos tapaba de la gente curiosa. Subí. Elegí un caballo moro que me sonrió cortés. No pagué boleto. Me instalé cómodamente sobre su lomo y las perras se echaron a dormir.

Blanco, platinado, de cuello curvísimo, el cisne de la izquierda se puso celoso y me pidió compañía. No dudé y fui.

Después viajé en el autito azul y en el avión marfil en un mareo de vueltas perplejas. Les conté lo mío, hablé con cada uno. De pronto, el moro se entusiasmó y bajó de la calesita. Se me paró delante, apenas corcoveando, seguro en sus cuatro patas cortonas y fuertes. Reconocí su lenguaje de hambre. Quería azúcar. Alivié, entonces, su mareo, con palmadas en los aterciopelados y cálidos belfos.

El tiempo transcurría sin apuro. Amaneció. Sentí la voz del tren a lo lejos, el ruido de los autos, el lechero con sabor a nata. La mañana era ineludible pero yo seguía en la calesita. Del moro volví al cisne que, muerto de calor, gritaba agua. Le acerqué un vaso, se puso a cantar.

Serían las diez cuando un hombre viejo abrió la puerta que ya era mía. Se sobresaltó; las perras ladraron. Me preguntó quién era. Respondí con mentiras y tomamos mate juntos.

Los muñecos volvieron a ser de madera no sin antes hacerme un guiño.

De a poco fueron llegando los chicos. Sonó la música habitual, y me fui.

Dormí un largo sueño en mi cama vacía. Desperté a las once. Cené poco. Empecé a caminar fumando; las perras iban adelante, olfateándolo todo.

Llegamos. El moro fue el primero en saludar. El moro, ahora un poco brioso, un poco alzado, no da vueltas ni corcoveos. Conocemos nuestro límite: doce horas. Prometo volver para siempre.

Ya las noches no me bastan y me instalo de día a observarlos. Me llevo la comida, desatiendo mis obligaciones, me siento por primera vez contenta, totalmente plena. Los saludo en sus vueltas interminables y los chicos me miran con cierto fastidio. Las perras son las primeras en habituarse.

Ya no me separo de ellos. He conseguido comprar la calesita. Les doy franco a todos por la noche. De día, soy uno más en la rueda, donde permanezco dura y los chicos se me suben, apretándome el cuello. Las perras, como yo, también son de madera. Ya no hay diferencias. Por su parte, los padres

pagan el pequeño boleto verde y estúpidamente admiran la nueva variedad de muñecos. Mis parientes lloran mi ausencia. En fin..., lo importante es que logré anular mis insípidos días. Sí, vivo de noche. Juntos, corremos carreras por parque Saavedra. A veces, el moro se adelanta; le gusta protegernos.

«El moro», cuento de Gloria Kehoe Wilson, joven escritora vecina de Coghlan, secuestrada el 13 de junio de 1977, a los veintitrés años y desaparecida desde entonces.

Pico de paloma, Buenos Aires, Corregidor, s/f, pp. 23-25.



Epílogo desconocido

de una historia conocida

El relato testimonial afloró también por estos lares. Rescatamos uno del libro *Recuerdo de una infancia y un barrio que ya no son*, de Pablo Alcides, Buenos Aires, 1966, en el cual desarrolla el final de una historia verídica y macabra, que escapó a la crónica porque los protagonistas ya no eran noticias.

Ocurrió en Coghlan y así lo cuenta el autor.

“...Hasta que por una suma de casualidades y alguna causalidad, se enfrentaron a las 5:10 de la madrugada del 11 de abril de 1923, sólo tenían en común la primera sílaba de sus apellidos: el de ella, Salas, el de él, Saccomano.

La esquina del encuentro, Salguero y Aráoz, como telón de fondo el tétrico y almenado paredón de la Penitenciaría Nacional. El otoño se adentraba en Buenos Aires, con su carga de brumas y llovizna.

Eran absolutamente desconocidos el uno para la otra y viceversa, pero a partir de ese encuentro, ambos dolorosamente unidos en función del episodio que tuvo a ambos por protagonistas. Elvira Salas era operadora de la Unión Telefónica; Roque Saccomano, alias Leche, individuo con antecedentes delictivos, no tenía ocupación conocida.

La oscuridad y la ausencia de transeúntes constituían el marco adecuado para intentar el asalto. Ella, apenas una joven de apenas 21 años, salía de su hogar, Aráoz 2791, para ir a tomar su turno en la Compañía donde trabajaba. El frío y el terror apuraban sus pasos en demanda del tranvía 38, mientras guarecía bajo su brazo derecho la cartera donde supuestamente llevaba su dinero.

Él, también joven de 22 años, comenzaba a ‘trabajar’, acechando una presa entre las sombras. Lo acompañaban a la distancia sus cómplices, alias Coco Moro y Fray Mocho, dos sujetos de abultado prontuario, cuyos verdaderos nombres eran: Agustín Littieri y Alberto Suárez Bonfiglio.

La codicia por lo ajeno los movilizaba. Poco o nada importaba el damnificado. Y así aquella suma de casualidades puso bis a bis a la una y a los otros, en la vereda de Aráoz 2860. De allí a la consumación de la tragedia pasaron brevísimos minutos. La negativa de Elvira Salas al perentorio requerimiento de los delinquentes para que ésta les entregase su cartera y un par de modestísimos anillos, derivó en un pedido de auxilio y desesperados forcejeos.

Finalmente un brutal puntapié de ‘Leche’ en el

vientre de la víctima quebró su resistencia y de esa manera pudieron hacerse de lo que suponían los malhechores, el botín de la noche.

Mientras la desdichada telefonista comenzaba a transitar su muerte, el victimario y sus cómplices, huyendo, hurgaban en el interior de la cartera donde hallaron dos monedas de diez y una de veinte, ¡cuarenta centavos!; apenas algo más de lo que necesitaba Elvira para ir y volver en tranvía desde su casa al trabajo. Conducida posteriormente al vecino hospital Fernández, perdió el conocimiento cerca del mediodía y falleció a las cuatro y media de esa misma tarde.

El espantoso y absurdo crimen conmocionó a la opinión pública y la sociedad reclamó su esclarecimiento por vía de una campaña periodística enardecida del vespertino *Crítica*, a tal extremo que las autoridades nacionales prohibieron el trabajo nocturno de las telefonistas.

La Policía de la Capital se puso en movimiento, actuando al frente de la investigación el Comisario Calandra y los pesquisas Romero y Strassera a quienes se sumaría luego el famoso investigador Comisario Santiago.

Detenido Saccomano, en la casa de su amante María Rossi sita en la calle Rivera (hoy Córdoba) 817, donde había escondido la cartera entre el elástico y el colchón de la cama negó su participación en el hecho.

Llevado a la seccional se juntó con los alias Barrito y Sapito quienes lo encubrieron; Saccomano desapareció luego de la instrucción del sumario, lo cual le costó al titular de la Comisaría un serio apercibimiento por 'negligencia'.

Dos años después, el prófugo fue apresado en la ciudad de Dolores, del Departamento Soriano, al SO de la República Oriental del Uruguay.

Juzgado por el juez Irigoyen se lo declaró culpable y se lo condenó a reclusión perpetua, pena que cumpliría en la Penitenciaría Nacional de la calle Las Heras de Buenos Aires y en el Penal de Ushuaia, Tierra del Fuego.

Saccomano jamás reconoció su culpabilidad, lo cual era compartido por quienes lo trataron con alguna frecuencia, entre ellos el periodista Juan José de Soiza Reilly. Sin cumplir el período de reclusión, el convicto logró la conmutación de su pena. Habían pasado muchísimos años, pero el horror lo marcó para siempre. Fue a vivir a Coghlan en el altílo de una humilde casa, situada en la esquina SO de las calles Iberá y Tronador, aledaña a la parroquia de Santa María de los Ángeles. Allí *libre la gayola*, solía sentarse en el umbral 'campaniando un cacho e sol en la vedera' durante largas horas.

Ausente y solo de toda soledad, pero siempre a la expectativa del paso de Nicolás, el diariero del barrio, a quien le requería 'un diario chanco' —denominase así, en la jerga de los canillitas, a los ejemplares no vendidos— para distraer su ocio, mientras aguardaba que la tijera de Atropos cortase el hilo de su mísera existencia, para enfrentarse al juicio del Supremo, de suyo, infaltable, imparcial e inapelable..."

Paradoja o azar, cerca de allí, precisamente en Iberá y Avda. del Tejar, también vivió sus días postreros el padre de Elvira Salas.

No sabemos si conociendo o no la vecindad con aquél que sumiera a su corazón en la tristeza y la desesperanza.

Quando las respectivas Ordenanzas Municipales de 1968 y 1972 elevaron oficialmente a Coghlan a la categoría de barrio metropolitano, uno de sus poetas, le dedicó el siguiente soneto:

Coghlan mi barrio, por el cual transita
toda la calma del ayer lejano,
como y cuando era parte de Belgrano
con quien hoy al sudeste delimita.

La quietud de sus calles lo habilita
como un cabal oasis ciudadano
donde el tiempo y la paz van de la mano
porque todo está en él pronto y cerquita.

En su predio no alberga todavía
Correo, Banco, ni Comisaría.
De apellido irlandés y alma porteña
vive apartado "del mundanal ruido".
Quizás alguno diga: adormecido,
pero Coghlan no duerme, sino ensueña.

No dudamos que deben existir para esta proposición "Coghlan y las artes", algunas otras manifestaciones artísticas que no han llegado a nuestro poder o conocimiento.

En música apuntamos una balada, *Los techos de Coghlan* que en el otoño de 1983 estrenó el grupo Suburbio en la audición *Los especiales* de LS1 Radio Municipal de la ciudad de Buenos Aires, cuya letra nos ha sido imposible conseguir. Por tal motivo, cerraremos este capítulo con dos composiciones que el primer centenario de nuestro barrio inspirara a Martha Susana Franconi y a Alfredo Luis Noceti. Son ellas *Coghlan cumple cien años*, y *Milonga del Centenario*.

COGHLAN CUMPLE CIENT AÑOS (M. S. Franconi)

La mañana ordenaba
 su pelo de crepitante fuego
 y en puntas de pie
 subía encendiendo las casas de Coghlan
 de paredes pintadas al sosiego
 que no quieren altura
 que se complacen buscando su mejor existencia
 en espacios donde olores y colores
 desconocen el rocío de la pena.
 Es hora de que suene el mediodía.
 Un aire como espejo
 de apasionada y clarísima plata
 nos fue envolviendo en su insobornable desnudez
 que caracoleaba entre las generosas
 y "santiagueñas" calles
 Ahora se hamaca
 es éste, sí
 en aquél, no.
 Ya fija residencia
 en la curva del Campito.
 Susurra su aliento
 de montaña amaneciendo
 en la oreja de un perro discreto
 que le ladra en voz lenta.
 Esta lámina de cristal fundamental
 más viva que la herida
 este enérgico aliento de belleza
 que quiere restituírnos la eternidad
 jamás probadamente desmentida
 es como una divina locura recién estrenada.
 Como si por esta vez
 lográramos lavar la palabra.
 Como si esta vez
 supiera reunírnos sin máscaras.
 Como si –esclavos, solos, desolados, poetas–
 nada se atreviera a matarnos en Coghlan.
 Hasta que el tiempo
 laberíntica agonía
 se arrodilló en la Plaza
 y nos pidió perdón.

MILONGA DEL CENTENARIO (A. L. Noceti)

Con calles interrumpidas
 por el hospital y el riel
 es difícil desandar lo
 a menos que fuere a pie.
 Hay edificios en torre;
 bellos dúplex y chalets
 y quedan casas chorizos
 con zaguán y con cancel.
 El obelisco de Obras
 pretendiendo de doncel
 le guía a la chimenea
 de la fábrica Nestlé.
 Los añosos paraísos
 vuelven a reverdecer
 mientras los años transcurren
 y la existencia también.
 ¡Coghlan, mi barrio de siempre
 qué lindo es vivir en él!
 No tiene supermercados
 se surte en el almacén;
 ni banco porque el dinero
 sólo alcanza para el mes.
 Tampoco hay comisaría
 ni sucursal de ENCOTEL
 y es su ritmo pachorrudo
 adormecido, tal vez.
 Las manzanas que lo forman
 son algo menos de cien
 entre Núñez y Monroe,
 Zapiola y la vía del tren.
 En ellas moran y sueñan
 con su cuál y con su quién
 unos veinte mil coghlenses,
 si el Censo los contó bien.
 ¡Coghlan, mi barrio de siempre
 qué lindo es vivir en él!
 Milonga del Centenario
 para el barrio que ya no es
 el que hicieron los abuelos
 porque con ellos se fue.
 Al recordarlo volvemos
 a tiempos de la niñez
 y de aquella adolescencia
 que tampoco ha de volver;
 de noviazgos pasajeros
 y amoríos sin después.
 Al conjuro de la fecha
 regresan como en tropel,
 rostros y cosas amadas
 que habitaron el ayer.
 Seres que nunca se fueron
 así entre nos, ya no estén.
 ¡Coghlan, mi barrio de siempre,
 qué lindo es vivir en él!

Coghlan visto

por otros ojos

En este capítulo se encuentran los trabajos de personas que habitaron, habitan o simplemente han pasado por nuestro barrio, dejando sus impresiones en las páginas que siguen.

La arquitecta Mirta Cirigliano y el profesor Dionisio Chaca, sobre temas puntuales como son el urbanismo y la educación, cada cual con su estilo y su lenguaje, brindan su visión, sobre un tiempo y un espacio que ya fue, pero que indudablemente forman parte de lo que el barrio es y será.

El siguiente es un extracto de una nota publicada por la Arq. Mirta Cirigliano, en la revista *Casa Nueva* en Abril de 1988.

"El barrio tiene en sí un clima de armonía, de tranquilidad que, contrapuesto al clima que caracteriza al centro de la ciudad o el de sus grandes avenidas, ofrece al habitante un recreo, una vivencia más personalizada de los lugares que están hechos por y para las personas.

Este clima estático y a la vez rico en situaciones no es casual. Es producto, creemos, de tres factores:

- En primer término, su implantación geográfica la ha consolidado como una pequeña isla bordeada de avenidas de tránsito rápido (Monroe, Congreso, Holmberg y Superí) que le permiten una excelente interconexión con otros puntos de la ciudad pero que no invade vehicularmente la actividad del barrio. Sus calles no son de paso hacia otro lugar debido a la presencia de las vías del Ferrocarril General Bartolomé Mitre, que produce innumerables calles cortadas, de modo que el barrio no es una zona de tránsito sino un lugar al que se llega intencionalmente.

- En segundo término, el equilibrio, que a través del tiempo se ha logrado entre las casas y el entorno. Pareciera que el elemento de unicidad entre ambas es la presencia constante del verde en enredaderas que, comenzando en la propia casa, se prolongan en las casas vecinas o se van derramando sobre los límites municipales de las veredas públicas.

El verde está en los retiros parejos y casi constantes a todas las construcciones antiguas o nuevas, en pequeños jardines armados con cuidado y que van formando el marco del paseo peatonal. O en los árboles de las calles, que en algunas forman

un techo natural. Árboles antiguos que, en muy pocos casos, han sido sacrificados para dar paso a una cochera individual.

Es como si el deseo personal fuese integrado al colectivo, a través de un tácito convenio. Es como si el barrio deseara dar paso a lo rural dentro de un contexto urbano. Así, en una calle cortada por las vías del ferrocarril, el pavimento es levantado y da lugar al césped, aparecen bancos, monumentos y mástiles.

Este equilibrio entre casa y entorno, además, es reforzado por el modo, podría decirse respetuoso, en que van apareciendo las nuevas edificaciones. Y aquí está presente, también, esa respuesta a un pacto tácito.

Las casas, aunque no todas de las mismas características, poseen elementos formales que las emparentan y la forma en que están implantadas en sus terrenos individuales que en la mayoría, además de respetar un retiro de la línea municipal, se tornan a las dos medianeras de modo tal que van formando un marco continuo a través de la calle, donde todo es parecido pero nada es igual.

Es posible que este tipo de respuesta integradora que han dado sus habitantes, se deba a que han elegido vivir en un barrio con cierto clima y ciertas condiciones dadas y se esfuerzan porque a través del aporte individual no sólo se mantengan, sino se mejoren las condiciones de vida.

- Y, en último término, el tercer factor que creemos que hace al clima particular del barrio es la presencia constante del ferrocarril, que lo cruza en forma diagonal.

Todas las calles confluyen en las vías, se cortan y a la vez, al correr el ferrocarril en diagonal, se produce un paseo peatonal paralelo a las vías desde Nahuel Huapi hasta Monroe, que resulta el recorrido naturalmente más corto.

Así, por el uso, la estación ha ido reforzando sus vidas propias. Se prolonga en plazas de juegos, lugares de descanso y canchas de fútbol a ambos lados de las vías.

Es, además del lugar de paso obligado para sus habitantes, el estilo elegido para el ocio y los encuentros.

El mismo espíritu presente, en lo que decíamos más arriba, de buscar un equilibrio entre lo propio y lo común (la casa y el entorno), se halla en el uso y cuidado de los lugares de la estación, tal vez aquí ya más consolidada como un sentimiento de pertenencia mutua o quizá por el reconocimiento de

que es el primer hecho histórico que los genera y los nuclea.

En Navidad se arma el árbol en la estación, se adornan los andenes con innumerables plantas, que los empleados del ferrocarril cuidan.

Y existe una Asociación Amigos de la Estación Coghlan. Tal vez sea esta última el elemento más concreto de cómo se cristaliza un sentimiento de pertenencia. Así, la pequeña estación, que trabaja para el barrio luego de su propio tiempo de trabajo, organiza domingos con chorizos y vino en la plaza o jornadas de juego para los niños, o actividades que permiten hacer lazos y conocer a aquéllos que comparten el espacio de nuestro tiempo de vida.

En realidad, es mucho lo que se puede decir de este lugar, pero no hay nada más directo que vivirlo, pasearlo, descubrirlo. Tal vez acercarse y conocerlo, escuchar sus ruidos y sus silencios nos aporte saber algo más de estos lugares de los que tanto necesitamos y donde personas aún hoy pueden ejercitar su voluntad y gozar de la buena disposición de los demás, dentro de una configuración de acuerdos físicamente enmarcados en el lugar.”

Casa de Biro.



La educación pública

en Coghlan

ASPIRACIONES

Especial para *La Honda* (periódico de Villa Urquiza)

Agosto 22, 1926 - Dionisio Chaca

"La aspiración es siempre una cosa legítima y cuando se trata de un buen deseo público ella es no sólo noble, sino necesaria. El individuo que no aspira a nada, es un factor negativo en la sociedad y la colectividad o vecindario que no alimenta deseos de progreso; merece ser absorbido o anulado por grupos sociales activos y de fecundas iniciativas.

Planteado así el tema, diremos que es el vecindario de Coghlan el que nos sugiere estas reflexiones y es el rumor de su actividad, la fuerza expansiva de sus progresos y el ansia latente de incorporar a su seno nuevos elementos de cultura, lo que nos impulsa a escribir estas líneas.

No es Coghlan un factor negativo en el movimiento de avance de la Capital. Coghlan tiene aspiraciones muy legítimas cuya realización se hace cada día más urgente e impostergable.

Este vecindario aspira, entre otras muchas cosas a tener mejor servicio de tranvías y de ómnibus; mejor servicio de limpieza, de alumbrado y de vigilancia policial; calles

Fachada de la escuela n° 7.



adoquinadas y sin las mortificantes barreras del ferrocarril, buenas aceras, un centro social, una buena biblioteca pública y buenos edificios escolares.

Esto último, sobre todo, es el punto sobre el cual deseamos detenernos con preferencia por ahora.

El perímetro de Coghlan ⁽¹⁾ comprendido entre las vías al Tigre, Monroe, Miller y Quesada, no cuenta más que con un solo edificio escolar de varones; el de la escuela nº 7 y fuera de ese perímetro no existen otras escuelas de varones que la de Triunvirato y Cullen; la de Colodrero 3468, la Alberdi en el Consejo Escolar 15 y hacia el Centro, ninguna hasta más allá de Elcano.

Se comprende pues que los niños de una extensa área afluya a la única escuela de Coghlan: la nº 7 que se ve asediada por una concurrencia que excede en mucho su capacidad y que resulta perjudicial para el desarrollo de la enseñanza y para la misma salud de maestros y alumnos. Y lo peor es el sobrante; ese sobrante de niños sin asiento que van a engrosar la falange de niños callejeros, traviesos y siempre alertas para aprender toda clase de cosas perjudiciales para la salud moral.

El Consejo local, interesado directo y obligado a resolver con prontitud y eficacia el problema, toma datos y el Consejo Nacional promete y delibera. Como resultado de esas deliberaciones, se produce de cuando en cuando la fundación de alguna escuela por ahí, pero del perímetro a que antes hicimos referencia, nadie se acuerda. La conciencia de las autoridades escolares queda muy tranquila pensando que este vecindario tiene bastante con la escuela nº 7.

Nosotros disentimos profundamente con este modo de pensar. No sólo por la densidad y aumento constante de la población del barrio y por su adelanto edilicio y social, Coghlan merece un edificio escolar mucho mayor y más amplio que el que tiene, sino por respeto y consideración al vecindario y porque así lo piden todos los padres y lo impone el número de los alumnos sin asiento.

El local de la Escuela nº 7 es, lo repetimos, inadecuado por lo pequeño y por lo incómodo de sus aulas y patios, amen de que carece hasta de sala de Dirección y de ilustraciones. No está pues, ni medianamente a la altura del barrio al que sirve. Hay aulas que no son tales, sino pequeñas piecitas con cabida para veinte alumnos como máximo y aulas sobre los mismos servicios donde se respira el aire que es de imaginar. En tales condiciones, los maestros no pueden trabajar a gusto ni los niños aprenden con comodidad y provecho.

Sabemos que en diciembre del corriente año vence el contrato de alquiler que el Consejo tiene celebrado con el propietario de la casa, Sr. Benedetti. Esta ocasión no debe ser desperdiciada por Consejo Escolar ni por el Nacional para dotar al barrio de un edificio en buenas condiciones.

Si se renueva el contrato debe ser bajo la base de introducir mejoras en el edificio ya que el Consejo nunca se resuelve a tener en los suburbios y no sólo en el centro, casas propias para escuelas.

Quizás está esperando que las casas y terrenos suban a precios exorbitantes para recién entonces resolverse a derrochar los dineros del pueblo en gastos que pudieron evitarse. Si no se renueva, terrenos hay que pueden ser adquiridos para que el Consejo Nacional nos construya de una vez la casa-escuela que el barrio necesita.

Por lo demás, éste es un asunto en el que deben interesarse por igual los vecinos y las autoridades escolares. Ya los vecinos hacen oír su voz por intermedio de la prensa.

Pronto lo harán en solicitudes directas y en gestiones personales si hace falta.

El Consejo Escolar, por su parte, debe mostrarse más activo y empeñoso en sus gestiones y el Consejo Nacional debe convencerse que más valen diez escuelitas bien hechas y cómodas que un gran palacio de 20 o 30 grados que cuesta 4 o 5 millones para lucirlo en el Centro de la Capital Federal."

Debemos destacar que hoy en día, dentro del ámbito barrial, funcionan tres escuelas públicas y siete institutos privados de enseñanza.

Escuela Félix Azara.



⁽¹⁾ N. del A.: Se remite al sector occidental del barrio y NO a su totalidad, cuyos límites recién quedaron establecidos en 1968, ratificados en 1972 por Ordenanza Municipal.

Instituciones barriales

• ASOCIACIÓN CIVIL AMIGOS DE LA ESTACIÓN COGHLAN

Surgió por iniciativa de un grupo de vecinos, quienes deciden un 25 de julio de 1967, con la presencia del Jefe de la estación, hacerla realidad.

Hace 24 años que funciona en su lugar de origen, contrafrente de la estación lado oeste. Logra concretar en el transcurso del tiempo, no sólo la transformación forestal y recreativa de los predios a su cargo, sino que a su vez da origen a una biblioteca pública (Bartolomé Mitre) que se ve ampliada año a año por el aporte de sus asociados y vecinos.

Además de abonar un canon anual a ferrocarriles por el uso de los predios linderos a la estación, los dotó de caminos transitables, iluminación, bancos y diversos juegos de plaza para niños. Estos predios significan para el barrio de Coghlan, el único pulmón verde que dispone, para su mejor calidad de vida.

A lo largo de 27 años han ejercido su presidencia los siguientes vecinos: doctor Alberto Bechelli, José Patricio Urriza O'Reilly, Oscar Jorge Alievi, Aníbal Ricardo Arce, J.A. Troncoso, Silvia Foster de La Porta, Norberto Valicelli y Pablo Gontá.



*Ex-sede de la Asociación
Amigos de la estación
Coghlan.*

• JUNTA DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE COGHLAN

En el mes de julio de 1988 por iniciativa del Presidente de la Junta Central de Estudios Históricos de la Ciudad de Buenos Aires, profesor E. Puccia y con el apoyo de los presidentes de las Juntas de Urquiza, Belgrano y Almagro, se solicitó al profesor Alfredo Noceti la formación de la Junta de Estudios Históricos del barrio de Coghlan, sobre cuyo pasado venía trabajando desde hacía varios años.

Determinados los fines y propósitos de la Junta, se procedió a formar la comisión directiva provisoria y se encargó al doctor H. Tanzi la redacción del Estatuto. Quince días más tarde quedan aprobados los estatutos propuestos y se ratificó por un período de tres años a la Comisión Directiva.

El 10 de junio de 1989 a las 19 horas, se realizó el primer acto académico en las instalaciones del Instituto Moruli, al que concurren aproximadamente cien personas. Desde entonces y hasta el presente, ha desplegado una actividad docente sostenida para la difusión de la historia barrial.

• AGRUPACIÓN SCOUT GENERAL BELGRANO

El 1º de agosto de 1970 inicia sus actividades, fundada por el señor E. Berti Wechsler en el ámbito de la Escuela Argentina General Belgrano (Conesa y Monroe) donde encontró el apoyo decidido y eficaz de la Asociación de Padres de la misma; rápidamente fue estructurada de acuerdo con las normas emanadas de la Asociación Scouts de Argentina (INSA). Inicialmente desarrolló sus actividades de campo en un anexo de la escuela, sito en Blanco Encalada y Zapiola, pero el espacio reducido con que contaba para el ejercicio de las prácticas motivó que se buscara un lugar más acorde para llevarlas a cabo.

Así es que tras un fugaz paso por las instalaciones principales de la Escuela General Belgrano, sus autoridades lograron el alquiler de un predio en la Estación Coghlan, perteneciente al Ferrocarril Bartolomé Mitre, donde levantaron su sede, la cual con su mangrullo incluido, le confiere al sector un aire "fortinero" que su entorno inútilmente pretende invalidar.

• AGRUPACIÓN EXPLORADORES SAN FRANCISCO DE ASÍS

Surgió en el primer tercio de la década de 1940. Fue una iniciativa más de las tantas que tuvo el Padre Antonio, hondamente preocupado por la salud moral de su feligresía,

quien entusiastamente propició la constitución de la filial de la Acción Católica Argentina y del Círculo de Obreros Católicos. Tuvo como fin rescatar a los hijos de los vecinos, cuyos padres, por estar ocupados en sus trabajos gran parte del día, no podían controlar. Había que sacarlos de la calle y convertir en pasatiempos útiles, aquellas horas de ocio y libertad, no siempre bien aprovechadas.

Tuvo en esta faena la colaboración de los Padres Diego y Querubín, quienes llevaron a buen término dicho propósito, pues lograron aglutinar y disciplinar dos nutridas compañías de orgullosos y aplicados exploradores. Por aquellos años fueron sus Capitanes los señores Varone y Mussi.

• POLICLÍNICO SANTA MARÍA DE LOS ÁNGELES

Fue fundado por el padre Andrés de Montevideo cuando ejerció las funciones de párroco de Santa María de los Ángeles. Esto ocurrió por los años 1950.

No era un policlínico en el sentido lato, sino un bien estructurado hospital de consultorios externos. Los organizó el doctor Charazzi y fue su Director el doctor Seguro, con quien colaboraron entre otros, los doctores Foster, Vasallo, Vitale y Boyer. El servicio de enfermería y disciplinas auxiliares brindaba a los vecinos excelente cobertura. El auge de las obras sociales y de la medicina pre-paga determinó su cese. Actualmente sus instalaciones son ocupadas por la Liga de Madres de Familia.

Show musical durante el desfile de modas organizado en el Microcine Santa María de los Ángeles.



La vuelta al perro III

del cincuentenario (1941) al centenario (1991)

Muchas transformaciones comenzaron a operarse en el mundo y en el país a partir de la Segunda Guerra; cuando Coghlan celebraba su cincuentenario, los ejércitos del Tercer Reich ocupaban buena parte de Europa Occidental sojuzgando a sus naciones e imponiéndoles un nuevo régimen político.

La entrada en guerra de los Estados Unidos y Japón en diciembre de 1941, luego del ataque de la aviación japonesa a la base norteamericana de Pearl Harbor en el Pacífico, extendió la conflagración y dividió las opiniones.

El 4 de junio de 1943, nuestro orden interno se conmovió, pues a partir del golpe militar que estalló ese día en Buenos Aires la estructura política y social de la Nación comenzaría a transformarse profundamente.

Entre mayo y agosto de 1945 finaliza la Segunda Guerra Mundial y se entroniza la era atómica que tiene como punto de partida el genocidio de Hiroshima. Simultáneamente en el ámbito nacional se acentúa la corriente sindicalista, precipitando la intervención de las masas obreras en las decisiones políticas, cuya culminación fue la masiva manifestación del 17 de octubre de ese año, que inauguró un nuevo estilo de conducción abriéndole las puertas al populismo. Como en un fantástico caleidoscopio las imágenes durante este período se irán sucediendo vertiginosamente.

En víspera de las elecciones generales de 1946, Coghlan vio conmovido su “pachurriento transcurrir”, por un espectacular descarrilamiento. En efecto, el 21 de enero a las 13:10 horas, un tren que tenía como destino la estación Tigre R, saltó de las vías, quedando perpendicular a las mismas, semirrecostado sobre la cabina del guardabarreras de la calle Monroe y enfrentado, como en actitud desafiante, a un par de leones de mampostería que adornaban la entrada de una residencia particular.

Un año más tarde se produce la nacionalización de los ferrocarriles, el Central Argentino es denominado “Bartolomé Mitre”.

Posteriormente, la estatización alcanzará a los servicios de Electricidad, Gas y Teléfonos.

Comienza a acentuarse la escasez de viviendas y crece la industria automotriz, esto trae aparejado la desaparición gradual de los jardines para dar paso a la construcción de nuevas habitaciones para la casa o de la cochera para el flamante automóvil.

Aparecen los primeros teléfonos públicos, que se instalan en la estación del ferrocarril y en algunos negocios de asidua concurrencia.

En 1951 se inaugura el Canal 7 de televisión, dotando a las comunicaciones de un nuevo y formidable medio, que de a poco fue ganando los hogares, relegando y restándole importancia al viejo transmisor de radio. En una década el barrio asistió al advenimiento de las antenas, que comenzaron a señorear sobre su techumbre.

Contemporáneamente aparece el trolebús 314 en reemplazo de la línea de ómnibus nº 8 que circulaba por la Avda. Monroe y en la esquina de Roque Pérez e Iberá NE se instala un templo evangélico que cerraría sus puertas veinte años después.

Hacia 1954 nos abandona el tranvía nº 35 y amplían sus prestaciones las líneas particulares de colectivos, tras el cese de la Corporación de Transportes de la Ciudad de Buenos Aires.

Con el transcurrir de esos años van cerrando sus puertas las fábricas Broussón, Sedalana y Famyb.

En el predio donde levantara su fábrica de sombreros don Pablo Broussón, la Compañía Siam Di Tella erige una planta para la fabricación de electrodomésticos y aprovechando el edificio de la ex-Sedalana, la empresa Telesud inicia la producción de los televisores Zenith. Ambos establecimientos cesaron su actividad diez años después, ocupando el predio de Siam, ENTel (en la actualidad Telecom) y quedó semiabandonado el de Telesud.

Durante 1960, los padres franciscanos capuchinos de antigua y proficua labor en Coghlan concretaron un viejo anhelo, propio y de los vecinos: inauguran el Instituto Santa María de los Ángeles para ambos sexos en los niveles jardín maternal, jardín, preescolar, primario y secundario.

En 1966 comienza a funcionar en Congreso 3381 el Instituto Moruli, dedicado a la enseñanza preescolar y primaria dentro del ámbito del barrio.

Transcurriendo el tiempo y de acuerdo con la tendencia imperante irían apareciendo otros establecimientos educacionales de carácter particular.

En todo el lapso comprendido entre los años 1941 y 1991 la presencia estatal sólo se manifestaría con la creación de una escuela primaria, la nº 15 "Manuel Acevedo" en la calle Tronador 2867 y en la instalación de la Escuela Técnica nº 21 del Emet en el centenario edificio de la Villa Vicentina, Núñez 3640, donde funcionara la escuela nº 14 "Martín del Barco Centenera".

Los años sesenta fueron pródigos en novedades; se encendieron los primeros semáforos en las esquinas de Avda. del Tejar y Congreso y Avda. del Tejar y Monroe;

Primera torre de ventilación de la 2º cloaca máxima. Calle Washington y Congreso.



algunas calles cambiaron de nombre: Bebedero por Rivera, Guanacache por Roosevelt, Guayra por Tamborini, Forest por Naón y Nahuel Huapi –desde su nacimiento hasta las vías del ramal Retiro-Mitre– por Ugarte.

Las viejas chapas esmaltadas en azul y blanco, como asimismo las flechas auriazules que indicaban el sentido de la circulación, se sustituyeron por otras de latón mucho más frágiles y perecederas.

A la vez, las vías rápidas del barrio: Monroe, del Tejar, Congreso y Superí fueron repavimentadas y se las dotó de señalización vehicular y peatonal.

El 13 de marzo de 1961 se inaugura la red de iluminación alimentada a gas de mercurio sobre la Avda. Monroe que luego alcanzaría a otras arterias.

Todas estas mutaciones surgieron en función del crecimiento de la industria del automóvil nacional, cuyo transcurrir le cambió la fisonomía y el paisaje de las tranquilas calles coghlenes, desterrando para siempre los ardorosos “picados” y “frente a frente” y dando paso a la construcción de dos estaciones de servicio: una en Naón y Congreso, en el solar que ocupara la residencia del señor René y la otra en Monroe y Avda. del Tejar donde estuviera emplazada la pulpería con frontón y cancha de bochas de Lambruschini, a principios del siglo XX.

En el transcurso de este medio siglo los medios de transporte se incrementaron con la aparición de nuevas líneas de colectivos por ejemplo la 41, 67, 76, 107 que se sumarían a las ya existentes entre ellas las 133, 114 y la veterana 19, cuyos coches alguna vez condujera un casi imberbe Roberto Goyeneche.

En 1971, las formaciones de trenes eléctricos afectados al ramal desde noviembre de 1931 comienzan a alternarse con otras importadas del Japón. Por diferencias en el despeje, fue necesario elevar los andenes en todas las estaciones de la línea.

Los viejos vagones otrora marrones fueron adaptados y aún siguen prestando servicio, pintados de blanco.

Durante este período se acentuó la modalidad de la edificación en torre, erigiéndose construcciones de gran porte que fueron ocupando predios donde otrora se lucían chalets y petit-hoteles y robándole el sol a los que sobreviven. Se pueden apreciar en las calles Rivera y Estomba, Ugarte y Washington, Ugarte y Estomba, etcétera.

Una oportuna Ordenanza Municipal evitó la propagación de las torres, aunque surgieron algunas excepciones y declaró la zona con carácter de residencial, esto dio motivo a que comenzara un período de reciclajes y construcción de importantísimas residencias, como si quisiera Coghlan volver en este aspecto, a los viejos tiempos.

Todo el barrio fue variando, muy pocas casas permanecen como fueron y los comercios han cambiado

de rubro: la zapatería “El Crack” que en la actualidad es el “Video Forum”; o la peluquería Sánchez, por un “Lavadero automático”; o el local del remendón Melkonian por el de una inmobiliaria.

Entre los sobrevivientes, registramos la colchonería de Fernández “La Flor de Asturias”, la farmacia “Universidad”, la panadería de Chao, hoy “Del Pilar”, el bar de Manolo en Congreso y Superí NE y el autoservicio “El Astronauta” en Rivera y Superí SO.

Próximo al límite oeste se encontraba el antiguo almacén “Londres” de los hermanos Martínez, quienes proveían los pedidos telefónicos en sus triciclos a los vecinos coghlenes; en la actualidad es un autoservicio atendido por coreanos.

Como signo del momento y marcando el status barrial, cuatro clubes privados y cuatro clínicas veterinarias se han instalado en él.

Durante los últimos meses de 1954 entra Coghlan en el mundo del cine nacional.

En los alrededores de la estación del ferrocarril, en la calle Estomba, entre Rivera y las vías del FFCC –Ramal J.L. Suárez– se filman escenas de la película *Ensayo Final* en la que actuaron Alberto Closas y Santiago Gómez Cou. Se estrenó el 4 de mayo de 1955.

Próxima a la década del 60 se filmó otra película en la calle Roosevelt entre Estomba y Tronador, donde se lo podía ver al actor Narciso Ibáñez Menta arrojarle por una cuerda en los laterales de una vieja pensión que ya no existe; la película se llamó *Procesado 1040*.

En 1989 la televisión por el sistema de cable y una radio de frecuencia modulada “Onda Latinoamericana” irrumpen en Coghlan con éxito.

Su primer centenario, lo cumplió el barrio el 1º de febrero de 1991. Un incierto febrero, denso en expectativas, crítico. Sin festejos inmediatos que tradujeran el júbilo del aniversario, pero sí con la convicción que no son mejores los tiempos pasados y sí, los por venir.

Hacia ellos marcha Coghlan, acotando su andar a los avatares del destino y a las realidades de la vida, pero siempre fiel a un estilo que afianzó y consolidó a lo largo de un siglo de existencia.

El fin del principio

Transcurrió un siglo desde la inauguración de la estación Coghlan hasta hoy. Durante ese lapso el barrio se gestó, creció y se reprodujo como todo ser viviente.

Supérstites de sus comienzos quedan, en buena hora, algunos testigos parlantes, cuya memoria contribuyó a reconstruir el pasado.

Les debemos estar profundamente agradecidos, pues su aporte ha resultado fundamental no sólo por el logro de ese empeño, sino para la comunidad coghlense, cuyos descendientes encontrarán en la lectura de este trabajo, seres, hechos y cosas que están directamente emparentados con sus raíces.

Hasta acá hemos llegado y por ley biológica debemos entregar el testimonio para que otros continúen con la posta, por los años de los años; tantos como a la Humanidad le plazca. Los tiempos que vendrán son el Futuro. Dejemos que el barrio y sus vecinos lo conformen.

No auguramos ni establecemos hipótesis de cambio en el modo de vida, ni en la urbanística. No tiene caso, pero desde lo recóndito del corazón, formulamos un voto de esperanza: que más allá del tiempo y de los hombres, nuestro amado barrio continúe siendo lo que hoy es. Con eso estará holgadamente cumplido.

¡Que así sea!

Bibliografía

- Alposta, Luis: *El lunfardo y el tango en la Medicina*, Buenos Aires, Torres Agüero, 1986.
Villa Urquiza, sus orígenes, Buenos Aires, Fundación Banco de Boston, 1990. Cuadernos del Águila.
- Arata, Héctor: *Villa Urquiza, sus primeros cien años*, Buenos Aires, Talleres gráficos Dorrego, 1987.
- Barrios, calles y plazas de la ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires, IHCBA, MCBA, 1997.
- Bucich, Carpena y otros: *La amistad de algunos barrios*, Buenos Aires, MCBA, 1968. Cuadernos de Buenos Aires.
- Carrera, Héctor Iñigo: *El pueblo de Belgrano*, Buenos Aires, Centro de Estudios Históricos del pueblo de Belgrano, Americalee, 1961.
- Casella de Calderón, E.: "Belgrano, la ciudad yuxtapuesta" en *Buenos Aires nos cuenta*, nº 6, 1984.
- Como, Julio A.: *12 enfoques de propaganda y ventas*, Buenos Aires, Talleres gráficos Sudamericanos, 1952.
El ojo mágico del discurso, Buenos Aires, Talleres gráficos Sudamericanos, 1960.
- Córdoba, Alberto: *Belgrano*, Buenos Aires, EUDEBA, 1987.
- Del Pino, Diego: *El barrio de Villa Urquiza*, Buenos Aires, MCBA, 1968. Cuadernos de Buenos Aires.
- *El barrio de Belgrano y su hospital*, Buenos Aires, obra inédita de la Asociación médica del hospital Pirovano, 1987.
- *El país de los argentinos*, T. 6, Buenos Aires, CEAL, 1975.
- Escardó, Florencio: *Geografía de Buenos Aires*, Buenos Aires, Artexto, 1962.
Nueva geografía de Buenos Aires, Buenos Aires, Americalee, 1971.
- *Evolución urbana de Buenos Aires desde su fundación hasta 1910*, Buenos Aires, MCBA, 1968. Cuadernos de Buenos Aires.
- *Homenaje a Athos Palma* (folleto), Buenos Aires, Comisión de Homenaje, 1951. Comisión formada por: Wilkes, Juan Alfonso Carrizo, Ismael Moya, entre otros, en ocasión de otorgársele su nombre a la escuela jardín de infantes nº 2 del Consejo Nacional de Educación.
- "Jubilios Palotinos (1835-1985)" - *Apuntes Históricos Iglesia San Patricio*. Cuaderno nº 5.
- "La crisis del 90" (artículos varios) en *Historia de Buenos Aires*, nº 1, 1957.
- Levillier, Roberto: *Historia Argentina*, T. VIII, Buenos Aires, Plaza y Janes, 1981.
- Llanes, Ricardo: *Canchas de pelotas y reñideros de antaño*, Buenos Aires, MCBA, 1969. Cuadernos de Buenos Aires.
- Maroni, José J.: *Breve historia física de Buenos Aires*, Buenos Aires, MCBA, 1960. Cuadernos de Buenos Aires.

- Martínez Estrada, Ezequiel: *La cabeza de Goliath*, 1º ed. Buenos Aires, Losada, 1945.
Radiografía de La Pampa, 5º ed., Buenos Aires, Losada, 1961.
- Moral, Dionisio (P.): *Así era el padre Antonio de Monterosso*, Buenos Aires, 1975.
- Pereda, Enrique: *Nuestra querida Villa Pueyrredón*, Buenos Aires, Del Carril impresiones, 1986.
- Sanguinetti, Domingo: *Doble índice de la antigua y nueva nomenclatura de las calles de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1896.
- Artículos de los diarios *La Nación*, *Clarín*, *La Prensa*, *La Razón* y *Página 12*.
- Revista parroquial *Santa María de los Ángeles* (años 1947 a 1955).

Índice

• Nota preliminar	5
• Presentación	7
• Prólogo	9
• Aquí mismo y hace un siglo	11
• La Argentina de 1880	12
• La expansión poblacional	14
• Los orígenes	15
• El hospital Pirovano	19
• La educación	22
• Vida religiosa	25
• Los servicios públicos	28
• La vuelta al perro I	33
• La consolidación 1923-1930	37
• Los clubes	39
• Las calles	44
• Personajes del barrio	47
• La vuelta al perro II	53
• La plaza que no acaba de ser	57
• Coghlan y las artes	59
• Epílogo desconocido de una historia conocida	63
• Coghlan visto por otros ojos	66
• La educación pública en Coghlan	68
• Instituciones barriales	70
• La vuelta al perro III	72
• El fin del principio	75
• Bibliografía	77

Esta Obra se terminó de imprimir en los talleres gráficos
de la Imprenta del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
en el mes de abril de 2000

una publicación de



Instituto Histórico
de la Ciudad de Buenos Aires

Avda. Córdoba 1556, 1º piso
(1055) Buenos Aires, Argentina
Tel: 4813-9370 Telefax: 4813-5822
E-mail: ihcba@buenosaires.gov.ar



Instituto Histórico
de la Ciudad de Buenos Aires